



El HOMBRE de la
Camelia
ESCARLATA

con
El Maná

Alf Manz



El hombre de la camelia escarlata



OBRAS DE ALF MANZ
PUBLICADAS POR
EDITORIAL ROLLAN

Colección F. B. I.

- | | |
|------|--|
| Núm. | 1.—¡Culpable! (7.ª edición.) |
| » | 2.—La hora gris. (4.ª edición.) |
| » | 4.—El Cobarde. (4.ª edición.) |
| » | 6.—Contra Scotland Yard. (3.ª edición.) |
| » | 11.—Shanghai. (3.ª edición.) |
| » | 16.—Tánger. (3.ª edición.) |
| » | 20.—Terror en la Academia de Quantico.
(2.ª edición.) |
| » | 23.—Destinos cruzados. |
| » | 28.—Doctor X. (Agotado.) |
| » | 33.—Entre rejas. (Agotado.) |
| » | 43.—Tinieblas. (Agotado.) |
| » | 49.—La Maffia. (Agotado.) |
| » | 65.—¡Odio! (Agotado.) |
| » | 77.—El vengador negro. (Agotado.) |
| » | 85.—Jack, el invencible. (Agotado.) |
| » | 91.—Crimen y Justicia. |
| » | 97.—Hampa de Frac. |
| » | 100.—Yo, Director del F. B. I. (2.ª edición.) |
| » | 118.—Hombres y bestias. |
| » | 135.—Pasión inmortal. |

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

- | | |
|------|------------------------------------|
| Núm. | 1.—Tiger, el Solitario. (Agotado.) |
| » | 2.—El Espía Fantasma. (Agotado.) |
| » | 3.—Corazón de Puma. (Agotado.) |
| » | 26.—Eran dos amigos. (Agotado.) |
| » | 28.—El Tahur. (Agotado.) |
| » | 30.—Yo fui esclavo. (Agotado.) |

Selecciones NEVADA

- | | |
|------|-------------------------|
| Núm. | 18.—Black, el Fugitivo. |
| » | 21.—Caravana maldita. |

Selecciones LOTO

- | | |
|------|----------------------------------|
| Núm. | 5.—Tristeza de amor. (Agotado.) |
| » | 7.—Amor en Hollywood. (Agotado.) |
| » | 10.—Lucha en el alma. (Agotado.) |

EXTRA. NUMERO 1 de
AVENTURAS DEL F. B. I.
Sendas de Perdición (cuento).

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte aliada (3).
29. El coloso de hierro (6).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
32. Nueva York-San Francisco (7).
84. Muerte en el Caribe (6).
85. Secuestro (5).
83. Carne de horca (4).
84. Tráfico mortal (8).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica (5).
94. Misión suicida (4).
95. Lucha a muerte (5).
96. Rebelión (3).
98. Caza mayor (4).
99. La muerte falsifica dólares (15).
100. Yo, director del F. B. I. (2.ª ed.) (1).
101. De Harvard a Quantico (16).
103. Tragedia en Chinatown (14).
104. Soborno (3).
105. Vida en deuda (17).
108. Contraespías (18).
109. Noches de Nueva York (5).
110. ¡Aniquilados! (19).
111. La risa sardónica (3).
112. Chantaje (4).
113. Canon de protección (20).
114. El misterio de los locos del aire (21).
115. El hombre de Witechapel (5).
116. Al llegar la noche (8).
117. Ciudad vertical (22).
118. Hombres y bestias (1).
119. La máscara (3).
120. Destino manda (23).
121. Sin esperanza (4).
122. La tela de araña (24).
123. Una sombra... (5).
124. Sin nada que perder (4).
125. Fidelidad, Bravura, Integridad (3).
126. La ciudad prohibida (2).
127. Fatalidad (5).
128. Escalera de color (18).
129. La muerte blanca (15).
130. Ojo siniestro (3).
131. El espectro del pasado (25).
132. Club nocturno (8).
133. Persiguiendo cadáveres (26).

- | | |
|-------------------------------------|--------------------------------------|
| 134. Prisión de oro (4). | 141. El triunfo de los mejores (21). |
| 135. Pasión inmortal (1). | 142. Al final, la muerte (5). |
| 136. ¿Volverá O'Regan? (5). | 143. La encrucijada sangrienta (28). |
| 137. Cubil de alimañas (17). | 144. Horas eternas (3). |
| 138. La aventura de Harris (3). | 145. Buck «Parabellum» (17). |
| 139. Ratas del puerto (27). | |
| 140. Billete para la eternidad (4). | |

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|-----------------------|
| (1) Alf Manz. | (12) John Nebot. | (22) Dana Yonell. |
| (2) Fred Baster. | (13) Thomas Wanton. | (23) Al Gallard. |
| (3) Frank McFair. | (14) F. N. Graw. | (24) Chester King. |
| (4) Eddie Thorny. | (15) Robert Deaf. | (25) Joseph Tell. |
| (5) O. C. Tavin. | (16) Alan Carson. | (26) Ned Ryman. |
| (6) Alar Benet. | (17) Al Cortroa. | (27) Lou Dark. |
| (7) A. G. Murphy. | (18) Jack Grey. | (28) Jan Hutton. |
| (8) Lewis Haroc. | (19) Edgar Ford. | (29) Richard Jackson. |
| (9) J. L. Martin. | (20) Andre O'Sun. | |
| (10) Jack Brooklyn. | (21) Fel Marty. | |
| (11) Thomas Settee. | | |

I

EL EX PRESIDARIO



en la cara, o es que va tonto? S que no tiene usted ojos

El aludido detuvo su apresurada marcha y volvió la cabeza. Su gesto duro se suavizó repentinamente. Un mozalbete pecoso y esquelético estaba caído de espaldas en la acera y agitaba las piernas al aire como un pulpo los tentáculos. El empujón había sido fuerte, y el cuerpo del muchacho era una paja comparado con el del individuo, corpulento, alto y de mayor edad.

—Perdona, hombre; iba distraído y con prisa.

La gente que transitaba por aquella acera de la West Monroe comenzó a formar corro, esperando una emocionante pelea o, por lo

menos, un sabroso cambio de insultos. Sufrieron una decepción.

El caído aceptó la mano que el otro le tendía y se incorporó, sacudiéndose a continuación el polvo de los pantalones.

—Un poco más fuerte y me incrusta usted en la pared; pero no ha sido nada.

Fue la atractiva sonrisa del otro la que apaciguó la ira del mozalbete. Sonreía el fornido hombre, y toda su faz, de tez pálida, con las manchas azuladas de un afeitado reciente, transpiraba una alegría comunicativa, un júbilo casi infantil. El muchacho sonrió también, burlándose de su ridícula caída, y hasta se disculpó por no haberse echado a un lado. La gente encontró estúpido su comportamiento y deshizo el corro.

—Oiga: a usted lo conozco yo de algo... Usted vivía por este barrio... Sí, en aquella casa, si no me equivoco... ¡Usted es Ruark!... —exclamó, excitado, el jovenzuelo—. Cuando yo era un crío lo veía bajar muchas veces de un coche de la «bofia». ¡Menuda envidia le teníamos mis amigos y yo!... ¡Soñábamos con ser también agentes especiales del

F. B. I.!...

¿No se acuerda usted de, una vez, que le ayudé a detener a un matón que salía pegando navajazos del bar de Keller? ¡Yo soy hijo de Ricky, el tendero!... ¿No me recuerda?... Usted hizo que me pusieran una medalla de honor en la escuela.

Desapareció la sonrisa del otro, sustituida por una expresión entre seria y triste. Dos profundas arrugas se le marcaron en la frente, y en sus ojos, de color negro, pudo leerse el dolor que le producía la evocación. Por fin, dijo con entonación que pretendía ser de contento:

—Sí, hombre; ya recuerdo... ¡Tú eres el pequeño Johnny!... En cinco años has cambiado mucho: te has hecho un hombre.

—¿Dónde ha estado usted todo este tiempo? ¿En el extranjero?... ¡Habría sido un servicio bueno, eh! Y... y no me lo diga usted... De detective, ya sé un rato largo... Por la ropa le adivino dónde ha estado usted: en Inglaterra. Allí visten así, según tengo entendido.

El denominado Ruark se miró su propio traje, de solapas estrechas, que resultaba raquítrico para su cuerpo. Levantando la cabeza, asintió en voz baja:

—Sí; he estado cinco años en Inglaterra —y suspiró al decir—: Pero ya estoy de vuelta, para siempre. Voy a casa, Johnny; ya nos veremos por aquí, un día de éstos.

—Si no es asunto secreto, me contará usted algo, ¿no?

—Naturalmente, Johnny; tengo mucho que contar. ¡Adiós!

Se alejó presuroso, Ruark, con la cabeza inclinada y el ala del sombrero, un modelo pasado de moda, echada sobre los ojos. Parecía desear que no lo reconociesen más vecinos de aquel barrio de casas viejas y de tiendas humildes, un barrio pobre más del inmenso y heterogéneo Chicago.

Entró en una de las casas que tenían mejor apariencia y tomó el ascensor, un ruidoso artefacto que, por lo estrecho, asemejábase a un sarcófago. Ruark salió a un corredor de suelo sucio y de paredes manchadas con la grasa de millones de manos. Se detuvo ante una puerta cuya pintura, antaño gris, ahora estaba amarillenta y resquebrajada. Por la ventana que daba al patio penetraba el olor a coles cociéndose en el puchero.

Antes de apretar el pulsador del timbre, Ruark se tiró, hacia abajo, de los bordes de la chaqueta y de las bocamangas, se arregló el nudo de la corbata y se estiró los picos del cuello de la camisa. Secábase el sudor de los dedos en los pantalones. Erguido frente a la puerta, tan pronto descansaba el peso del cuerpo en el pie izquierdo como en el derecho. Terminó por pasarse las manos por la cabeza, aplastándose el pelo.

No salía nadie a abrirle. Volvió a pulsar el botón, y aplicó el oído a la puerta, intentando captar los ruidos del interior del cuarto. Creyó oír una voz femenina, muy débilmente. Tornó a observarse la derecha de las rayas de los pantalones. Se arrepintió de no haberse detenido en la calle a que le lustrasen los zapatos; no los llevaba sucios, pero estaban sin brillo y despellejados por la puntera.

Impaciente, golpeó la madera con los nudillos; era evidente que el timbre no funcionaba. Enseguida se abrió la puerta y apareció una chiquilla de unos ocho años, de largas trenzas rubias, rematadas por unos lazos azules.

—¿Qué quiere usted?

El hombre pareció desconcertado. Miró el número que había sobre el dintel. Luego, bajando la vista, dijo, a la vez que se

disponía a entrar en el cuarto:

—¡Hola, nena! ¿Quién eres tú?

—¡No pase usted! ¡Mamá! ¡Mamá! —gritó, asustada, la niña.

Una mujer, desgredada y sucia, que se secaba los antebrazos con un mandil haraposo, le cortó el paso.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea?

Ruark se paralizó. Tras observar a la mujer, paseó su mirada por el pequeño *hall* en penumbra. Le temblaba la voz, al preguntar:

—Pero ¿no es ésta la casa de la señora Ruark?

—No. Este piso es mío. Y haga el favor de salir de aquí —contestó secamente la mujer, mirando desafiadora al intruso, que, a su lado, parecía un gigante.

—¿Cómo va a ser éste su piso? ¡Lo sabré yo bien!... ¿Dónde está la señora Ruark?

—Ya le he dicho que aquí vivo yo, y no intente nada, porque le costaría a usted caro; mi marido está en la azotea y...

—¿Dónde está la señora Ruark? —insistió el hombre, alzando el tono, enfurecido—. ¿Cómo va usted a ignorarlo?

—¿Por qué he de saberlo? ¡Usted se ha equivocado de piso! Yo llevo viviendo aquí un año.

A empujones echó la mujer al intruso y cerró de un portazo; se la oyó alejarse por el interior, maldiciendo de los borrachos que se atrevían a molestar a la gente decente en su propia casa.

Ruark permaneció como alelado en el corredor, durante unos momentos. Después, reaccionando, se dirigió de unas zancadas a la puerta contigua y pulsó el botón del timbre ininterrumpidamente. En su rostro se veía la inquietud que le agitaba el ánimo. Su sonrisa habíase desvanecido por completo; ahora, su cara sólo expresaba una ansiedad angustiosa. Respiraba anhelante.

Salió a abrir una mujer de avanzada edad. La boca hundida, por falta de dentadura; las arrugas que le surcaban la piel, la singular mirada por encima de los lentes cabalgándole sobre la misma punta de la nariz, afilada y corva, le daban semblante de arpía. En las manos llevaba un calcetín y una aguja.

—¡Buenas tardes, señora Brown! —saludó el hombre, afectuoso.

—¡George Ruark! —exclamó la vieja, sorprendida, más sin complacencia.

—¿Dónde está mi madre? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo es que hay

otros en mi casa?

—¿No sabes que murió, hace poco más de un año, la pobrecilla?

George Ruark quedó inmóvil, como petrificado. Su pasmo lo aprovechó la vieja para reprocharle:

—¡Tú la mataste! No se enteró de la verdad de tu ausencia, gracias a mis precauciones. Duró cuatro años gracias a mis cuidados. Pero la parálisis fue agarrotándola cada vez más, y un día, mientras yo estaba en el mercado, vino un policía, a preguntar unos datos sobre ti, y ella se enteró de todo. ¡Qué vuelco no le daría el corazón, al saber que su hijo estaba en la cárcel, que aquella noche murió! Me la encontré a la mañana siguiente, tendida en el suelo de su alcoba, delante de tu retrato. Había conseguido moverse, arrastrándose, para contemplar de cerca al hijo que no era más que un ladrón.

Ruarte salió de su ensimismamiento al oír la infamante palabra. Se le tensaron los músculos faciales; tenía los puños crispados; sus ojos reflejaban cólera, la desbordante ira del homicida.

—¡Cállese! —ordenó, roncamente—. ¿Usted qué sabe?... Lo que todos dijeron, únicamente. ¡Una mentira!... ¡Hábleme de mi madre!... ¿La cuidó usted? ¿De verdad no se enteró, en cuatro años, de que yo estaba expulsado del

F. B. I.?

¿Por qué no me escribía usted por ella? ¿No recibía mis cartas?...

—No —negó, rotunda, la vieja—. Yo la quería mucho y traté de que no sufriese. En tus cartas se te notaba que estabas en mala situación; no podías disimularlo, aunque el matasellos pareciese del extranjero. Para no hacerla sufrir, rajaba todas las cartas, y le decía que tus amigos sabían de tu viaje por el extranjero, que te encontrabas bien. La engañaba con que volverías muy pronto. Cuando ella me pedía que te escribiese, yo pretextaba que tu paradero era secreto por orden del

F. B. I.

La mano diestra del hombre asió la recosida blusa de la vieja; era una mano grande, de abultados tendones, capaz de destrozar entre los dedos a alguien más recio que la señora Brown. Furioso, hablando sin separar las mandíbulas, Ruark dijo:

—No la mato porque... porque es usted. ¿Sabe el daño que me ha hecho? ¿Sabe lo que son cinco años encerrado sin tener noticias

de mi madre, de la única persona que me quería? ¿Se da cuenta de lo que he sufrido allí, por un pecado que no cometí?

La zarandeada vieja tuvo arrestos para argumentar, destempladamente:

—Eso de que no pecaste lo pudiste demostrar entonces. ¡Y suéltame...!

—Me va usted a contar ce por be lo que ha pasado en todo este tiempo. ¿Le siguieron enviando dinero mis antiguos compañeros? ¿Pasó privaciones mi madre?

—¡Louis!... ¡Louis!... ¡Ven a ayudarme!... ¡Me quiere matar este asesino! ¡Corre!... —gritó, histérica, la mujer, cuya blusa comenzaba a rasgarse bajo la zarpa del encolerizado Ruark.

—Llame a su marido o a quién quiera; nadie la libraré de contarme lo sucedido. ¿Le faltó algo a mi madre?

—Gracias a mí no le faltó de nada —aseguró la vieja—. A última hora tuve que vender los muebles y la ropa para pagar las medicinas; el dinero que enviaban tus amigos no era suficiente.

Apareció, en aquel instante, un hombrecillo de pelo canoso y cara de hurón, empuñando un bastón de alpinista. Acudía decidido en defensa de su mujer, pero se tranquilizó al identificar a Ruark.

—¿Qué haces, muchacho? ¿Te has vuelto loco?

—Hola, Brown —le saludó, secamente, el intruso—. Su esposa sigue teniendo la misma lengua de víbora y estoy dispuesto a cortársela como no deje de insultarme. Con usted me será más fácil entenderme, como en otros tiempos.

George soltó a la arpía, y empujando al matrimonio, los llevó a la cocina del modesto apartamento; había estado muchas veces allí. Brown y él eran buenos amigos. Brown, fontanero de profesión, gustaba de contar a Ruark lo mucho que le hacía sufrir su tiránica mujer; siendo incapaz de conquistar la jefatura de su hogar, sentía alivio criticándola a sus espaldas.

Al verla tan rabiosa, mayormente por tener rajada la blusa, Brown se atrevió, sin embargo, a aconsejarle, con su habitual timidez:

—Vamos, mujer; no es para tanto la cosa. Deja ya de meterte con el muchacho; bastante habrá pasado. Anda, ve a cambiarte de ropa. Nosotros tomaremos una copa.

—¿Una copa, a este bandido? ¡Bueno estaría que esta hija de mi

madre invitase a un ladrón a un trago! ¡No faltaría más!... Y tú, si no fueses un calzonazos, ya le habrías pegado un tiro por maltratar a tu señora. ¡Cuándo yo digo que no me queda otro remedio que ser yo la que lleve los pantalones en esta casa!... ¡Vaya un asco de hombres...!

Brown hizo un guiño a Ruark, como aconsejándole que no se molestase en replicar, y luego, desafiando a la iracunda arpía, en un alarde de temeridad, sacó del armario de la cocina una botella de *whisky* y tres vasos pequeños, que puso encima de la mesa forrada de cinc.

—Celebraremos tu vuelta, muchacho; lo pasado, pasado está.

—No, Brown; no tomaré nada. Sólo deseo saber lo sucedido durante mi ausencia. Su mujer acaba de decirme que tuvieron ustedes que vender mis muebles para comprar medicinas a mi madre. ¿Por qué? ¿No era suficiente el dinero que enviaban mis amigos del

F. B. I.?

—Verás, muchacho...

La arpía le interrumpió, tomando la palabra con su característica acritud:

—Sí; los tuvimos que vender; ya te lo he dicho. O ¿es que después de haberme sacrificado por tu madre, después de hacer lo que tú no hiciste, vas a venir a ajustarme las cuentas? Entonces, tendré que pasarte factura de cuánto hice por ella. ¿Cómo vas a pagarme? ¿Quién, sino yo, la lavaba después de hacer sus necesidades en la cama o en el sillón? Y bien sabe Dios que yo lo hacía por caridad, porque la pobrecilla me daba mucha lástima, tan desgraciada por su enfermedad y por tener un hijo tan...

—¡Basta! —gritó Ruark, volviendo a perder la serenidad, y dando tal puñetazo en la mesa que los vasos saltaron y rodaron hasta caer al suelo, no siguiéndolos la botella porque el infeliz fontanero la agarró con prontitud—. ¡Basta de insultos, señora Brown! ¡Está bien! ¡No me interesa lo que hicieron ustedes con mis muebles! Pero supongo que guardará usted las cosas de mi madre... ¡Las quiero!... ¿Dónde están?

—¡Aquí no hay nada tuyo! —aseguró la mujer, tras un momento de vacilación.

—Vamos, Laura; no le niegues eso al muchacho —intervino su

marido—. Al fin y al cabo, es su hijo; y tú sabes que la quería mucho. Ya le estás dando lo que guardas en el arcón o tendré que tomar cartas en este asunto.

Resultaba cómica la súbita energía del fontanero; era de las pocas veces en su vida que osaba desafiar a su mujer. En el fondo, Brown había desaprobado su rapacidad respecto a los muebles de la difunta señora Ruark.

—No y no... —chillaba la vieja, pero sus negativas fueron debilitándose conforme se le aproximaba, amenazador, George Ruark.

—Guíeme hasta ese arcón, señora Brown, o habrá de hacerlo por la fuerza. No quisiera emplear la violencia para conseguir lo que es mío; pero si usted se empeña...

La mujer, acorralada en un rincón de la cocina, perdió la serenidad. El aspecto de Ruark denotaba su propósito de llegar hasta el crimen, si fuese preciso. Tras lanzar una mirada de desprecio a su marido, la arpía pasó a la habitación contigua, la alcoba. George siguió sus pasos.

Dentro de un viejo arcón estaban guardados los efectos personales de la difunta. Ruark reconoció el viejo espejo de empuñadura de marfil, y el peine y el cepillo, haciendo juego con el espejo; y el rosario de azabache y el libro de oír misa, con sus cantoneras de oro... Acarició suavemente las pastas, intentando captar las huellas amadas. Su madre era católica y acostumbraba a leerlo al anochecer. Según ella le contó, se lo había regalado su marido cuando se casaron. George no había conocido a su padre; murió cuando él sólo tenía un par de meses.

Dos estampas sagradas y una flor aplastada se desprendieron de entre las hojas. Ruark se agachó a recoger las estampas. La flor estaba seca y prensada. Era una camelia de color rojo desvaído, que antes fue escarlata vivo. Los pétalos gemían al tacto.

Recordó, George, la historia de aquella camelia escarlata. Su madre, viuda, sin más recursos económicos que los producidos por su trabajo como costurera, había depositado en él todo su cariño: un amor absorbente, que exigía ser único. Cuando él se enamoró de verdad y pensó en casarse, sabía que su madre sufriría grandemente al recibir la noticia. Una tarde, hallándose cenando en un *cabaret*, su novia, una muchacha de familia rica, por capricho le había

puesto en el ojal de la chaqueta una camelia escarlata, cortada del ramo de flores que adornaba la mesa. Ambos sentíanse felices. Él habló, entonces, de su deseo de casarse, y ella aceptó. Luego, de vuelta a casa, él estuvo en la obligación de contárselo a su madre. Lo hizo con cierto temor, al principio, pero al observar que resplandecían de dicha los ojos maternos, se exaltó de júbilo.

—¿De verdad te alegra?

—Sí, hijo —había afirmado ella—. Yo estoy cada vez más torpe y tú necesitas que te cuiden. Si ella te quiere de veras y es una buena mujer, ¿qué más puede alegrarme?

—Yo te querré siempre, madre. Vivirás con nosotros. Ya verás cómo Elisa merece tu cariño. Está deseando conocerte. Tú no tengas miedo, madre; yo te querré mucho. ¡Te lo juro! ¡Mira! ¡Toma! Esta flor me la ha puesto ella y yo te la ofrezco. Guárdala siempre como recuerdo de mi juramento. Te aseguro que nunca te sentirás postergada.

Y, entonces, ella, con la torpeza de la parálisis que ya comenzaba a invadirle los dedos, había guardado la camelia entre las hojas de aquel libro.

—La guardaré siempre, hijo mío, no como recuerdo de tu promesa, sino de este día en que me haces tan feliz.

George Ruark volvió a guardar las estampas y la camelia entre las hojas del libro. Miró pensativo a los Brown, que lo contemplaban curiosos, y luego fijó la mirada en un crucifijo de ébano y plata colgado de la pared, encima de la cabecera de la cama de matrimonio.

—Es mío —manifestó simplemente y lo descolgó. A continuación envolvió aquellos objetos en un periódico atrasado y se encaminó hacia la salida del cuarto, despidiéndose—: Pese a todo, gracias por haber cuidado a mi madre, señora Brown.

La arpía tomó estas palabras de agradecimiento como muestra de debilidad, y su enfado se recrudeció. De la desdentada boca tornó a brotar un chorro de frases insultantes. Ruark tuvo la voluntad de contenerse y lo consiguió, limitándose a decir, desde el umbral de la puerta:

—Siempre lo compadecí, señor Brown. Que Dios le dé paciencia para soportarla hasta que se muera.

De no haber cerrado la puerta con presteza, Ruark habría

recibido en plena cara unas tijeras arrojadas por la enfurecida mujer.

Con el paquete en la mano izquierda, George descendió hasta la planta baja. Salía a la calle, cuando se tropezó con un individuo que se proponía penetrar en la casa precipitadamente. Ambos quedaron frente a frente. El desconocido, de tipo delgado y vestido con elegancia, cambió su gesto de sorpresa por otro de agrado.

—¡George! —exclamó, sonriente.

—¡Hola, Jimmy! ¡Pronto me olfateaste! —Correspondió Ruark, con cierta acritud.

—Ordené a uno de los nuestros que se apostase a la puerta de la prisión. Te ha venido siguiendo durante el viaje y me avisó, por teléfono, que estabas aquí. No pude venir antes; tenía una visita y...

—Y la dejaste enseguida, claro está, para comprobar personalmente si había venido a mi casa a recoger el botín que suponéis en mi poder. No, no mires este paquete con ese aire de sospecha; no contiene billetes.

La mordacidad de Ruark molestó al otro, que gravemente le reprochó:

—Te equivocas, George. Mandé que te vigilasen para no perderte la pista hasta hablar yo contigo. Me fue imposible ir yo mismo.

—Igual que te fue imposible ir a visitarme a la cárcel en cinco años. De los otros, no me extrañaba; pero de ti y de Henry...

—Henry y yo fuimos destinados para una misión en el extranjero, al poco tiempo de entrar tú en prisión. Estuvimos en Roma. Henry continúa todavía allí y yo regresé hace una semana. Sabíamos que estabas bien de salud. Y no nos olvidamos de destinar parte de nuestro sueldo a tu madre...

—Vienes a pasarme la factura, ¿no es eso? Pues siento que hayas echado un viaje en balde. Mi capital se reduce a cinco dólares con veinte centavos. Comprenderás que en la cárcel no pude emprender grandes negocios.

El llamado Jimmy perdió su compostura y agarró por los brazos a Ruark, zarandeándole rudamente.

—Déjate de decir tonterías. He venido a verte, a charlar contigo, a saber de tus planes para el porvenir, a ayudarte... Fuimos buenos amigos y deseo que lo sigamos siendo. Has cumplido la condena y...

—Me rebajaron un año por buen comportamiento —comentó Ruark, irónico—. A los niños buenecitos los tratan bien allí. Ya ves: hasta he engordado. No sabes cuánto he disfrutado: me daban de comer bastante aceptablemente, el trabajo no era fuerte, tenía una biblioteca a mi disposición, nos ponían cine, jugábamos al *rugby* y hasta me permitían cuidar los tomates del huerto. Todo era realmente magnífico. Tanto es así que, a pesar de ser inocente, les doy las gracias por haberme condenado.

Ruark estaba excitado. De una sacudida se había desprendido de las manos de su amigo. Su mirada centelleaba de ira. Las venas de las sienes aparecían abultadas, como si fuesen a estallársele por la presión sanguínea.

—¡Cómo has cambiado, George! —comentó, compadecido, Jimmy—. Ya no eres el de antes...

—Jamás volveré a ser el de antes. Aquel George Ruark murió en el banquillo de los acusados, cuando lo condenaron por un pecado que no cometió, pese a todas las pruebas en contra suya. En cinco años he tenido tiempo de sobra para forjarme un nuevo espíritu y una nueva mentalidad. El muchacho que confiaba en la Justicia, el que estaba dispuesto a sacrificarse por los demás, el que se había entregado de lleno a una organización, el que creía en la bondad humana, el que tenía la seguridad de ser amado... aquel muchacho murió. Ahora soy un hombre totalmente distinto. Nada de banderas, de ilusiones, de sacrificios, nada de eso; sólo me convencen realidades concretas y materiales que me dejen provecho. Dinero, la mejor de todas, porque con él obtendré las demás.

—No conseguirás desprenderte nunca de tu primera manera de ser, George. Eso sólo son palabras, nacidas del despecho. Eras mejor que ninguno de nosotros; en el

F. B. I.

—No me nombres siquiera al

F. B. I.,

por favor —le cortó Ruark la frase empezada, tajante—. Todos me considerasteis culpable. En un momento, por la denuncia de un canalla, dejé de ser el mejor de vosotros, como tú dices. Yo carecía de pruebas para demostrar mi inocencia, pero no tuvisteis fe en mí. Me pedíais pruebas materiales. ¿Por qué te extraña que, ahora, yo carezca de fe y únicamente pretenda realidades concretas? Me

expulsasteis del

F. B. I.,

borrado en un instante todo lo bueno de mi expediente personal. El héroe se convirtió en granuja, a vuestros ojos. ¡Cuántas veces he maldecido al

F. B. I.,

en la cárcel! ¡Cómo se reían de mí, del cazador cazado! En mi misma galería estaba Bob Lorryll, al que había atrapado yo, hacía unos meses. No desperdiciaba ocasión para ridiculizarme ante los demás. Tuve que darle una paliza. Luego intentó matarme en el taller; le di otra, jugándome todo, y menos mal que no me denunciaron los demás a la Dirección. Pero, si me libré de un recargo de un par de años, no me salvé del odio de todos aquéllos; me aislaron, no contestaban a mis preguntas. En cinco años, únicamente he conversado con los funcionarios de la prisión. Creí volverme loco. Y, para colmo, sin tener noticias de nadie. Sólo el vacío absoluto a mi alrededor. Yo, a solas conmigo mismo; secándoseme el corazón día tras día. Aguanté por mi madre; pero ella ha muerto. Ahora... ¡el mundo será mío...!

—Tú desvarías, George. La cárcel te ha desequilibrado. Te repondrás en cuanto pasen unos días. Deseo que vengas a vivir a mi casa; te encontrarás como si estuvieses en la tuya. Descansarás todo el tiempo que necesites.

—¡Bonita perspectiva me ofreces: descansar! Llevo cinco años descansando; la sangre me hierve ansiosa de acción. No iré a tu casa. ¿Para qué?... ¿Para que tu mujer me considere un intruso impuesto por el marido? No, gracias.

—No será así. Además, tengo ya tres niños. Tú conocías al mayor. ¿No lo recuerdas? Entonces, te gustaba tomarlo en brazos y echarlo a lo alto. Te reías mucho con él. ¿Te acuerdas, George? Soñabas con tener, algún día, otro igual.

Por vez primera, George Ruark pareció vacilar en su obstinada decisión de rechazar cuanto le ofrecía su amigo; pero venció el rencor anidado en su corazón.

—No, no iré a tu casa. Lógicamente, habrás hablado de mí, en familia. Los chiquillos pensarían que vivían con un asesino como los de las películas. Me mirarían con miedo, y yo no lo podría soportar. Nuestras vidas van por distintos caminos. Jimmy.

—Permíteme, al menos, que te busque una buena colocación. Has de vivir y...

—¿Una colocación? —comentó, con amargura, el expresidiario—. ¿Para que, a los dos días, sepan todos que estuve en la cárcel, y me miren como a un bicho raro? Ya sabré buscarme por mi cuenta un empleo productivo. Alguien se apresurará a aceptar mis servicios y a pagármelos bien; te lo aseguro.

—¿Quién? —interrogó el otro, visiblemente interesado.

—Eso es cuenta mía. Como seguirás espiándome, ya te enterarás. Por cierto, que está haciéndose de noche y he de arreglar unos asuntos urgentes. ¡Adiós, Jimmy! Muy pronto te devolveré el dinero que enviaste a mi madre.

—Toma, George. Con cinco dólares no aguantarás mucho.

El del

F. B. I.

tendió unos billetes a su antiguo camarada.

Ruark rechazó el dinero con la mano derecha, a la vez que pasaba junto a Jimmy, saliendo a la calle.

—Gracias, pero guárdatelo. Un hombre sólo necesita bien poco dinero si sabe manejárselas. Te devolveré lo tuyo. No olvidaré lo que tú y Henry hicisteis por mi madre.

Y George Ruark se alejó calle abajo, iluminada mortecinamente por los escasos faroles acabados de encender. La generosidad de su excompañero del

F. B. I.

lo había conmovido. Se separaba de él para que la decisión tomada en la cárcel no se debilitase a causa del sentimentalismo. No debía apartarse de los planes trazados.

Pasó por delante de un establecimiento de comestible. En la puerta se hallaba el mozalbete flacucho y pecoso.

—¡Hola, Johnny! ¿Te vienes a tomar un batido? —le invitó, amable, Ruark.

—Yo no voy con traidores al

F. B. I.

¡Y que estuvo en Inglaterra!... Mi padre me ha contado la verdad...

El muchacho le volvió la espalda, despreciativamente, y se adentró en la tienda.

Aquello fue para Ruark, como si le clavasen una flecha en el

corazón. Johnny simbolizaba a la sociedad entera. Jimmy y Henry eran distintos, por rara excepción. Johnny, los Brown, todos los del barrio, lo despreciaban, y todo el mundo lo despreciaría conforme fuesen enterándose de quién era él. Sólo cierta clase de gente lo admitiría con relativa cordialidad; a él no le quedaba otro remedio que buscar la amistad de aquella gente.

Echó a andar, con el paquete bajo el brazo izquierdo. Por su corpulencia se destacaba de los otros transeúntes. Caminaba en línea recta; los demás tenían que echarse a un lado. George Ruark se sumergía en la noche de la gran ciudad a orillas del Michigan con la sensación de que, cuanto más negrura hubiese a su alrededor, más brillaría él si arrojaba de sí los falsos sentimentalismos.

II

EL HOMBRE DE LA CAMELIA ESCARLATA



ESULTABA grotesca la postura del mono dibujado con los luminosos tubos de neón verdes; el artista había logrado, con tan escasos trazos, darle la vana seriedad de los hombres que toman el baile como rito casi sagrado. Sobre el dintel de la entrada refulgía en rojo: «Monkey».

A juzgar por la cantidad de coches que se detenían en aquel punto de la calle Van Buren, al sur del Loop, «Monkey» estaba concurridísimo por personas capaces de pagar por un *gin-fizz* cinco veces más de su valor real y una millonada por una botella de «la Viuda». El portero no cesaba de quitarse y ponerse la gorra y de hacer una ensayada reverencia a cuántos pasaban al *cabaret*. La

inclinación no le resultó bien del todo cuando cruzaron ante él tres individuos de sombreros de alas anchas, caídas por delante y por detrás, con las manos ocultas en los bolsillos de las amplias gabardinas. Aquellos tres se diferenciaban mucho de los afables y pulcros asistentes que acompañaban a mujeres distinguidamente ataviadas.

Los vio bajar y, pasar de largo junto al guardarropas. El portero, entonces, se apresuró a verter unas palabras casi ininteligibles por el micro de un teléfono que había medio oculto tras una palmera de maceta.

—¡Atento a cuando salgan! —Fue la respuesta que recibió, desde el otro extremo del hilo.

El portero volvió a su sitio habitual, y continuó haciendo reverencias, pero no olvidó de desabrocharse el cuello del galoneado uniforme. Era un tipo hercúleo. La nariz aplastada y unos costurones sobre las cejas revelaban que había pisado los *rings*.

Ignorantes de lo que les aguardaba a la salida, los tres individuos de las gabardinas, después de atravesar un lujoso salón, ocupado por unas cuantas parejas sentadas en butacones alrededor de mesitas bajas de reluciente caoba, llegaron a una galería semicircular y se asomaron a la sala de baile. Uno de los tres, el más alto de ellos, comentó, con un silbido de estupor:

—Si no lo veo, no lo creo, aunque me lo habían dicho. Esto está repleto de gente de postín. ¡Cómo ha cambiado!

En efecto, el local estaba completamente abarrotado de público alegre y bullicioso. En la pista no cabía un alfiler. La orquesta embriagaba de música negroide a las parejas. Sobre las mesitas, vistas desde lo alto, se destacaban, sobre el fondo níveo de los manteles, los círculos de las bebidas multicolores. Los camareros no descansaban un momento.

—¡Esto se ha hecho un negocio de los grandes! Creo que los *shows* son de primera clase —comentó otro de los tres, delgado y de expresión zorruna.

—Podremos apretar a placer los tornillos —dijo el tercero, bajo y rechoncho, que lucía un bigote a lo Hitler.

Una voz amable, a espaldas suyas, les hizo volver la cabeza.

—¿Desean mesa los señores? Si lo prefieren, el sombrero y la gabardina pueden entregárselos a un mozo, y él los llevará al

guardarropas, sin molestias para ustedes.

Era uno de los *maîtres* del «Monkey»: sonriente, ceremonioso, embutido en un frac.

El individuo delgado le replicó, burlón:

—¿Desde cuándo se nos trata con tanto respeto? ¿No nos conoces de sobra, Mark? Somos los de siempre y venimos a lo de siempre, aunque esto ya no sea una pocilga como antes.

—En efecto, caballero; antes, esto era una pocilga. Ahora, las cosas han cambiado —admitió, gravemente, el *maître*.

—Ya lo sabemos, y a eso venimos: a conocer al nuevo gerente y a tratar de asuntos comerciales de gran importancia.

Los otros dos rieron escandalosamente; el *maître* se permitió sonreír de manera un tanto extraña.

—Entonces, señores, tengan la bondad de seguirme. Les llevaré al nuevo despacho del nuevo gerente.

Recorrieron la galería, por entre las mesas allí situadas, hasta detenerse, frente una puerta disimulada tras un biombo. El *maître* pulsó el botón de un timbre incrustado en una de las jambas; luego, haciendo una reverencia, se despidió, diciéndoles:

—¡Buena suerte, señores, en sus negocios!

El individuo rechoncho manifestó, receloso:

—No me ha gustado ni pizca la cara de ese fulano vestido de pingüino. Creo que estaba riéndose de nosotros en nuestras propias narices. Habrá que estar prevenidos, por si acaso nos encontramos con una sorpresa aquí dentro.

—Pronto se les acabará la risa a todos —pronosticó el de cara de zorro.

La puerta comenzó a abrirse lentamente, hacia afuera, y el más alto de los tres, que se vio empujado, quiso contenerla. Verdaderamente asombrado, tuvo que dar dos pasos para atrás, porque la puerta continuó abriéndose a la misma velocidad.

—¡Esto lo mueve un motor!... Aquí han cambiado hasta los clavos.

—¡Pasen, señores; tengan la bondad! —les invitó una voz varonil desde el interior del despacho que quedaba a la vista.

Entró primeramente el más delgado de los tres. Un hombre se levantó del sillón que había al otro lado de la amplia mesa. Se fijaron en su corpulencia y en su semblante, de rasgos firmes. Vestía

de *smoking* y ostentaba una camelia de color escarlata en el ojal de la solapa.

—Soy el gerente. Me llamo George Ruark. ¿A quiénes tengo el placer de...?

El más alto de los tres llegados parecía un pigmeo al lado de Ruark; éste abultaba más que los tres juntos. Hubo unos instantes de confusión en los tipos de las gabardinas. La sola presencia de aquel hombre les imponía respeto, aunque no dejase de sonreír.

Había excesiva quietud en el despacho. Volvieron, alarmados, la cabeza. La puerta acababa de cerrarse mecánicamente; una chapa metálica la recubría. La música de la sala cesó de percibirse.

Entonces, hubo demasiado silencio en la estancia. Todo en orden, limpio, serio el color de los muebles, oscura la alfombra, austera la estancia, como suele serlo el despacho de un banquero y no el de un gerente de un *cabaret*. Era indudable que las paredes estaban forradas de planchas de corcho: reinaba un silencio sepulcral.

—Digan, por favor. ¡Siéntense!

Un poco aturdidos, los visitantes tomaron asiento en las sillas que se hallaban alineadas ante la mesa. No se percataron de que ellos eran tres y había justamente tres sillas preparadas. Ruark rodeó la mesa, para sentarse en el sillón.

—Bien, señores. Ustedes dirán.

El de la expresión zorruna empezó a hablar, no muy segura su voz:

—Pues, nosotros hemos venido a saludarle, en primer lugar. Enterados de que había un nuevo gerente en este local, acudimos a desearle muchos éxitos y, a la vez, a prestarle nuestros servicios.

Supongo que el anterior gerente le pondría al corriente de todos los detalles de este negocio.

—El anterior gerente murió de un balazo en la cabeza. Yo vine después de estar él enterrado y, ¡claro! El pobre no pudo explicarme nada.

—Sí; naturalmente. Tiene usted razón. Nosotros lo sabíamos...

—Y el individuo rechoncho se calló, al sentir que un pisotón le aplastaba el pie derecho.

—¡Ah! ¿Ustedes lo sabían? Entonces, tal vez sepan, también, quién lo mató —manifestó, suavemente, Ruark, recostado indolente

en el respaldo del sillón.

—No; nosotros no tenemos idea de quiénes fueron los asesinos —negó el más alto de los visitantes.

—¿Cómo es que usted sabe que fueron varios los asesinos? La Policía y los periódicos sólo hablaron de uno.

Los tres individuos se movieron inquietos en sus respectivos asientos. El de la cara de zorro varió de conversación:

—Simples suposiciones de mi compañero, nada más. No le haga usted mucho caso. Pues... volviendo al asunto que nos ha traído aquí, como le iba diciendo, desde hace tiempo estamos prestándole nuestros servicios a esta casa y...

—¿Suministran carne o leche?... ¿O, simplemente, son fumistas? —interrogó Ruark, con expresión de ingenuidad.

Aquellas preguntas arrancaron risas de los visitantes y, desde aquel momento, ganaron seguridad en sí mismos. Volvió a tomar la palabra el que parecía capitanearlos:

—No. Nosotros somos miembros de una sociedad comercial que se dedica, por una módica mensualidad, a hacer que en estos barrios no haya desórdenes, asaltos y robos a los establecimientos. Estamos organizados eficazmente para combatir a la gente que comete tales fechorías y garantizamos la tranquilidad y el orden mientras se nos pague puntualmente la cuota acordada.

—Usted perdone; pero eso creo que se llama proteccionismo o algo parecido. Y, ustedes me perdonarán si estoy equivocado, eso está penado por la Ley. Es lógico, ¿no? Habiendo una Policía sostenida por los contribuyentes, ¿para qué aceptar los mismos servicios de unos particulares? Sería estúpido pagar doble por un mismo servicio...

De nuevo rieron los visitantes. Estaban muy divertidos con aquel tipo que decía cosas tan peregrinas. Acostumbrados a ver propietarios temerosos o desafiantes, Ruark les chocaba grandemente, con sus disquisiciones sobre la utilidad o no del proteccionismo. Y los terminó de desconcertar, al afirmar, con plena naturalidad:

—En resumen, señores míos, agradezco su ofrecimiento, y no duden que los llamaría si los necesitase en alguna ocasión. Denme la dirección de su sociedad y...

—Oiga: usted nos ha tomado por idiotas, ¿no? O es que es usted

cerrado de mollera —dijo el más delgado, poniéndose en pie y arrastrando las palabras—. Aquí no se trata de agradecer nada, sino de aceptar nuestro ofrecimiento, porque para eso hemos venido. El negocio este marcha bien y la cuota mensual será de doscientos dólares; y crea que le hacemos rebaja. Como hay atrasos en los pagos, empezará usted por pagarnos ahora quinientos.

George Ruark continuaba en igual postura; se balanceaba levemente en el sillón giratorio. Permanecía tranquilo, en apariencia. Y con la anterior candidez, preguntó:

—¿No podrían ustedes hacerme una rebaja mayor? Dejarlo en un par de dólares, por ejemplo.

—¿Qué dice usted, imbécil? —gritó el que llevaba la voz cantante, agresivo, dando un paso hacia el nuevo gerente del «Monkey». En vez de quinientos, serán mil, y ahora mismo.

—No se acerque más —le advirtió fríamente Ruark, poniéndose también en pie.

Su corpulencia intimidó al «proteccionista», que se detuvo junto al lateral izquierdo de la mesa. El individuo giró la cabeza, para mirar significativamente a sus compinches. Eran tres contra uno, y notaban en el bolsillo derecho de la gabardina el peso de la pistola. El de cuerpo rechoncho aconsejó, con fingida compasión:

—No sea loco y afloje la «pasta»; se lo digo por su propio bien. No nos obligue a emplear los «cacharros». Es mejor marchar en buena armonía.

—Opino igual. Ustedes van a marcharse, después de darme el nombre del que los ha enviado.

—Este tipo me está revolviendo la sangre con tanta tontería como echa por la boca. ¡Pues no nos sale ahora con exigencias!... —exclamó, irritado, el más alto de los visitantes.

El de la expresión zorruna, que se hallaba próximo a Ruark, ordenó al que acababa de hablar:

—Apúntale mientras nosotros dos lo suavizamos un poco.

En la diestra del alto apareció una pistola; la tenía ya empuñada dentro del bolsillo y tardó un instante en sacarla a relucir. Encañonó a Ruark, que no dio señales de miedo. Los otros *gangsters* esgrimieron sendas porras cortas, de goma maciza y oscura, que portaban escondidas entre la camisa y la cintura del pantalón. El más delgado fue el primero en alzar la porra. George continuaba

impasible, pero actuó rápidamente nada más iniciarse el golpe. Adelantó el antebrazo izquierdo, de manera que chocase con la muñeca que se le aproximaba y, a la vez, realizó otros dos movimientos veloces: lanzó un puntapié al bajo vientre de su agresor y se llevó la mano derecha a la axila del lado contrario, por debajo de la chaqueta.

Cuando el de la cara zorruna era despedido como una pelota, el que empuñaba la pistola tuvo al descubierto el corpachón de Ruark. Fue a disparar, pero una milésima de segundo antes de cerrar el índice sobre el gatillo, un proyectil del revólver desenfundado, con asombrosa destreza, de la sobaquera del nuevo gerente, le taladró la muñeca, obligándole a soltar el arma. Notó el *gángster* que los dedos se le quedaban muertos, rebeldes a la acción de los tendones. A continuación, el dolor le hizo lanzar un grito; tenía la muñeca destrozada.

No perdió tiempo Ruark en atacar al tercer enemigo, el individuo rechoncho, que todavía conservaba asida la porra, sorprendido del cambio tan repentino de la situación y olvidado de que también guardaba un arma en el bolsillo de la gabardina. Cayó sobre él George y, al mismo tiempo que le arrancaba de un tirón el trozo de goma, empezó a golpearle el cráneo con el cañón de su revólver, hasta derribarlo a tierra.

Un sexto sentido pareció avisar a George del peligro que le acechaba por detrás. Se dejó caer sobre el recién golpeado, y simultáneamente, un par de proyectiles silbaron por encima de su cabeza. A propósito, mediante una contorsión de cintura y ayudándose de las piernas, rodó por el suelo como si su cuerpo fuese un rodillo de giro acelerado. Cuatro proyectiles horadaron sucesivamente la alfombra, persiguiéndole de cerca.

Le disparaba el cabecilla de los *gangsters*, repuesto del golpe, y descubrió su gesto de rabia por haber agotado en vano el cargador. Ruark pudo matar, entonces, a mansalva, a aquel asesino; no lo hizo. Irguiéndose, de un salto, se aproximó al «proteccionista». Éste, asiendo nervioso la inútil arma, retrocedía paso a paso, asustado de la máquina humana que se le acercaba. No disminuyó su terror al ver que Ruark se guardaba el revólver.

—Ayúdame, Spencer —suplicó al que tenía la muñeca destrozada.

Su ruego fue desatendido: el otro, no menos asustado, sólo se preocupaba de contener la hemorragia de su herida.

Y George acorraló a su presa en un rincón. De un manotazo hizo volar la pistola descargada, y de un puñetazo hizo chocar brutalmente la nuca del *gángster* contra la pared.

—¡Defiéndete, si eres hombre! —Le escupió a la cara.

Ruark no podía olvidar su antiguo odio a los *gangsters*, a los malhechores, que únicamente sentíanse valientes cuando dominaban por el número o por el armamento. Le repugnaban aquellas ratas humanas, que sólo hincaban el diente a los pusilánimes comerciantes, explotándolos mediante amenazas y palizas. Ruark, en aquellos instantes, sentíase agente especial del F. B. I.

Al comprobar que el rufián no se defendía, en vez de aporrearlo con los puños, le descargó tal lluvia de bofetadas y puntapiés, que terminó por fatigarse él mismo.

—Ponte con los brazos en alto, de cara a la pared, si no quieres que siga empleándome contigo —le advirtió, jadeante.

Obedeció sumiso el «proteccionista», y pronto tuvo a su lado al de la muñeca herida. El tercero comenzaba a recobrar el conocimiento y gemía a intervalos. Un puntapié a las costillas le hizo incorporarse en un santiamén. Ruark ya lo había desarmado y le mandó colocarse junto a los otros. Tambaleándose, perplejo, acentuada por el pánico la comicidad de su mofletuda faz con el bigote a lo Hitler, se apresuró diligente a cumplir la orden. Ninguno de los tres se explicaba aún la razón de su humillante derrota; ignoraban que habían cometido el grave error de enfrentarse a un exagente especial del *Federal Bureau of Investigation*, a un hombre dedicado durante años a aprender y a practicar las distintas clases de lucha[1].

Ruark apretó un botón oculto en la superficie inferior del tablero de su mesa. Parte de una de las paredes empezó a hundirse lentamente. Era una puerta secreta. Entraron en el despacho dos hombres jóvenes, de porte atlético. Ambos contemplaron admirados al gerente del «Monkey».

—Parece increíble, señor Ruark —dijo uno de ellos.

—¿Has filmado bien toda la escena? —le preguntó George, sin reparar en la admiración que provocaba.

—Sí, señor.

—Y el magnetófono, ¿cómo ha ido? —interrogó al otro.

—Estoy seguro de haber registrado bien cuanto han hablado, señor Ruark.

—Atadlos a conciencia y encerradlos donde ya sabéis. No los perdáis de vista. Más tarde pasaré a hacerles unas preguntas. Luego avisaremos a la Policía.

Por la puerta secreta fueron llevándose a los atemorizados *gangsters*. Al enterarse de que había sido rodada una película de lo sucedido y registrado cuánto dijeron, los «proteccionistas» comprendieron que el nuevo gerente del «Monkey» no era un cualquiera. Con pruebas de culpabilidad tan concluyentes no habría abogado que los librara de ir a la cárcel.

Pero ignoraban que Ruark no había tomado aquellas medidas por ellos. George pretendía, principalmente, demostrar a las autoridades, de manera inequívoca, que él mantenía una línea de conducta conforme a la Ley. Sabíase vigilado. Si daba un paso en falso, si cometía cualquier acto sospechoso a los ojos de la Policía, su condición de expresidiario lo arrastraría de nuevo a la cárcel. Y él tenía decidido hacerse rico como fuese, pero sin violar las leyes. Por conocer íntimamente al

F. B. I.,

sabía a ciencia cierta que ningún forajido era lo bastante listo para burlar a la poderosa organización. En consecuencia, él optaba por mantenerse, a toda costa, dentro de la legalidad, aunque el camino a recorrer se hiciese más largo. Con inteligencia y astucia, no necesitaría hacer uso de la violencia.

En cuanto hubieron desaparecido los prisioneros, Ruark cerró la puerta secreta. El mismo se ocupó de poner en orden el despacho. Por último, tras comprobar que su *smoking* no presentaba ningún desperfecto y después de colocarse en el ojal una nueva camelia, del florero que había sobre una mesita situada ante el tresillo, pulsó uno de los botones que brillaban sobre la mesa. La puerta blindada empezó a abrirse.

No llegó Ruark a cruzar el umbral porque una mujer, vestida con atrevido traje de noche, penetró en el despacho.

—¿Qué ha sucedido, George? He sufrido lo indecible esperando ahí fuera. Mark me contó quiénes eran los visitantes. ¿Dónde están?

¿Qué ha pasado?

—Nada de importancia, Telma. Venían a cobrar la «protección». Y tengo la certidumbre de que fueron ellos los que pasaportaron a tu gerente anterior.

—¡Oh Dios mío!... ¿Dónde están? ¡Cuéntame!... ¡No seas tan calmoso! ¿No te das cuenta de que me muero de curiosidad?

—Los he encerrado para interrogarlos antes de entregarlos a la Policía. Y ya estás viendo que yo continúo vivo. Me temo que vas a tener gerente para un rato largo —vaticinó Ruark, sonriendo.

—¡Eres desesperante, George! —exclamó la mujer, apoyándole las manos en los hombros.

Telma tendría unos treinta y cinco años, aunque aparentaba tener cinco menos. Era una espléndida belleza rubia, de formas acusadas y de ademanes vivos. Lo más atrayente de su cara eran los ojos, grandes, de color verde oscuro, sombreados por pestañas largas, y rizadas, que prestaban un algo misterioso y fascinador a su mirada.

Ruark aspiraba el perfume sutil que se desprendía de la nacarada piel. La proximidad de Telma le embriagaba a pesar suyo.

—¿Qué va a pasar ahora, George? —preguntó ella, preocupada—. No serán esos tres solos; habrá más, que desconocemos en absoluto. Intentarán vengarse, sobre todo de ti. Mejor hubiese sido que cedieses. Lo habríamos apuntado como pérdidas. No quiero que te ocurra lo que a Fisher. Él únicamente me importaba como empleado; tú significas mucho más para mí. Eres mi socio, has levantado este negocio antes casi hundido y, además, personalmente...

—Vamos, Telma, no te pongas sentimental —le reprochó, bromeando, Ruark—. No temas; no ocurrirá nada. Yo sé tratar a esta clase de gente. Se guardarán de volver a meterse con nosotros. Esto les servirá de lección, y estoy dispuesto a repetirla, aumentada y corregida, si se enteran en no aprender.

—¿Qué diferencia entre tú y Fisher! —comentó, entusiasmada, la mujer—. El pobre era muy miedoso, y lo pagó caro. Por eso, cuando viniste por aquí, pasado mañana hará dos meses, vi el cielo abierto para mí. Apareciste en el momento más oportuno. ¿Cómo no se le ocurriría a mi marido ofrecerte este puesto cuando nos visitabas como agente del

F. B. I.?

Mi marido se las daba de conocer a las personas a la primera ojeada, y hasta su muerte estuvo equivocándose en la elección de encargados.

—No fue error elegirte a ti como esposa, ¿o sí lo fue?

Telma no captó la ironía de Ruark, y manifestó encendidamente:

—La única vez que no tropezó. A pesar de todo su dinero, ¿de qué iba él a soñar con casarse con una mujer como yo?

—Ese orgullo te perderá, Telma —sentenció, jovial, Ruark—. A nadie lo consideras de tu altura.

—Sólo a un hombre. ¿Adivinas quién es? —Coqueteó ella.

—Te equivocas por completo. Nunca olvidarás que llegué hace dos meses con un traje raquítico y sin un centavo en los bolsillos, pidiéndote un empleo. Te conozco bien, Telma. Tú necesitas dominar, y da la casualidad que también yo necesito lo mismo. Chocaríamos muy a menudo. Será mejor mantener la situación tal como está: somos socios comerciales, nada más. A los dos nos gusta el dinero. ¿Para qué romper esta sociedad?

—A veces me agradaría abofetearte —manifestó ella, enfadada.

—No lo intentes siquiera, Telma. Yo no lo aguantaría, y los dos saldríamos perdiendo. Limitate a considerarme como buen amigo tuyo, el mejor que tengas. Si algún día se presenta la ocasión haré honor a la confianza que has puesto en mí.

—Perdona que me ría; me haces una gracia loca. No te cansas de repetirme que arrumbaste tus antiguos ideales, y, sin darte cuenta, los pones de manifiesto a cada instante. Y justamente por eso te quiero, George —declaró la mujer con acento vibrante—. Sé que estás hecho de buena pasta, que eres incapaz de robarme un dólar o de traicionarme; sé que, a tu lado, nadie se atreverá a molestarme. Por primera vez en mi vida me gusta ser dominada, y disfruto sintiéndome protegida. Ahora me noto más joven, porque la carga ya no pesa en mis hombros. Sospecho lo que opinas de mí: crees, como muchos otros, que soy mala. ¡Dicen de mí tantas cosas!... Pues te juro que jamás hice daño a nadie, que fui enteramente fiel a mi marido, aunque no estuviese enamorada de él... Mi único pecado es el ansia de ser muy rica para gastar dinero a manos llenas en adquirir lujos. Podrá achacárseme, también, que soy rencorosa con los que me ofenden; pero ¿qué mujer olvida fácilmente un

desprecio? Y yo los he sufrido a cientos cuando me casé con Arnold. Sus amistades me tacharon de intrusa y ambiciosa e inventaron todo lo imaginable para romper nuestras relaciones. ¡Me hicieron sufrir mucho...!

Telma calló. Había hecho la confesión en tono quedo, sin arrebatos de cólera. Ruark sintió que crecía su estimación por ella. Ahora conocía más a fondo a la mujer que aparentemente era frívola, caprichosa y de sentimientos pobres.

Ella separóse lentamente, con la vista baja, y fue a tomar un cigarrillo de una caja de madera labrada. Sentóse en uno de los butacones. Ruark le brindó fuego.

—No pienses más en ello, Telma. Lo tienes todo a tu alcance; no es para echarse a llorar —y cambiando de tema, George anunció—: Voy a interrogar a éstos. Sería preferible que bajases a la sala.

—Me gustaría presenciar el interrogatorio —declaró ella, con interés, saliendo de su ensimismamiento—. Manda traerlos aquí.

—No será nada agradable el espectáculo, te lo anticipo; aunque no emplearé la violencia.

Telma rió forzadamente.

—¿Estás viendo? Tan buen muchacho eres en realidad, que no te atreves a vapulearlos para hacerles hablar. Llego a suponer que los has atrapado hipnotizándolos.

—Ya lo comprobarás en cuanto revelen la película tomada.

Unos minutos más tarde, era conducido al despacho, por la puerta secreta, el «proteccionista» delgado, el que había capitaneado el grupo. Mostraba en la cara las señales amoratadas de los golpes recibidos, pero desafiaba con la vista; había recobrado parte de su entereza durante los minutos de descanso.

—Siéntate ahí —le mandó, enérgico, Ruark, indicándole una de las sillas.

El *gángster* se sorprendió de que el gerente del «Monkey» le quitase la mordaza y las ligaduras. Esta confianza de Ruark contribuyó a hacerle perder más la suya. Pensó que si un enemigo concedía tantas ventajas era porque tenía seguridad de su poder.

—Vamos a ver, muchacho —inició George, casi cariñoso—. La situación está muy fea para ti. Dudo sobre entregaros o no a la Policía. Si lo hago, juraría que me acarrearé idas y venidas y molestias sin fin. Como estoy convencido de que vosotros

asesinasteis al otro gerente, la conciencia no me remorderá mucho si me da por «liquidaros». Es fácil hacer desaparecer en el lago los cadáveres con un hierro atado al cuello. Créeme: ésta sería la mejor solución; por lo menos, la más cómoda. No sabes cuánto me molestan las relaciones con la Justicia.

El forajido sudaba por todos los poros de su piel. Tragaba saliva nerviosamente. Estaba ya convencido de que el gerente del «Monkey» no era lo que fingía ser. Y esta incógnita lo inquietaba hasta aterrorizarlo.

—Pues lo más sencillo sería que usted nos dejase en libertad, olvidando lo pasado. El jefe se lo tendría muy a su favor —propuso el prisionero, astutamente—. Tenga presente que si a nosotros nos pasa algo, vendrán a exigirle cuentas.

—Es posible que tu consejo resulte lo más conveniente. ¿Crees que tu jefe me lo agradecería? ¿Nos «protegería» sin cobrarnos nada?

—Téngalo seguro por adelantado —manifestó el individuo, brillándole los ojillos maliciosos, sólo de pensar que Ruark, por fin, iba a cometer un error.

—Pues por seguro lo doy, muchacho —afirmó George, palmoteándole en la espalda.

Intervino Telma, indignada por la candidez de su socio:

—¿Vas a fiarte de la palabra de un sinvergüenza como éste? En cuanto los pongas en libertad, volverán acompañados a arrasar la sala y a quitarnos de en medio.

—Suposiciones tuyas, Telma —reprochó Ruark, muy ofendido—. Cuando se trata con caballeros, la palabra es como si existiese un contrato firmado.

—Pero ¿eres tan niño que vas a creer...?

—Haz el favor de callarte o sal de aquí; esto es asunto de hombres, ¿verdad, amigo? —terminó de manifestar George, colocándose detrás del prisionero; desde allí guiñó un ojo a la mujer.

Ella comprendió que se trataba de un ardid, y fingió que se sometía a regañadientes. El «proteccionista» no cabía en sí de gozo. Intentó repetidas veces levantarse de la silla, como considerándose ya libre; pero su hombro derecho siempre tropezaba, «casualmente», con la mano del gerente.

—No te enfadará que antes hable por teléfono con tu jefe. He de concertar con él la paz. ¿Tienes su número? ¿Cómo se llama?

El que cayó en la trampa fue el forajido, acuciado por su afán de respirar aire libre cuanto antes.

—Es Robert Tisdale. Pero convendría que yo consiguiera primero la comunicación; para hablar con él hay que echar antes una instancia... Usted no lo conseguiría.

—Muy bien, hombre. Así que tu *boss* es el honorable Robert Tisdale —comentó, sonriente, Ruark—. Pues da la casualidad que lo conozco bastante, y él a mí. ¡Qué coincidencias tan curiosas se dan en la vida!... Tisdale y yo somos muy amigos. Claro; tú no estarás enterado, porque hará menos de cinco años que te encuentras a su servicio. En cierta ocasión, Tisdale y yo tuvimos unas relaciones muy especiales. Él traficaba con billetes falsos; yo le iba a la zaga y terminé trincándolo: aquello le costó un par de años de cárcel, gracias a la habilidad de sus abogados. Los del

F. B. I.

lo teníamos más que fichado.

La última frase colmó el estupor del prisionero, que había ido mostrando sucesivamente en su rostro los distintos grados de asombro que le causaban las palabras del gerente del «Monkey».

—¿Usted es del

F. B. I.?...

—interrogó, tartamudeando y tembloroso—. ¡Maldita sea mi suerte...!

—No te preocupes, hombre —le animó, cariñoso, Ruark, dándole suaves golpes en la nuca—. A los canallas de tu clase, únicamente les caen encima unos años de permanencia entre barrotes. A no ser que participases en el asesinato del otro gerente; en este caso, te veré achicharrándote en la silla eléctrica. Por lo pronto, voy a entregarte a la Metropolitana, pero no me olvidaré de avisar al

F. B. I.,

porque estás relacionado con Tisdale. Ya no hay quien te salve, muchacho; a no ser que confieses cuanto sepas sobre tu *boss* y sobre la muerte de Fisher, el gerente. Si te portas bien, yo conseguiría que tuvieran blanda la mano contigo.

El prisionero se retorció angustiado las manos. Considerábase

perdido. Creíase en poder de un agente especial del
F. B. I.

¡Ya quedaba explicado por qué él notó algo raro en el comportamiento del tal Ruark, desde un principio! ¡Naturalmente! ¡El maldito «gerente» estaba más que acostumbrado a salvar situaciones peores! ¡Juraría que le habían hecho víctima de una encerrona sus propios compañeros! ¿Por qué no le había dicho el *boss* que Ruark era del

F. B. I.?

Pero... ¡si era imposible!... ¡Todo parecía un sueño!... ¡No! ¡El *boss* no le había traicionado, por interés propio!... ¡Seguro que había sido obra de cualquier compañero envidioso de su categoría en la banda!... Si pudiera escapar de aquella ratonera...

El delgado individuo echó una ojeada general a la habitación. La puerta secreta estaba abierta y no se veía a nadie guardándola. Tras la puerta se hallaba el largo pasillo donde se encontraba aquella especie de celdas sin ventanas; pero al fondo del corredor, sin duda alguna habría una salida a la calle. Todo consistía en inmovilizar a Ruark apelando a la astucia, por sorpresa. Le quitaría el revólver, y, después, no le resultaría difícil barrer a los otros dos servidores de Ruark. La mujer carecía de importancia; se desmayaría al primer disparo. ¡Si pudiera escudarse en ella...!

Observó que «el del

F. B. I.»,

estaba distraído en encender un cigarrillo, casi de espaldas, dando el frente a la mujer. La pesada lámpara de bronce que había encima de la mesa le atrajo la mirada. ¡Buen arma para partirla el cráneo a cualquiera...!

Y el «proteccionista» saltó hacia la mesa y alargó el brazo derecho hasta coger la lámpara. Telma dio un grito de aviso. Ruark, sin soltar siquiera el cigarrillo, actuó veloz. Su poderosa zarpa se cerró como una tenaza sobre los dedos, que ya asían el pesado objeto de bronce, y apretó con fuerza de titán.

El forajido sintió que le crujían los huesos de la mano; el dolor le corrió a lo largo del brazo hasta pasarle al cuerpo, y comenzó a retorcerse y a chillar. George Ruark sonreía, clavando su penetrante mirada en los ojos del otro. No se molestaba en emplear la mano con que sostenía el cigarrillo. Y apretaba cada vez más,

cruelmente...

Pataleaba, gemía, echaba maldiciones por la boca el «proteccionista», contorsionaba el cuerpo buscando una manera de librarse de aquel cepo de músculos acerados... Por último, no pudiendo resistir el dolor, perdió el conocimiento y quedó inerte, colgante de la sujeta lámpara.

Entonces, lo soltó Ruark. Telma estaba a su lado, horrorizada por haber descubierto en George una nueva faceta de su carácter: crueldad. Aparentemente, él se había limitado a apretar con fuerza; más lo que a ella le repelía era su prolongado mantenimiento del castigo, con aquella sonrisa suave, como si disfrutase haciendo daño innecesario.

—¿Por qué has llegado hasta el final?

—Al final no he llegado, pues sería matarlo —declaró él, con acento metálico—. Y se lo merece, por asesino.

—¡Es inaudito! ¿Tú?... ¿Tú hablas así?...

—¿Qué me lo impide? —preguntó él, ceñudo, y como no obtuviese contestación, dijo, excitado—: Adivino lo que estás pensando, Telma, lo que no te atreves a pronunciar. Te aseguré, cuando me acogiste como socio, que me habían condenado injustamente. No me creíste, pues suponías, con cierta lógica, que el F. B. I.

no iba a consentir que uno de los suyos fuese condenado sin motivo. Te contesté que el

F. B. I.

no es infalible. La red estaba tendida a mi alrededor hábilmente, y ni el mismo director del

F. B. I.,

que se ocupó en persona de mi caso, llegó a descubrirla. Los odio porque no tuvieron fe en mí; me pedían pruebas y yo no podía dárselas. Todo y todos me acusaban. En cinco años he tenido tiempo suficiente para forjar el plan que me ayude a obtener las pruebas de mi inocencia. Ese día me va a oír todo el mundo. Pronto empezaré a ejecutar lo planeado; en cuanto termine de consolidar mi posición en esta casa. El *cabaret* me servirá de mucho, como cebo. Y caerán los que me perdieron, ¡ya lo creo que caerán!

—Luego tu visita a mí, después de salir de la cárcel, ¿no fue otra cosa que puro interés? —interrogó ella, dolorida.

—¿Qué más esperabas de mí? —preguntó Ruark, sarcástico—. ¿Gratitud a la amiga que no se había molestado siquiera en escribirme unas palabras de consuelo a la cárcel?... ¿Amor a la esposa de un hombre que era mi amigo?... ¡Nada de eso! Ya te lo advertí: tú necesitabas un hombre que supiera levantar este negocio; yo necesitaba, primero, comer y tener techo encima; segundo, lo importante, manejar a mi antojo un local público de esta clase para atraer a las moscas a la miel. ¿Acaso tienes queja de mí en el orden comercial?... ¿Cuándo has ganado tanto como ahora? ¿Cuándo te has sentido tan respaldada? Mi valía, aparte de saber dirigir un negocio, acabo de demostrártela con esta gente; a otro lo habrían atemorizado, y tus ganancias, en vez de convertirse en joyas y pieles, habrían ido a parar a manos de un rufián como Tisdale. ¿Tienes algo más que decirme, Telma?

La mujer parecía muy herida en su orgullo, pero no era una jovencueta impetuosa y supo disimularlo lo mejor posible. Volvió a tocar el punto inicial del diálogo:

—Lo que no comprendo es que sientas tanto odio a esta gente. ¡Y hasta piensas entregarlos a la Policía! ¿Tú, que también los odias a ellos?

—Ya te lo he dicho antes, Telma: me vigilan, buscan cualquier desliz mío para meterme de nuevo entre rejas, y yo, para demostrarles que esperan en vano y conseguir que me dejen en paz, deseo demostrarles que sigo defendiendo la Ley. Además, con este favor les doy una bofetada en su pundonor profesional. Les recordaré que valgo cien veces más que todos ellos juntos. ¡Ojalá llegue pronto la hora de mi revancha!... Cuando se demuestre mi inocencia, les rebozaré los hocicos con mi dinero. Ellos continuarán sin tener un centavo al aproximarse los finales de mes, y yo les regalaré gustoso unos dólares para sacarlos de apuros. Cuando me den las gracias, todavía les diré si quieren más dinero. Rabiarán de envidia.

Telma contemplaba extrañada al hombre que hablaba tan rencorosamente, obsesionado por tomarse la revancha sobre sus antiguos camaradas. Ella juzgaba lógico su afán de aclarar su inculpabilidad, pero aquel tipo de venganza explicado lo consideraba pueril. No pudo evitar que de sus labios se escapase la frase siguiente:

—La cárcel te ha vuelto loco, George.

—No lo niego —admitió él, con naturalidad que escalofriaba a su oyente—. Tampoco soy culpable de haberme vuelto loco. También han sido los demás.

—Por Dios, George, quítate esas ideas de la cabeza, desecha esas intenciones. Te obsesiona la venganza, sólo vives para devolver centuplicado el mal que recibiste. Cambia de ambiente, George. Márchate lejos, viaja por unos meses; yo te prestaré el dinero que necesites...

—¡Me sorprendes, Telma! —exclamó él, burlón—. ¿Tú prestando dinero voluntariamente?... Ahora sí quedo convencido de que me quieres.

Ella no quiso aguantar más la mofa de Ruark. Dio media vuelta y se dirigió hacia la salida a la sala. Llevaba los ojos cuajados de lágrimas. Quedó inmóvil ante la puerta acorazada. Ruark contemplaba a la mujer y sonreía. ¡Era una pena que ella no viese aquella sonrisa; habría sabido que su socio no era tan insensible como pretendía simular!

George pulsó el botón y la puerta se abrió, dejando paso franco a la propietaria del *night-club*, y volvió a cerrarse. En la alfombra estaba sentado el *gángster* maltratado, observando con temor al gerente. Éste hizo uso de uno de los cuatro teléfonos que había sobre la mesa.

—¡Asunto urgente! ¡Póngame con el agente especial James Thompson!

Una voz masculina le contestó desde el otro extremo de la línea:

—Querrá usted decir con el inspector especial James Thompson.

Ruark quedó mudo unos instantes; sentía como un nudo en la garganta. ¡Jimmy ya era inspector!... Jimmy no se lo había dicho cuando se vieron, hacía un par de meses. ¡A él, a George Ruark, le habría correspondido, con mayor razón, ascender a inspector especial del

F. B. I.,

porque él era más veterano y había tenido una hoja de servicios más brillante!

De la presión que ejercía su mano sobre el aparato telefónico, le blanqueaban los nudillos. Mediante un gran esfuerzo logró contestar a la persona que le dijo:

—¡El inspector Thompson, al habla! ¡Diga!

—¡Hola, Jimmy! ¡Soy George Ruark! Pásate cuanto antes por aquí; tengo tres «pájaros» relacionados con Robert Tisdale. Podría interesarte hacerles unas preguntas.

—¡Hombre, George, cuánto me alegra oírte! Ahora mismo iré allá. ¿Dónde estás?

—Aquí, en «Monkey».

—¿Por dónde cae eso?

—¿Acaso no lo sabes de sobra? ¿No te lo han dicho tus esbirros?

—Vamos, George, no seas estúpido —se oyó decir a Thompson, en tono de enfado—. Ningún agente mío te vigila. ¿En qué calle estás?

—En Van Buren. Y date prisa, si te interesa, porque voy a avisar a continuación a la Metropolitana. ¡Hasta la vista, inspector Thompson!

—Escucha, George...

Ruark cortó bruscamente la comunicación y llamó a la Policía. Luego, asomándose por la puerta secreta, llamó a sus dos servidores, para ordenarles que sacaran a los otros prisioneros y activaran el revelado de la película filmada.

Cuando tuvo a los tres «proteccionistas» de cara a la pared, en pie, se quitó la chaqueta del *smoking* y se descolgó la pistolera del hombro izquierdo, guardándola a continuación en uno de los cajones de la mesa.

Los primeros en llegar fueron los hombres de la Metropolitana: un sargento de detectives y cuatro policías uniformados. La puerta principal del despacho estaba abierta, y la otra, cerrada, inapreciable a la vista.

—¿Qué mosca te ha picado, Ruark? —Fue el saludo del sargento, entrando como en casa propia, sin la menor amabilidad y sin tender la mano al antiguo agente del

F. B. I.

Bajo el sombrero, que no se había quitado, su cara hacía pensar en un bulldog.

—La que debía haberte picado a ti, Hobart —replicó secamente George, y señalando con un movimiento de cabeza a los prisioneros, dijo—: Ahí los tienes a punto de ser comidos; te los doy guisados y todo.

El sargento se aproximó a reconocerlos, y luego volvió junto al gerente.

—¿Qué han hecho?

—Vinieron a «proteger» este local a cambio de doscientos dólares al mes. Me negué a complacerles, me amenazaron con porras y pistolas, estas que ves aquí, y tuve que defenderme. Vinieron en nombre de Tisdale. ¿Lo conoces por casualidad?

El detective acusó la mordacidad, replicando en tono airado:

—Un poco menos que a ti, Ruark. Y no olvides que Tisdale no es un traidor, y de canallas tenéis la misma categoría.

La diestra de George se levantó contra el sargento, pero se detuvo a tiempo en el aire.

—Atrévete a tocarme, Ruark —le incitó bravucón el detective—, y verás lo que te ocurre. ¿Es que necesitas otra temporada larga en la cárcel para darte cuenta de que ya no eres el niño bonito del F. B. I.?

En aquellos tiempos me tratabas hasta con desprecio. ¿Recuerdas cuando te pedí que no informases a mis jefes de aquel fallo que tuve cuando lo de Baxter? No me hiciste caso. Ahora han cambiado las tornas. La suerte ha hecho que vengas a caer en mi distrito. Respira un poco fuerte y te meteré en el calabozo, como primera medida, por infringir la Ley. Mis hombres no te quitan ojo de encima.

Que estaba vigilado por alguien ya lo sabía Ruark; lo había notado cuando bajaba a la sala o cuando salía a la calle. Suponía que era gente del

F. B. I.,

pues en sus visitas obligatorias a la comisaría no le habían tratado con excesiva enemistad. Sin embargo, las últimas palabras del sargento Hobart le revelaban la verdad.

El detective prosiguió diciéndole, venenosamente:

—He notado que esos tipos tienen señales de golpes, y a uno le sangra una mano. ¿Creíste que seguías en el

F. B. I.,

Ruark?

—Amenazaron mi vida, y todo ciudadano tiene derecho a defenderse.

—Eso habrás de demostrarlo. Te conozco bien, y bien pudiera ser que intentases engañarme. Nunca fuiste tonto, Ruark. Has salido

de la cárcel, y de la noche a la mañana te has convertido en el amo de esto. Lógicamente, de un expresidiario cualquiera puede pensar, y demostrar con facilidad, que lo has conseguido con malas artes. Y también es posible que pretendas librarte, por medio de la Policía, de tres compinches que te estorbaban. El juicio resultará muy interesante, por lo que allí saldrá a relucir.

George no interrumpía la verborrea emponzoñada del sargento. Había recobrado la serenidad y dominábase cuánto podía. En realidad, no le sorprendía aquella actitud agresiva; para contrarrestarla había tomado de antemano las medidas oportunas.

Encolerizado aún más por la tranquilidad del expresidiario, el sargento de detectives Hobart preguntó con la peor de las intenciones:

—¿Qué le ha pasado al de la mano vendada?

—Me apuntaba con una pistola. En un descuido suyo eché mano al revólver que tenía en el cajón de la mesa. Pude matarlo y no lo hice; me contenté con desarmarlo.

—¿Un revólver, eh? ¿Tienes licencia para usar armas? Un expresidiario...

—No. El revólver no es mío. Pertenece a Telma, la viuda de Arnold. Ella, por ser dueña de esto, también usa este despacho. Creo que posee licencia. Pregúnteselo a ella. Yo, en defensa propia, cogí el arma del cajón...

—¡Está mintiendo! —gritó el «proteccionista» de la cara de zorro, que, por el diálogo sostenido, deducía la enemistad existente entre el policía y Ruark. Imaginaba que aquel detalle disminuiría en mucho la importancia de la acusación que Ruark le hacía—. Lo llevaba en una sobaquera. ¡Cachéelo usted!

George se dejó cachear. Al sentir las manos del sargento hizo un esfuerzo sobrehumano para no triturarlo entre sus brazos. Decepcionado por el infructuoso resultado del registro, Hobart se retiró unos pasos, advirtiéndolo:

—Que no lo llesves ahora encima no supone nada a tu favor. De momento tendrás que acompañarnos al cuartelillo, esposado como los otros.

George Ruark fue incapaz de contenerse. Su paciencia habíase agotado.

—Antes de ponerme las esposas tendrás que matarme, Hobart. Y

si te atreves a tocarme siquiera la ropa, seremos dos los muertos.

Los rasgos de bulldog del sargento se acentuaron. Consciente de su autoridad, desafió a George:

—Haz un movimiento de resistencia y te acribillaremos a balazos; no perdería nada el mundo —y a continuación ordenó a los policías—: ¡Esposadlo!

Avanzaron los cuatro agentes, rodeando a Ruark.

Y aquel descuido lo aprovecharon los «proteccionistas» para echar a correr, camino de la puerta abierta.

—¡Alto! —gritó una voz de hombre.

Los policías y Ruark dirigieron la vista hacia la puerta y vieron en el umbral a James Thompson, encañonando con una Luger a los tres forajidos. Había llegado unos segundos antes. En tono de mando, seco, ordenó al sargento Hobart:

—Hágase cargo de ellos. Tendrá que rendir cuentas de la falta que ha cometido.

El sargento, que reconocía interiormente su descuido, se disculpó con timidez:

—Mientras que ellos no se resistían, Ruark se atrevió a amenazarme, inspector Thompson.

—Escuché su decisión de esposarlo. ¿Desde cuándo se detiene al ciudadano que pone a unos malhechores a disposición de la Policía?

—Ruark ha disparado con un revólver que tiene sin licencia —arguyó el detective—. Está tan fuera de la ley como los otros.

—Ahora discutiremos eso. Mande a sus hombres que se hagan cargo de estos tres —insistió Thompson, sin dejar de apuntar a los «proteccionistas», que ya habían perdido toda esperanza de salvación con la llegada del inspector.

Hobart transmitió la orden a los policías. Mientras los *gangsters* eran esposados, Thompson, el sargento y Ruark se agruparon junto a la mesa. El detective no experimentaba menos aversión por Thompson que por George. Fracasado en su examen para el ingreso en el

F. B. I.,

hacía años, odiaba a los agentes especiales y procuraba, por todos los medios a su alcance, obstaculizarles el triunfo cuando la Metropolitana cooperaba con el

F. B. I.

en la misma misión. Veterano de la Policía, no desconocía los límites del campo en que podía intervenir el Federal Bureau of Investigation.

—Creo que este caso no les concierne a ustedes, inspector —dijo, con simulado respeto—. Es un caso vulgar, además. Usted siempre ha procurado no pisar nuestro terreno.

—El presente caso es de la competencia del

F. B. I.,

sargento. Los detenidos sirven a Tisdale, y Tisdale está reclamado por el

F. B. I.

En consecuencia, le ordeno que conduzca a los detenidos a mi División. Y no olvide tomar todas las precauciones necesarias; se lo advierto por ahorrarle un disgusto serio.

Al lado de Hobart, macizo, mal trajeado y de ademanes plebeyos, contrastaba la esbeltez y la elegancia de Thompson.

El sargento de detectives intentó realizar su propósito de detener a Ruark, suponiendo que Thompson, a semejanza de los otros del

S. A. C.

's del

F. B. I.

en Illinois, también despreciaría al traidor Ruark.

—A la orden, inspector. ¿Qué hacemos con éste? Se le puede detener por uso ilegal de armas de fuego. Según uno de los detenidos, llevaba un revólver en la sobaquera. Aquí tenemos el arma; la sobaquera la habrá escondido.

Entonces, temiendo que Jimmy no tuviera otro remedio que cumplir con su deber, intervino George, asegurando con pleno aplomo:

—Puedo demostrar, aportando pruebas palpables, que los hombres de Tisdale me amenazaron de muerte y que yo empleé, en defensa propia, el revólver de la viuda de Arnold Clerk, la propietaria del *cabaret* y de este despacho.

—Es muy sencillo decirlo, pero no lo será tanto probarlo —objetó el detective.

Thompson miró a Ruark, interrogativamente. El exagente especial declaró:

—Antes de que entrasen los tres de Tisdale tomé la precaución

de encargar a dos empleados míos que rodasen una película e impresionasen por magnetófono cuanto se hiciese y hablase aquí.

—¿Dónde tienes la película y el hilo?

—El hilo puedo dártelo ahora mismo, Jimmy. La película están revelándola. Dentro de unas horas te enviaré una copia a tu despacho. El jurado me dará las gracias por las pruebas tan contundentes que presentaré. Tisdale resultará culpable de haber ordenado el asesinato de un tal Fisher, el gerente anterior a mí. Los ejecutores materiales fueron algunos de esos tres. Me lo han confesado. Espero que me den una recompensa las autoridades, en metálico, naturalmente; nada de diplomas o fruslerías por el estilo.

El sargento Hobart masculló una palabrota y miró rabioso al gerente de «Monkey»; en su interior lamentaba la irrupción del inspector Thompson. Anunció en voz alta:

—Si no es cierto lo que dices de esas pruebas, ya verás cómo me encargo de conseguirte una buena recompensa, Ruark.

—Gracias, sargento —replicó, irónico, el aludido—. En correspondencia, tampoco me olvidaré de declarar que, a no haber sido por el inspector, los detenidos estarían ahora refugiados en sus madrigueras. ¿Fue a propósito, sargento?

El bufido que dio Hobart hizo reír a los dos amigos. Se despidió furioso del inspector del

F. B. I.,

sin olvidarse de manifestar que en el parte a sus superiores expresaría su denuncia contra Ruark.

—A su gusto, sargento —dijo Thompson—. Pero tenga presente en la responsabilidad que incurrirá sí, por azar, a sus superiores les parece injusto su proceder. Yo también les comunicaré lo bien que ha actuado, con cuánta habilidad redujo usted a los culpables.

Hobart salió mohíno del despacho. Le siguieron los policías y los detenidos. El trapo que llevaba liado a la muñeca derecha el más alto de estos tres últimos estaba empapado en sangre. El individuo rechoncho del bigote a lo Hitler andaba con las piernas temblorosas. Y el tercero de ellos, el cabecilla del grupo, iba extremadamente pálido. Había escuchado la conversación anterior y habría dado un millón de dólares por que hiciesen desaparecer las comentadas pruebas de acusación. Ni el mejor abogado ni la influencia de Robert Tisdale los salvaría.

Quedaron a solas en el despacho Thompson y Ruark. El primero, tomando asiento en uno de los sillones del tresillo de terciopelo verde oscuro, preguntó seriamente:

—¿Es verdad lo de la película y lo del magnetófono, George? ¿El revólver es de la dueña de esto?

—¡Es verdad! ¿Te extraña?... ¿Crees, como el estúpido del sargento, que voy a meterme en líos por capricho?... Yo sólo quiero paz para dedicarme por entero a los negocios legales.

—¿Qué haces aquí?

—Soy socio de la propietaria. Necesitaba un gerente y me aceptó. Estoy ganando mucho dinero, aunque no tengo el honor de ser inspector del

F. B. I.

—comentó George, mordaz.

—¡Ah! No me dejaste decírtelo cuando nos encontramos en la puerta de tu casa. Estoy notando que te disgusta, ¿no? Te correspondía a ti el ascenso.

—¿Por qué va a disgustarme, Jimmy? Me alegra que los buenos amigos prosperen. No sé por qué iba a corresponderme a mí, precisamente. Además, ¿qué me importa ya? Cada día voy situándome mejor. Después de todo, fue una suerte que me expulsasen del

F. B. I.

De haber seguido allí no se me habría presentado esta magnífica ocasión de hacerme millonario; no lo dudes, pienso montar varios negocios por mi cuenta.

George Ruark había hablado con un perfecto dominio de la entonación y de la gesticulación; su mirada tampoco revelaba el despecho que lo consumía. Era maestro en el fingimiento, tal como aprendió en la Academia del

F. B. I.

en Quantico.

—Me alegra mucho saberlo, George. Aquel día parecías trastornado. Comprendo que la noticia de que tu madre...

—No hables de ella, Jimmy —pidió con voz grave Ruark—. El pasado...

Le interrumpió la entrada de Telma, acompañada de un individuo que vestía de frac.

—¡Oh, George; perdona! Imaginé que estabas solo...

Ruark hizo las presentaciones de su amigo y de la propietaria del *cabaret*. El del frac quedó en segundo término, silencioso. El gerente preguntó a Telma:

—¿Qué deseabas?

—Gastón se niega a actuar esta noche. Ha discutido con su pareja, por asuntos personales, y hasta ha llegado a arañarle. Ha sido un verdadero escándalo en los camerinos.

Ruark adoptó una expresión severa. Contempló detenidamente al francés, como si lo viese por vez primera en su vida. Observó su cara maquillada, los pintados labios, la cabellera engomada y el gesto de «divo» terriblemente irritado y, al mismo tiempo, orgulloso de originar problemas a la empresa.

—Bien, Telma. Hablaré con él —anunció en tono muy suave George, sin apartar su fría mirada del «pavo real» que tenía delante —. Haz los honores debidos al inspector Thompson. Jimmy: acompaña a Telma y diviértete cuánto puedas. Todo está pagado. Dentro de un rato te llamaré para entregarte las pruebas.

La propietaria del *night-club* se cogió al brazo del inspector, y ambos salieron juntos. Ruark apretó el botón que ponía en funcionamiento el mecanismo de la puerta acorazada. El despacho quedó aislado.

—¿Un cigarrillo, Gastón? ¡Siéntese! ¡Póngase cómodo! —invitó al artista.

El francés encendió el cigarrillo con movimientos estudiadísimos, igual que un mal actor en escena; llevaba las uñas esmaltadas. Frente a él tomó asiento el gerente.

—Disponemos de cinco minutos, Gastón. ¿Qué ha sucedido?

Gritando como una histérica, el artista explicó, llevándose repetidas veces la mano derecha a la parte del corazón:

—¡No puedo tolerarla más! ¡Una mujer así es horrible!... ¿No sabe usted lo que me ha hecho? ¡Un sinfín de infamias! Después de elegir, al principio, el mejor camerino, se ha puesto de acuerdo con el encargado de la propaganda de usted, y, a cambio de no sé qué concesiones, ¡no quiero ni pensarlo! Ha conseguido que su nombre aparezca en los carteles con letras un centímetro más altas que las del mío. Y no es eso solo: se ha permitido decir a las coristas que baila mejor que yo: ¡el gran Gastón! Cuando he sido yo quien le

enseñó lo poco que sabe. ¿Qué habría sido de ella sin mí? ¡Ah, y se me olvidaba! La muy... ha usado mi lápiz perfilador de cejas. ¿Qué le parece a usted, *mon cher ami*? *Il faut qu'elle apprenne à se conduire bien!*

Reprimiéndose el deseo de machacar de un puñetazo al artista, Ruark dijo solemnemente, a la vez que consultaba su reloj de pulsera:

—Es intolerable de todo punto, Gastón. De ninguna manera consentiré que en mi casa se cometan tales irregularidades por una aprendiz de bailarina. Mañana mismo tomaré las medidas oportunas para que no vuelva a suceder. Ahora, a actuar, Gastón; le quedan cinco minutos.

—¡Imposible!... Imposible, *monsieur* Ruark. Tengo destrozados los nervios. Las piernas se me rebelan... El corazón quiere estallarme en el pecho... El espíritu de la danza se me ha volatilizado en el éter...

C'est

horrible...!

El gerente se puso en pie, y con mucha suavidad, pero con energía, agarró por un brazo y por la axila al «etéreo» artista y lo levantó a pulso.

—Mi querido Gastón: no le queda otro remedio que hacer su número; el público está sediento de su maravilloso arte y no podemos dejarlo morir de fiebre. Usted va a bailar, se le haya volatilizado o no el dichoso espíritu de la danza, o tendré que infiltrárselo de nuevo a puntapiés.

—¿Cómo se atreve a amenazar al gran Gastón? —protestó, chillando, el bailarín—. No volveré a trabajar...

Un bofetón le cerró la boca de pintados labios.

—Aquí no está usted en su delicado y espiritual París, mi querido Gastón —le advirtió sombríamente Ruark—. Usted tiene un contrato firmado conmigo y no consentiré que me la juegue con su cretinismo agudo. Baile esta noche, o al amanecer encontrarán el precioso cuerpo del gran Gastón flotando en el lago Michigan. ¿No ha oído usted hablar de Al Capone? Pues tiene muchos sucesores dispuestos a quitarle el histerismo a cualquiera, de un balazo.

Nada más escuchar aquello, Gastón cesó de patalear. Su estrecha mentalidad le hacía creer que en Chicago, la cuna del gansterismo,

aún se «liquidaba» a cualquiera por el menor motivo. Miró asustado al gerente y vio en él, redivivo, al famoso Capone. Tartamudeando, manifestó suplicante:

—*Oui, Ruark; nous sommes*

m'sieur

d'accord

. Pero, por favor, vuelva también al orden a esa loca que se atreve a desafiarme...

—Lo haré, Gastón. Siempre cumplo lo que prometo. Y, ahora, a trabajar. Le queda un minuto. Y mucho cuidado con emplear más las uñas, o se las cortaré.

El gran Gastón salió del despacho más que de prisa. Sonreía Ruark cuando, cerrada la puerta a la sala, abrió la secreta. Por el largo corredor llegó a una habitación donde sus empleados de confianza estaban terminando el positivado de la película prometida al inspector Thompson.

Aún húmedo el film, fue examinando los fotogramas a contraluz, valiéndose de una lupa de gran aumento. Dio seis cortes a la película e hizo tres empalmes empleando la acetona. Cuando la Policía hiciese la proyección no verían de dónde sacaba el revólver el gerente de «Monkey».

Una vez seco el celuloide, lo enrolló, y semejante maniobra realizó con el hilo magnetizado que había registrado las conversaciones. Ambos carretes pasaron a uno de los bolsillos de su *smoking*.

Poco después, tras dar varias instrucciones a sus servidores, Ruark bajó a la sala de baile. Pese a lo avanzado de la noche, la pista continuaba abarrotada de parejas, y la orquesta de turno atacaba entusiasmada los compases de un mambo estremecedor.

Telma y Thompson se hallaban sentados a una mesita próxima a la pista.

—¿Qué tal, Jimmy? Encantadora, ¿no?

El inspector del

F. B. I.

replicó, sonriendo:

—No es que lamente estar casado, pero ¿por qué no habría conocido de soltero a Telma?

—Aunque todos los casados aseguran lo mismo, a usted le creo,

señor Thompson; tengo entendido que los del
F. B. I.

no acostumbran a mentir —dijo ella, bromeando.

—Pero ocultan las verdades, que viene a ser lo mismo que mentir —comentó Ruark, con segunda intención, pero en tono festivo.

—¿Cómo convenciste a Gastón, George? —le preguntó Telma—. Ha sido una de las noches que ha bailado mejor. Estaba como inspirado.

—Fue cuestión de física nuclear. Me dijo que su espíritu de danzarín se había volatilizado en el éter y, con paciencia, me dediqué a recogerlo átomo a átomo, *et voilà!*

Rieron los otros dos por la contestación de Ruark. A los pocos momentos, Telma se despedía oportunamente.

—Aquí tienes, Jimmy —George entregó los dos carretes al del
F. B. I.

—. Espero que me ahorres la visita de Tisdale para vengar a los suyos, y la de Hobart. Llámame sólo para la entrega de la recompensa en metálico.

—¿Qué te propones con todo esto? —le preguntó, serio, Thompson.

—Ya te lo dije: cumplir con el deber de todo buen ciudadano. Quisieron molestarme y me defendí; nada más.

—No te creo; pero, en fin, el paso es que te has portado bien. Escucha, George: Telma me ha causado una buena impresión. No ha hecho otra cosa, en todo el rato, que hablarme de ti entusiasmada. Se nota a cien millas de distancia que está enamorada. Te aconsejo que la tomes en cuenta; además, te conviene consolidar la sociedad que tenéis formada, y tú entrarías en una nueva vida.

—Te devuelvo el consejo, Jimmy: cuando te quedes viudo, acuérdate de esta viuda. No haríais mala pareja.

—¡Estúpido! —Le insultó amistosamente Thompson.

Estuvieron callados durante unos minutos, el tiempo que empleó un malabarista en hacer propaganda de la «estabilidad del equilibrio». Luego, de súbito, Ruark preguntó a su amigo, con acento de indiferencia:

—¿Qué hay de aquella Alice Merrill que me metió en el lío?... ¿Apareció por fin?

Tras unos instantes de situar en su memoria a la citada Alice Merrill, el inspector del
F. B. I.
repuso:

—Pues, chico, no lo sé, realmente; creo que no. Como me marché a Roma... Y a mi vuelta no se me ha ocurrido mirar en nuestros archivos. ¿Aún te acuerdas de ella?

Ruark no contestó a esta pregunta; hizo una petición:

—Procura enterarte, y te agradeceré que me digas el resultado.

—Prometido. ¿Continúas queriéndola, después de...?

Ruark le cortó la frase.

—¿Tengo yo cara de querer a alguien? ¡Pues sí que estoy para perder el tiempo en tonterías de esa clase...!

—Entonces, ¿por qué deseas saber si apareció?

—Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas —respondió indiferente el expresidiario.

Cuando James Thompson abandonó «Monkey», media hora más tarde, George Ruark dio unas cuantas instrucciones a los *maîtres* y subió a su despacho. Por la puerta secreta, y casi al fondo del pasillo, en una ramificación, penetró en una estancia amueblada con austeridad sin par. Era una alcoba.

George contempló, pensativo, la camelia de color escarlata al poner la chaqueta en la percha. En mangas de camisa se tendió en la cama. Boca arriba, con las manos entre la nuca y la almohada, quedó inmóvil, mirando a un punto indeterminado del techo pintado de gris claro. Sostenía con los labios un cigarrillo, cuya columna de humo se desvanecía en el aire tras elevarse, bambolearse, retorcerse y extenderse hasta semejar la radiografía de una extraña flor.

¡Alice Merrill fue quién le regaló la camelia escarlata que su madre había guardado en el libro de oír misa! ¡Alice Merrill...!

Los ojos de George Ruark se cerraron, pero no para dormir, sino para recordar mejor el amargo pasado...

III

LA RED INVISIBLE



N día, el agente especial George Ruark había recibido la orden de no perder de vista a un tal Rubachof, miembro del Consulado ruso en Chicago. Parecía ser que Rubachof, al amparo de su pasaporte de diplomático, laboraba por conseguir simpatizantes con sus ideas entre militares y empleados en fábricas de material bélico. Se trataba de un caso de espionaje encubierto bajo el antifaz de la política.

La tarea encomendada al agente Ruark era de difícil realización,

pues debía procurar, a toda costa, que la vigilancia no fuese sospechada siquiera por el ruso. Uno de los objetivos consistía en descubrir la identidad de los norteamericanos que iban cayendo en las redes tendidas por Rubachof. Éste tendría plena libertad de movimientos; sólo en el caso de que intentase salir furtivamente de los Estados Unidos podría ser detenido. Los jefes del

F. B. I.

dejaban a juicio del experimentado Ruark el momento oportuno del arresto, más no debía hacerlo antes de que Rubachof iniciara la huida.

Dándose perfecta cuenta de lo delicado de la misión, el agente del

F. B. I.

se decidió por penetrar en el círculo de amistades del ruso; pensaba que teniéndolo cerca le sería más fácil enterarse de sus propósitos.

Consiguió, mediante la ayuda de un confidente político del Federal Bureau of Investigation, ser presentado a Rubachof. Ruark dijo que se llamaba Benjamín Wellman, de nacionalidad inglesa, de profesión aventurero y oportunista. La documentación que atestiguaba su identidad estaba falsificada a la perfección por los técnicos del

F. B. I.

Como anteriormente Ruark había ocupado de leer varios libros que trataban de la doctrina predicada por Rubachof, consiguió causarle buena impresión. Sin duda alguna, el ruso pensó que aquel individuo, carente de escrúpulos, y de ideas tan exaltadas, le serviría de mucho cuando llegase el momento de sabotear la producción bélica norteamericana.

Y así fue como, poco a poco, el falso Benjamín Wellman llegó a alcanzar la amistad del diplomático extranjero. El recién ingresado en aquel círculo de conspiración se diferenciaba en mucho de los restantes miembros. Éstos eran, en su mayoría, artistas de cine y teatro, que hablaban muy seriamente, entre copa y copa de *champagne*, de la necesidad de ayudar al proletariado. También había algunos intelectuales que, poco experimentados en la realidad de la vida, soñaban con un mundo ideal habitado por seres perfectos.

Rubachof fracasaba en hacer prosélitos entre los trabajadores

manuales y empleados; éstos, sanos de espíritu y prácticos, viviendo confortablemente, acudiendo en su coche propio al trabajo, con ahorros en el Banco, preferían emplear sus horas libres en asistir a lugares de diversión en vez de conspirar.

Y sobre la inercia de los artistas e intelectuales destacaba la acometividad y el entusiasmo operante de Benjamín Wellman.

Sólo podía comparársele, en este sentido, una joven con aficiones de novelista, llamada Alice Merrill. Según la investigación hecha por Ruark, era hija de Charles Merrill, un renombrado y adinerado arquitecto de Chicago, que no parecía saber de las actividades subversivas de su hija, pues él tenía de todo menos de comunista. Ruark la catalogó de muchacha insensata, que buscaba, por esnobismo, las preocupaciones que le faltaban en su cómodo hogar.

El agente especial del

F. B. I.

facilitaba, de cuando en cuando, informes de relativa importancia a Rubachof. Los informes le habían sido previamente suministrados al joven por el mismo

F. B. I.,

tras un estudio detenido. Rubachof llegó a calificarle como as de sus colaboradores.

Y de esta manera, el

F. B. I.

ampliaba su relación de personas capaces de traicionar a la patria.

La juventud, el trato y la simpatía de Alice Merrill fueron adentrándose en el corazón de Ruark, que, hasta entonces, sólo había tenido verdadero amor a una persona: a su madre. Aparte de lo exagerado de su entusiasmo por la política, Alice resultaba encantadora. No era una belleza como mujer, pero tenía un encanto singular que terminó subyugando al del

F. B. I.

Se enamoraron y fueron novios. Ruark no se atrevía a decírselo a su madre, por temor a causarle un disgusto; pero a Alice no le importó revelárselo a su padre, que no pareció contrariado con la noticia. Según dijo, no le importaba que su futuro yerno careciese de capital.

Ruark visitaba muy a menudo la casa de los Merrill, una lujosa

mansión enclavada en la parte sur de la avenida Michigan, frente al Grant Park, la mejor zona residencial de la ciudad.

El temido paso en falso ocurrió una tarde. El agente había acudido a casa de los Merrill. Estaba sola Alice. El arquitecto se hallaba en Nueva York, y los criados disfrutaban sus horas de asueto de la semana. Después de refrescarse ambos jóvenes en la espaciosa piscina del jardín, Ruark anunció a Alice que pasaría a la casa para ponerse su ropa de calle. Ella le dijo que aún nadaría un poco más.

Envuelto en un albornoz, Ruark penetró en el edificio, que estaba en silencio. Se dirigía a la habitación donde tenía la ropa, cuando al tropezar su vista con un aparato telefónico se le ocurrió hacer, desde allí mismo, aprovechando que no había nadie, la llamada diaria a su jefe, para darle las novedades.

Fue una conversación corta. Antes de despedirse de su superior oyó un «clic» suave; alguien había estado escuchándolos por uno de los supletorios de la casa. Preocupado, cortó la comunicación y se apresuró a recorrer las distintas habitaciones.

Por una de las ventanas vio que Alice salía de la casa y se zambullía de cabeza en la piscina. Ella había sido. ¡No podía ser nadie más...!

Se vistió a la carrera y salió al jardín, procurando disimular su inquietud. Alice había hecho dos largos y, fatigada, vino a apoyarse en el lado donde se hallaba en pie el agente.

—Da pena abandonar el agua; está estupenda —manifestó jovial.

Él no contestó, limitándose a dar un paso de chupadas profundas al cigarrillo. Se encontraba ante un grave dilema: el deber o el amor. Y no le cabía duda acerca de quién le había estado escuchando; le bastaba con anotar la mirada huidiza de Alice.

La joven subió por la escalerilla de hierro. El agua le chorreaba del maillot ceñido al cuerpo. Al acercarse al sillón donde se hallaba su albornoz, la mano de Ruark la detuvo por un brazo y la hizo girar hasta quedar frente a él.

—¿Por qué pasaste a escucharme, Alice? —preguntó él seriamente.

—Yo no he escuchado nada.

—No me mientas. Oí cómo colgabas y te he visto salir. ¡Dime la

verdad!

La reacción de ella al tono brusco de Ruark fue echarse a llorar. Confesó entre sollozos que, al sonar los giros de los discos, la curiosidad la pulsó a escuchar por el supletorio que tenía más cercano. Enamorada de él, sentía celos y quiso comprobar si se trataba de una llamada a alguna otra mujer.

—No diré nada a nadie, te lo juro —repetía, angustiada.

A Ruark le emocionó aquella congoja. Pensó, mientras tenía entre sus brazos el cuerpo tembloroso y húmedo de la joven, que podría concertar el amor con el deber.

—¿Me juras, por lo más sagrado, que no dirás a nadie quién soy?

Ella lo juró, y tuvo, además, la intuición de contestar justamente a lo que Ruark se disponía a preguntarle.

—No pienses que profeso sinceramente las ideas de Rubachof. A igual que tú, que te unes a él buscando un fin determinado, yo me muestro tan vehemente partidaria suya porque de Rubachof depende la vida de un hombre al que amo mucho.

—¿Quién es ese hombre? —se apresuró a interrogar Ruark—. ¿Cómo es eso?

—Cuando murió mi madre, siendo yo muy pequeña, mi padre volvió a casarse con una húngara que conoció en un viaje a aquel país por motivos de su profesión. Ella murió, al poco tiempo, dejándole un hijo, mi hermano de padre. Nos criamos juntos y nos queremos mucho. Mi hermano solía ir todos los años una temporada con sus abuelos maternos. En el último viaje, hace seis meses, fue detenido por la Policía rusa, acusado de espionaje. Mi padre, con todas sus influencias políticas, no pudo conseguir que lo pusieran en libertad. Únicamente logro averiguar que mi hermano estaba encarcelado en Moscú. Luego, por una casualidad, la confidencia de una amiga mía, me enteré de las actividades de Rubachof. Planeé conseguir su amistad, mostrándome muy partidaria de sus ideales, con la esperanza de conseguir, algún día, que él influyera sobre sus jefes de Moscú. ¡Ya sabes por qué tengo trato con él! Es más: me alegro infinito que tú no seas tampoco lo que parecías; era el único inconveniente que empañaba nuestras relaciones.

Condolido realmente, Ruark besó amoroso los labios de Alice.

No diría a sus jefes nada de lo sucedido. En adelante, su novia y él colaborarían en la tarea de engañar al espía ruso.

Aquella noche fueron a cenar a un *night-club*, para celebrar el suceso. El agente estaba ebrio de felicidad y preguntó a Alice si quería casarse con él. La joven contestó afirmativamente. Del florero que había en el centro de la mesita tomó una camelia de color escarlata, que puso en el ojal de la solapa de su futuro marido.

—Guárdala siempre y siempre te acordarás de este día tan feliz —dijo ella, visiblemente emocionada.

Horas después, George revelaba a su madre su propósito de casarse pronto, y le entregó la camelia, como prueba de que a ella no la postergaría por ninguna otra mujer.

Unos días más tarde, en plena dicha, Alice le rogó que le guardase cuatrocientos dólares.

—¿De dónde has sacado tanto dinero? ¿Por qué he de guardártelo yo? —preguntó George, extrañado.

—Es mío; no lo he robado, no —manifestó ella, sonriendo hechicera—. Verás: de mi madre heredé una cantidad de cierta importancia. Mi padre me pidió un préstamo, para salvar un apuro suyo en su negocio de construcciones. Esto hará más de un año, y hasta ayer no me devolvió nada, que me dio estos cuatrocientos.

—Tal vez los siga necesitando él...

—No. Si marcha muy bien; gana mucho. Es tacaño, aunque no lo parezca. Se resiste a devolverme el préstamo. Me ha dicho que irá dándomelo en cantidades así, porque le es más cómodo. Lo cierto es que le cuesta sudores soltar unos cuantos miles; lo conozco bien.

—Pero ¿por qué he de guardártelo yo precisamente?

—Si los tuviese yo, mi padre volvería a pedírmelos contándome cualquier historia de las tuyas. En confianza, no me gusta su avaricia. Todo lo quiere para él. Además, hemos de tener casa propia, y tú, con tu sueldo, no sé cómo... Sí; guárdalo tú.

Contra su voluntad tomó Ruark aquellos dólares, pues le creaban un verdadero problema.

Sabía que, periódicamente, aparte de otro tipo de indagaciones, los jefes de Washington investigaban el estado de la cuenta corriente de cada uno de los miembros del

F. B. I.,

como medida secreta para comprobar si alguno tenía ingresos

anormales.

Pensó, en consecuencia, tomar una caja de alquiler en un Banco, con su falsa identidad de Benjamín Wellman, puesto que a este nombre tenía una documentación completa y perfecta. En la caja guardaría aquel dinero, sin que nadie lo supiera. Y así lo hizo.

En fechas posteriores recibió varias cantidades más, que, con la primera, llegaron a totalizar mil ochocientos dólares; todos los depositó en la caja alquilada.

Sus relaciones de noviazgo con Alice Merrill eran ya conocidas por los conspiradores. Rubachof los felicitó efusivo. Celebraron una pequeña fiesta en casa de un artista de teatro. Las bebidas alcohólicas aumentaron la alegría general. George Ruark bebió más de lo debido, por no atreverse a rehusar los brindis que hacían en honor del futuro matrimonio. A alguien, Ruark no lo recordaba bien por nublarle el alcohol los sentidos, se le había ocurrido asegurar que descubría el carácter de las personas examinando su escritura.

El agente sólo recordaba que se le acercó el ruso, con varias cuartillas de papel y un libro grande en una mano, y una pluma estilográfica en la otra.

—Vamos: los novios también han de firmar. Así sabrá cada uno de los dos cómo es el otro por dentro. ¡Gran ventaja para entrar con el pie derecho en el matrimonio!

Lo corearon con risas. El bullicio era atronador. Hacía un calor asfixiante en la habitación. El «*whisky*» mareaba más de lo corriente. George Ruark firmó al pie de una de las cuartillas colocadas sobre el libro y en las que ya estaba la correspondiente firma de otros invitados. Tuvo el cuidado de escribir: Benjamín Wellman. Pensó que él no se traicionaba, aún borracho.

La fiesta resultó magnífica, y el agente del
F. B. I.

se marchó a su casa, de madrugada, después de haberse despedido tiernamente de su novia.

Fue al día siguiente cuando Alice le solicitó, muy apurada, que le devolviese los mil ochocientos dólares.

—Es mi padre, ¿sabes? Me los ha pedido. Parece ser que está en un grave aprieto momentáneo. Me ha prometido que mañana mismo los tendré de nuevo. ¿Qué me aconsejas tú? Yo creo que estoy en la obligación de ayudarle, ¿no opinas igual?

—Sí, Alice; has de hacerlo —le animó él mismo.

Por la tarde, entregaba a su novia todo el dinero guardado en la caja de alquiler. Y se sorprendió grandemente cuando al otro día, a última hora de la mañana, ella le llamó para entregarle la misma cantidad, con el encargo de que los volviese a guardar.

—Esta vez se ha portado bien mi padre —declaró ella, satisfecha—. En cuanto ha obtenido unos ingresos, me los ha devuelto. Son mil ochocientos. Oye: esta noche no te podré ver. Mi padre tiene invitados.

El agente especial se metió los billetes en el bolsillo, sin siquiera mirarlos; prefería aprovechar aquellos minutos de entrevista extraordinaria para charlar con su novia. Nada más despedirse, él se apresuró a guardar el dinero en la caja del Banco, que no había desalquilado.

Y al día siguiente ocurrió la catástrofe de su vida. Estaba citado con Rubachof, con objeto de facilitarle una de sus «estudiadas» informaciones, y el ruso no acudió al lugar de la cita. Cansado de esperar, le llamó por teléfono a su apartamento. Le explicaron, la de la centralilla de la casa, que el señor Rubachof no había dormido allí.

La intranquilidad se apoderó del agente especial; el ruso no acostumbraba a pasar las noches fuera de su domicilio. La noticia fatal la recibió cuando, al telefonar a Alice, para contarle lo que ocurría, un criado le contestó que la señorita Merrill estaba de viaje.

—¿A qué hora ha salido? ¿No ha dejado ningún recado para Benjamín Wellman?

—No, señor; ningún recado. Partió anoche, a las nueve.

—¿Adónde?

—No lo sé, señor. A eso podría contestarle el señor Merrill.

—¿Dónde está él?

—Supongo que en su despacho, señor. Telefonéele.

Ruark llamó al padre de Alice, pero el arquitecto Merrill no se hallaba en su despacho ni en ningún lugar de los que solía frecuentar; era como si se lo hubiera tragado la tierra. No le quedaba otro remedio que dar parte a sus superiores y así lo hizo. Poco después recibían por teletipo la noticia de que Rubachof se encontraba en Canadá, habiendo atravesado la frontera con el pasaporte en regla. El

F. B. I.

cursó orden de detención contra el espía, pero, según comunicaron más tarde, éste ya había desaparecido misteriosamente. Se suponía que embarcó en una nave de pabellón ruso, recién zarpada del puerto de Vancouver.

Sobre George Ruark cayó toda la responsabilidad del fracaso. El mismo propuso registrar, violentando la entrada, el piso del fugitivo. Fueron varios agentes bajo el mando de un inspector. No había nadie en el apartamento, por las muestras: los cajones abiertos, prendas de vestir por el suelo, un botellín de leche roto... se deducía lo precipitado de la huida.

Un agente halló una caja fuerte, niquelada, de reducidas dimensiones, oculta debajo de un armario. El inspector ordenó forzarla; dentro había varios papeles escritos, facturas y recibos, y, entre éstos, apareció uno que decía así:

«He recibido de Ivan Rubachof la cantidad de DOSCIENTOS DÓLARES, último plazo sobre la cantidad total de DOS MIL DOLARES que me adeudaba en concepto de los impresos Servidos por mí, durante el presente semestre, a dicha persona».

Debajo aparecía la fecha, y lo firmaba «Benjamín Wellman».

El inspector no lo enseñó a Ruark, que se hallaba registrando detenidamente la cocina, y, tras comprobar que no había nada más de interés, dispuso el regreso a la División.

Celebró el inspector, seguidamente, una reunión secreta con los jefes del

S. A. C.

's de Illinois. Conjeturaron sobre lo que podría significar aquel recibo. Lo consideraban inexplicable. Comunicaron con el Estado Mayor en Washington y de allí recibieron instrucciones encaminadas a descubrir la culpabilidad del agente George Ruark.

La investigación de la cuenta corriente del sospechoso no arrojaba ninguna prueba en contra: tenía un saldo de trescientos veinticinco dólares, depositados con fecha anterior a la vigilancia de Rubachof. Indagaron en los demás Bancos y el resultado también fue infructuoso: Ruark no tenía abiertas otras cuentas corrientes.

Suponían que el dinero lo tendría escondido en su propia casa,

cuando a uno de los inspectores se le ocurrió hacer las investigaciones sobre el falso nombre de Benjamín Wellman. Y al fin localizaron la caja de alquiler, que abrieron con la debida autorización judicial y de acuerdo con la Dirección del Banco, sin que el interesado se enterase. Allí encontraron los mil ochocientos dólares. Recibieron una gran sorpresa al descubrir que se trataba de billetes falsos, una falsificación capaz de engañar a los no peritos en la especialidad.

Y sobre estos datos se edificó la acusación contra George Ruark: el agente se había dejado sobornar por Rubachof, recibiendo dos mil dólares a cambio de su complicidad para la fuga al Canadá. El hecho de guardar el dinero en una caja de alquiler era una prueba contundente del delito cometido. Ruark nunca traficó con trabajos de imprenta de ningún tipo; el recibo por tal concepto sólo era para que el ruso pudiera justificar, en su Embajada, la entrega del dinero. El hecho de que los billetes fueran falsos no disminuía en nada la culpabilidad del agente. Estaba claro que Rubachof le había hecho una jugada magistral, pagándole su complicidad con moneda sin valor alguno.

Y llamaron al agente.

—¿Qué quiere decir esto, Ruark? —le preguntó el inspector jefe de la División.

El joven creyó que la tierra se abría a sus pies para engullirlo, al terminar de leer el recibo y descubrir la firma de «Benjamín Wellman», escrita de su puño y letra.

En un santiamén se le reveló el misterio de lo sucedido: Alice le había traicionado desde el primer día que descubrió su verdadera profesión. Ella lo delató al ruso y éste, al mismo tiempo que proyectaba la huida de los Estados Unidos, fraguó su perdición, como venganza por haber sido engañado. Lo de descubrir el carácter de los invitados a la casa de aquel artista de teatro, por medio de la Grafología, no fue más que una comedia, representada con objeto de hacerle firmar en una cuartilla en blanco. Después, Rubachof había escrito más arriba, y a máquina, aquel recibo que a todas luces parecía hecho con la intención expresa de justificar entregas ilegales de dinero. Por último, el ruso había simulado una huida precipitada con objeto de justificar, también, su olvido de la pequeña caja de caudales escondida debajo del armario. Todo, hasta

el detalle más insignificante, había sido cuidado por Rubachof.

Al no responder George, el inspector jefe sacó de un sobre unos billetes de Banco.

—Aquí hay mil ochocientos dólares, Ruark. ¿Sabe usted dónde los hemos encontrado? Lo que usted ignora es que son falsos, ¿verdad? Porque si no los habría destruido a tiempo o se los habría devuelto a su estimado amigo Rubachof. ¿Qué ha hecho usted de los doscientos que recibió al firmar el recibo?

Aumentó el desconcierto de George. Él, acostumbrado a acusar, no concebía representar el «papel» de acusado. ¡Aquellos billetes!... ¡Falsos!... Lo vio todo claro: Alice le había dado el «cambiazó» cuando se los devolvió en la mañana del mismo día que desapareció. Estaría riéndose de él a carcajadas: no solamente lo había hundido, haciéndole aparecer ante sus superiores como funcionario venal, sino que, además, añadía el inri de haberlo engañado con billetes falsos.

Los jefes de la División observaron que el agente George Ruark empalidecía y se tambaleaba como si hubiese recibido un mazazo en el cráneo. El joven se llevó la mano a la frente, intentando calmar el tumulto de sus pensamientos dispares unos, contradictorios otros y confusos en general.

—Hable, Ruark; lo sabemos todo. Será mejor que confiese, por si hubiese un error enorme en esta cadena de pruebas acusatorias. Le advierto que se encuentra en situación muy grave; procure ser explícito y sincero.

George miraba a aquellos que, hasta entonces, habían sido sus camaradas, puesto que en el

F. B. I.

la jerarquía no es barrera para la camaradería entre los superiores y los subordinados. No descubrió expresiones hostiles, sino, por el contrario, expresiones de decepción dolorosa, como cuando se descubre la felonía cometida por un amigo al que se estimaba mucho.

Y el joven fue contando, con entonación insegura, lentamente, cuanto le había sucedido. Allí tuvo que desnudar su alma y revelar lo más recóndito de su corazón. Se le quebró la voz al hablar de Alice, del dinero guardado pensando en la boda...

Cuando terminó su relato, los jefes no ocultaban sus

sentimientos de compasión. Posiblemente —ellos lo deseaban— fuese cierta aquella historia: una astuta maquinación del ruso, confabulado con una mujer que sabía mentir amor.

—¿Ha vuelto Alice Merrill a su casa? —le preguntó el inspector jefe.

—Creo que no; me temo que no volverá jamás —repuso el joven, con acento de indefinible pesar—. Ayer telefoneé a su padre, y no tenía noticias.

—Hablaemos con él —anunció el inspector jefe, dirigiéndose a sus compañeros—. Por lo que ha dicho Ruark, Merrill no estaba enterado de las actividades políticas de su hija; sin embargo, nos podrá aclarar un punto muy importante para la defensa de Ruark.

Veinte minutos después, tres jefes de la División y el agente acusado de soborno entraban en la mansión de Charles Merrill. El criado se apresuró a introducirlos en el despacho de trabajo donde se encontraba el arquitecto.

Merrill, hombre de unos cincuenta y tantos años, casi calvo, bajo y con abultado vientre, tenía el aspecto de un bon vivant amante de todos los placeres. Estrechó la mano de Ruark, al que saludó con estas palabras:

—¡Qué momentos estoy pasando, señor Wellman! ¡Pobre Alice! ¿Qué habrá sido de ella? Estoy que no vivo... Agradezco mucho su visita.

El arquitecto había hablado con evidente tristeza. Al presentarle George a sus acompañantes, el padre de Alice dijo, anhelante:

—¿Es que han tenido alguna noticia? ¿Está bien? ¿Dónde está? Desde hace horas estoy pendiente del teléfono, esperando la llamada de la Metropolitana. Agradezco al señor Wellman que haya conseguido la intervención del

F. B. I.

Díganme, señores; hablen pronto, por favor.

El inspector jefe de la División quedó un poco sorprendido. Preguntó:

—¿Ha hablado usted con la Metropolitana? ¿Para qué?... ¿Sospecha que se trate de un secuestro?

El arquitecto se mostró asombrado.

—Pues, claro. ¿Para qué iba a ser sino para que buscasen a mi hija por todas partes? Pero ¿es que ustedes no sabían que...? —

Miró, extrañado, a Ruark—. Pero ¿usted no sabía que Alice ha desaparecido misteriosamente la otra noche? Si estuvimos conversando sobre ello ayer por la tarde... Pensé que venían ustedes a...

—Háblenos de la desaparición de su hija, señor Merrill —le indicó el inspector jefe—. Explíquenos lo ocurrido.

—Pues... que, la otra noche... Yo acostumbro a cenar fuera de casa y regreso un poco tarde. Pues... la otra noche... al volver, ya casi a las doce, uno de los criados me dijo que mi hija no había vuelto aún. Me chocó mucho, porque Alice no solía venir tan tarde, y, si lo hacía, antes me avisaba, para que yo no me preocupase. Esperé levantado, hasta el amanecer. Telefoneé, entonces, a las amistades tuyas que yo conocía. No estaba en casa de ninguna. Llamé, desesperado, a la Policía, pidiéndoles que la buscasen por todo Chicago. ¡Y continúa sin aparecer! —dijo el arquitecto, tristemente—. He ofrecido una recompensa de cinco mil dólares al que la encuentre. ¡Hagan ustedes lo posible por...! ¡Oh Dios mío...!

Hubo unos momentos de silencio, respetando el dolor de Merrill. Luego, el inspector jefe le preguntó:

—¿Revisó usted la habitación de su hija? ¿Estaba desordenada?

—Sí; se me olvidaba contarles este detalle: la noche que la esperé levantado subí a su alcoba, por si había dejado alguna nota. No la había, pero me fijé en el desorden tan grande, más de lo corriente, pues mi hija, cuando se arreglaba, dejaba revuelto todo. Pregunté a los criados: ninguno de ellos la había visto salir. Tuvo que ser de anocheado... ¡Sigo sin explicarme su desaparición!... Mucho temo que, de un momento a otro, recibiré alguna carta de los secuestradores, exigiéndome cualquier rescate. ¡Daré cuánto poseo porque vuelva!

Hubo otro silencio en el despacho. Ruark no hacía más que mirar al arquitecto y al inspector jefe. Éste preguntó, al fin:

—Ruark nos ha dicho que su hija le entregó, para que se los guardase, mil ochocientos dólares. ¿Usted sabe algo de esto? ¿Puede explicarnos por qué lo hizo ella?

—¿Quién es Ruark? ¿De quién me está usted hablando? —interrogó, a su vez, Merrill.

El inspector jefe señaló al joven agente.

—Benjamín Wellman se llama, en realidad, George Ruark; es

agente nuestro. Parece ser que ella le entregó esa cantidad que le acabo de decir.

Charles Merrill fijó su mirada, ahora de sorpresa, en George.

—Entonces, ¿usted no es lo que aparentaba ser? ¿Estuvo engañando a mi hija? Poco digno es...

Intervino, conciliador, el inspector jefe, aclarando:

—Lo hacía por cumplir con su deber. Después le revelaremos los motivos. Conteste a lo del dinero, señor Merrill.

—Ignoro a qué se refiere concretamente, pero sí puedo asegurarle que mi hija no ha tenido nunca en sus manos más de cien dólares juntos. Yo le daba algún dinero para sus gastos menores. Ropa y todo eso lo pagaba yo, cuando me pasaban la factura. Ella no hacía más que cargarlo a mi nombre. Es imposible, en absoluto, que Alice entregara a este hombre la cantidad ésa.

—Pudo sustraérselo, señor Merrill —insinuó el inspector jefe.

El arquitecto replicó, ofendido:

—¡Mi hija no era una ladrona! Además, tenía cuanto deseaba; le bastaba con pedírmelo o ir al sitio que fuese y decir que yo lo pagaría. Repito que ella no pudo entregar tal cantidad a nadie.

—Haga memoria, señor Merrill. Parece ser que usted, con el consentimiento de su hija, naturalmente, se había hecho cargo de la herencia que le correspondía de su madre. Usted, en los últimos tiempos, iba devolviéndole poco a poco su dinero. ¿No es así?

—¿Qué tonterías vienen a contarme en momentos tan desgraciados para mí? ¿Quién les ha contado tanta falsedad? —estalló, colérico, el arquitecto—. ¿Qué fin persiguen ustedes con mentiras tan burdas?... La madre de Alice, mi primera mujer, no tenía ni un centavo cuando me casé con ella; malamente podía dejar nada al morir. Les será fácil comprobarlo.

Ruark, cuyas esperanzas habían estado puestas en las declaraciones de Charles Merrill, no se atrevía a intervenir en el interrogatorio, tal era su derrumbamiento moral. El engaño amoroso de que fue víctima por parte de la desaparecida, lo había aniquilado. Creía estar viviendo una horrible pesadilla, de la que enseguida despertaría, felizmente.

—Según nuestros informes, señor Merrill, su hijo, el de su segunda mujer, está encarcelado en Moscú —dijo el inspector jefe—. ¿Cree usted relacionada la desaparición de su hija con la

desgraciada situación de su hijo? Parece ser que su hija pretendía convencer a Rubachof para que libertasen a su hermano.

—Pero, señores, ¿de qué me están ustedes hablando? Van a volverme loco con tanto disparate como me cuentan —manifestó; irritado, el arquitecto—. ¿Cómo va a estar mi hijo preso en Moscú, si murió en Hungría hace dos años, en un accidente de automóvil? ¿Qué estupidez es ésta? Y me hablan ustedes de un tal Rubachof, al que yo no conozco ni he oído nombrar en mi vida.

Ruark acusó esta vez el golpe de la negativa, bajo la mirada desconfiada de sus compañeros. Terriblemente nervioso, dijo a Merrill:

—¿Cómo se concibe que usted no estuviera enterado de las actividades de su hija? ¿Cómo es posible que usted no supiera que trataba con Rubachof, un miembro de la Embajada rusa?

—¿Usted me lo pregunta a mí, Wellman, o como se llame?... Bien sabe usted que mi hija tenía plena libertad de movimientos. Era mayor de edad y yo no intervenía en sus asuntos privados. Conocía a algunos de sus amigos, porque ella los trajo aquí, como invitados, y yo los atendía encantado, pero nada más. Usted lo sabe por usted mismo. Jamás la oí hablar de un amigo suyo llamado Rubachof que estuviera empleado en la Embajada rusa, y tampoco sé que estuviera aquí durante mis ausencias. No obstante, pueden preguntarles a la servidumbre... Es posible que ella lo invitase a casa cuando yo no me encontraba aquí... Y ¿a qué actividades se refiere?

—Después hablaremos de ello, señor Merrill —intervino el inspector jefe—. Sin embargo, usted sí sabía que su hija mantenía relaciones formales con Ruark; bueno, con el Wellman que usted conocía.

La expresión de pasmo del arquitecto hacía ridícula su cara mofletuda.

—¿Qué mi hija era novia de Wellman; bueno, de éste?... ¡Oh, no!... ¡Qué ocurrencias las tuyas!... ¡Continúan los desatinos!... Nunca me habló Alice de ello, y no creo que hubiese nada de noviazgo —dijo, rotundo, el arquitecto—. Es cierto que eran amigos, que él venía de cuando en cuando por aquí, pero como amigo; lo juraría. Mi hija era una muchacha muy independiente, que jamás me habló de estar enamorada. Por otra parte, ella habría

elegido a un hombre de posición...

El agente especial Ruark no pudo contenerse más. Había soportado que se le negasen los puntos anteriores, pero aquél, que le atañía tan íntimamente, no lo negaría el padre de Alice. Se puso en pie y preguntó, a gritos, al arquitecto:

—¿Cómo miente de tal manera, Merrill? Alice le dijo que pensaba casarse conmigo, y usted respondió que no le parecía mal, y dio su conformidad. Alice me contó luego, al detalle, la entrevista.

—El que miente es usted, con no sé qué motivos. ¿Casarse mi hija con usted? ¿No serían ilusiones suyas?... Alice era muy amable con sus amigos, pero siempre los trataba como a camaradas. Y no creo que ella me ocultase algo tan importante. Me habló alguna vez de usted, es cierto, diciéndome que era muy interesante, un hombre correcto, añadiendo que usted era demasiado misterioso, que nadie sabía quién era usted, en realidad. Y ahora está explicado.

Ruark se dirigió al inspector jefe, asiéndose al único argumento que le restaba:

—Esto lo demostraré mediante las declaraciones de las amistades que celebraron nuestro compromiso.

Su jefe hizo un gesto ambiguo: aquella demostración no alteraría en nada las funestas consecuencias de las negativas dadas por Charles Merrill. Tal vez fuese cierto lo de las relaciones amorosas entre los dos jóvenes; Alice lo habría ocultado a su padre, más no favorecía la defensa de Ruark. Rubachof había empleado el dinero para sobornarlo y conseguir que le permitiese huir de los Estados Unidos; Alice había empleado, con el mismo fin, sus armas de mujer. El dinero y el amor fueron falsos, pero el agente los tomó como legítimos y había traicionado al

F. B. I.

—¿Desea preguntar algo más al señor Merrill, Ruark?

El agente supo que acababa de ser declarado culpable por su jefe; le bastaba con observar su gesto de desaliento.

—Nada más.

Poco después, los del

F. B. I.

abandonaban la casa del arquitecto.

En los siguientes días, las pruebas contra el agente especial George Ruark fueron ordenándose y razonándose en el expediente

que le abrieron. Sus camaradas lo trataban con desprecio; sus jefes, con dureza. El joven vivió días amargos, de desesperación cada vez mayor.

En el

F. B. I.

se recibió la información de que Alice Merrill había cruzado la frontera con el Canadá, en la misma noche que lo hizo el espía ruso. La Policía canadiense siguió su pista, y descubrió que también había tomado un barco en Vancouver, el mismo de Rubachof. La última esperanza del acusado se desvaneció; sólo una declaración sincera de Alice le habría salvado.

El Estado Mayor del

F. B. I.

estudió el caso Ruark. El propio director general, Hoover, se preocupó de comprobar las pruebas aportadas al sumario. Muy a su pesar, firmó la orden de expulsión y la denuncia ante los Tribunales federales. El acusado repitió su historia en la vista de la causa: sólo obtuvo sonrisas de incredulidad. Todos pensaban que aquel agente no merecía haber pertenecido al

F. B. I.

por intentar defenderse con argumentos propios de un estúpido. Fue condenado a seis años de prisión.

James Thompson y Henry Sanders fueron los únicos agentes que no renegaron del amigo, aunque también lo consideraban culpable; lo dispensaban, en parte, por haber sido víctima de los engaños de una mujer. A ella achacaban toda la culpa. Thompson y Sanders le prometieron que ayudarían económicamente a su madre, y consiguieron que se le permitiera despedirse de ella, sin conducirlo esposado. La comedia se representó bien: con Ruark subió a su piso el agente Thompson, y éste habló del próximo viaje al extranjero, en misión secreta, que duraría bastante tiempo. La pobre paralítica los creyó; no sabía nada del juicio seguido contra su hijo, pues George evitó que entrase un periódico en su casa, y había dado instrucciones a la señora Brown en tal sentido.

Después... cinco años de reclusión sin que nadie fuese a visitarlo, sin recibir siquiera una carta...

¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!

triunfa una vez más al crear la inigualable
Colección

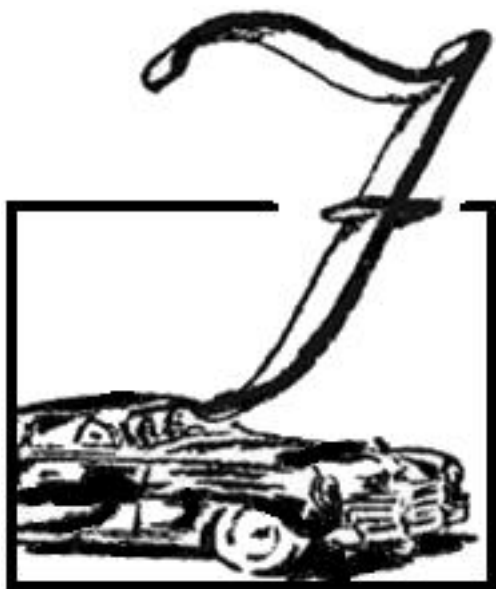
P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F . B . I .

IV

EN BUSCA DE UNA PISTA



AMES Thompson
telefoneó a Ruark a los dos días de haber estado en «Monkey».

—Hemos detenido a Tisdale y al resto de su banda, George. Tendrás que molestarte en acudir personalmente a declarar, pero no temas: a Hobart le he leído bien la cartilla y le he recomendado que te deje en paz. La película y el hilo magnetofónico nos proporcionarán la victoria total ante el Jurado.

—¿Qué hay de lo que te pedí, Jimmy?

—¡Ah, de la Merrill! Sí, sí he hecho las gestiones, George. Alice Merrill no ha vuelto a los Estados Unidos. Figura aquí un informe de hace cuatro años, en el que un agente nuestro asegura que le

hablaron de que estaba Rubachof en París, acompañado de una mujer joven. El agente perdió su pista; supuso que pasaron el telón de acero.

—¿Qué es de Charles Merrill? ¿Se te ha ocurrido enterarte de algo sobre él?

—Sigue viviendo donde siempre. Se gasta una buena vida; no parece muy apenado. También es verdad que han pasado muchos años desde la desaparición de su hija. No se te ocurra molestarlo, George. Me he enterado de que ha subido todavía más de posición, y alterna con capitostes políticos. No vayas a buscarte enemigos poderosos. Lo que tú debes hacer es dedicarte a lo tuyo, y trabajar de firme; así olvidarás lo pasado.

—Gracias, Jimmy, por las noticias y por el consejo. En efecto, llevas razón: me dedicaré por entero a lo mío y trabajaré de firme.

Ésta fue la despedida de George Ruark. Nada más cortar la comunicación con el inspector del

F. B. I.,

llamó al apartamento de Telma. La doncella dijo que la señora estaba durmiendo.

—Está bien. Cuando se levante, díglele que venga a almorzar conmigo, a las doce. No se le olvide.

A la hora indicada, apareció Telma por su *cabaret*. Estaba atractiva con el traje de hechura sastre. Su dorada cabellera la llevaba recogida en la parte de la nuca, a modo de moño.

—¿Qué ocurre, George? ¡Vaya unas horas que tienes de telefonarme! ¿Has decidido emprender el viaje, o es que vas a declararte? —bromeó ella, tomando asiento frente a él, en el comedor privado que Ruark tenía junto a las cocinas del *cabaret*.

El expresidiario no le siguió la broma, sino que le dijo, seriamente:

—Escucha, Telma: voy a pedirte un favor, relacionado con los planes que tengo para rehabilitar mi nombre. Necesito que atraigas a un hombre llamado Charles Merrill, arquitecto, que vive en la South Michigan.

—¿He de cazarlo cantándole o con espejuelos? —preguntó ella, burlándose—. ¿Me disfrazo de sirena?

—Te hablo en serio, Telma. No es asunto para bromear —le advirtió, secamente, Ruark—. Se trata de que consigas hacer

amistad con él, de una manera que parezca casual. Conforme a las circunstancias, ya te diré lo que has de ir haciendo. Yo no figuraré para nada, ni me nombrarás siquiera.

—Está bien, hombre; lo haré por ti, aunque no veo muy fácil engatusar a un tipo al que no conozco siquiera. ¿Cómo he de tropezarme con él y qué he de decir y hacer?

—He pensado atraerle aquí. Es viudo, de unos cincuenta y tantos años, le gusta divertirse y maneja dinero. Contratarás tú, sin hablar de mí, los servicios de un detective privado para que lo vigile, averigüe sus costumbres, los sitios que frecuenta y las amistades que tiene. No creo que conozcas a ninguno de sus amigos, pero lo procuraremos. Él nunca ha de sospechar que yo estoy aquí; tampoco que tienes interés en atraerlo. Todo ha de parecer casual. Esta misma tarde buscarás una buena agencia de detectives y encargarás esta gestión. Sería conveniente que dices un nombre falso, y no repares en pagar bien. Antes del final de semana he de saber cuánto haya sobre Charles Merrill. ¿Entendido?

—De acuerdo, George. Lo haré por darte gusto, aun cuando no me agrada pensar que te dispones a desenterrar el pasado; sólo te pueden venir males.

—Eso será cuenta mía, Telma. No lo hago por capricho; necesito tomarme la revancha. No insistiré para convencerte de que era inocente. Te pido este favor, porque sólo confío en ti.

Tres días más tarde, la gestión de Telma fructificaba en un informe amplio de la agencia de detectives acerca de Charles Merrill. El arquitecto había ampliado su negocio, aliándose a otros dos compañeros de profesión conservando él la cabecera comercial de la sociedad constructora formada. Los informes bancarios no podían ser más favorecedores de lo que eran. Merrill trabajaba mucho, con éxito, y había logrado infiltrarse en la politiquería de la ciudad, consiguiendo contratas por valor de varios millones de dólares.

En cuanto a sus actividades particulares —según el informe de la agencia—, parecía ser que disponía de las noches para desquitarse, divirtiéndose, de la fatiga del día. Frecuentaba los *night-clubs* y gastaba el dinero a manos llenas. Vivían en su casa dos sobrinas suyas y un pariente, que le servía de secretario particular. La relación de sus amigos era extensa, y, entre ellos, Telma conocía a

uno, un naviero que también gustaba de diversiones.

—A Anthony Richmond lo trato desde hace años —declaró la mujer—. Ya venía por aquí viviendo mi marido; tenía bastante amistad con Arnold. Hace algún tiempo que no lo veo.

—Pues llama con cualquier pretexto a ese Richmond y atráelo como te parezca más conveniente, sin despertar sospechas.

A Telma, por su condición de mujer, no le faltaban pretextos para telefonar a Anthony Richmond. Delante de Ruark, le estuvo hablando alocadamente, con razonamientos muy femeninos, quejándose de su prolongada ausencia por «Monkey».

—Y lo haces en el justo momento que pretendo elevar la categoría de mi local, Anthony; yo siempre creía que los amigos estábamos para algo —terminó de decir.

—Bueno, Telma; como quieras. Lo que ocurre es que mis amigos de ahora tienen por costumbre concurrir a otros sitios —argumentaba Richmond.

—Tráetelos contigo. No se quejarán, ni mucho menos. Precisamente tengo en estos días los mejores *shows* de Chicago. Lo pasaréis bien. Y para ti habrá precios especiales.

En aquella conversación telefónica Telma no mencionó para nada a Charles Merrill; todo consistía en no impacientarse. Richmond se haría acompañar alguna vez por el arquitecto, puesto que salían juntos muy a menudo.

Richmond apareció a la noche siguiente, en compañía de dos amigos, de los que no era ninguno Merrill. George Ruark no bajaba a la sala, sino que permanecía encerrado en el despacho, dando por el teléfono interior las órdenes a sus empleados. Telma hacía lo contrario: se pasaba todas las horas abajo, alternando con unos y con otros. A Richmond le hizo una recepción tan entusiasta que el naviero se enorgulleció delante de sus amistades. Bailaron, bebieron y conversaron alegremente con las coristas, y, a última hora, cuando llegó el momento de abonar la cuenta, el naviero se encontró con la agradable sorpresa de escuchar:

—Todo está abonado, señor Richmond.

El camarero, por decir aquella frase, recibió una propina espléndida. El importe de la cuenta sería descontado de los beneficios de Ruark.

En un aparte, Richmond habló a la dueña de «Monkey»:

—No, Telma; no puedo consentirlo. Hemos hecho un gasto excesivo y...

—No sigas, Anthony. Eres un amigo, has tenido la atención de venir y os habéis divertido; con eso me basta. ¿Lo has pasado bien, de verdad? ¿Cómo encuentras esto?

—Mejor que nunca, Telma. ¡Magnífico! A fe de ser sincero te confesaré que está mucho mejor que cuando vivía tu marido. Arnold no se acomodaba a los gustos actuales, pertenecía a la antigua escuela. Creía que todo depende de que la cocina sea buena, y no le faltaba razón, en parte; pero también influye mucho la calidad de los números que se presenten. Hay un plantel de chicas capaces de quitar el hipo. Además, el público no puede ser más selecto. «Monkey» no tiene por qué envidiar a ninguna de las otras salas. Te aseguro que vendré muy a menudo, y traeré la mayor cantidad posible de amigos para que hagan propaganda. Y sin esperar comisión, ¿eh? Lo de esta noche no debe repetirse.

—Gracias, Anthony, por todo; pero siempre se te tratará como a nadie.

Al enterarse Ruark de esta conversación, felicitó a Telma. Esperarían el tiempo que fuese necesario. Richmond invitaría alguna vez a Charles Merrill. Y para cuando se presentase esta ocasión, Ruark ya habría obtenido, por medio del detective privado, unas fotografías recientes del arquitecto, recortadas de revistas técnicas y de sociedad.

Y una noche, Anthony Richmond apareció en «Monkey» acompañado por el arquitecto y otros dos amigos. Telma lo reconoció a la primera ojeada, por haber examinado las fotografías.

Merrill, durante aquellos cinco años últimos, había engrosado aún más y perdido el poco pelo que le quedaba en la cabeza. Los párpados le formaban bolsas, y su aspecto repugnaba por lo que se leía en su cara de sátiro.

Telma fingió que no los había visto entrar, y se mantuvo ante la barra, de espaldas a ellos. La descubrió Richmond, que se apresuró a arrastrar a sus amigos para presentárselos orgulloso a la propietaria del local. Y así conoció Telma al arquitecto, de acuerdo con lo planeado por el oculto Ruark.

Se sentó a una mesa con ellos y derrochó todo su ingenio para cautivarlos. Su belleza no dejó de impresionarles fuertemente.

Habituada a tratar con los clientes selectos en vida de su marido, poseía el don de entretener y divertir contando anécdotas verídicas y chistes de color algo subido. Los hombres no se sentían cohibidos por su presencia, aunque tampoco perdían la compostura. Telma sabía mantenerlos en el debido límite; era una de las pocas «ciencias» que dominaba.

Emplazó sus baterías disimuladamente contra el arquitecto, y, de cuando en cuando, le descargaba una andanada de sonrisas o de miradas halagadoras. El hombre notábase remozado y pronto se lanzó a la pista, sin importarle lo ridículo de su figura junto a la esbelta mujer. Ésta aprovechó la ocasión para terminar de conquistarlo.

Merrill, entusiasmado como un estudiante a pesar de su «experiencia sobre las féminas» —solía alardear de ello con sus amigos—, anunció que no faltaría a la noche siguiente, para reafirmar la amistad nacida.

Y cumplió su promesa, hipnotizado por los verdes ojos de la mujer.

Conforme pasaron los días, Charles Merrill se enredaba más, pues la propietaria de «Monkey» sabía manejar a los hombres: halagaba su vanidad, le prometía mucho con la vista, pero no le consentía nada, en un juego de estira y afloja que lo enloquecía.

George Ruark estaba enterado al detalle del curso de la operación, y dio nuevas instrucciones a su aliada.

Aquella noche, Telma pretextó jaqueca. Cogiénole la mano a Merrill, le dijo, mimosa:

—La música y la gente me marean horribilmente, Charley —ya había dejado de llamarle Charles, y empleaba el diminutivo Charlie o el gracioso Charlot, como prueba de «cariño»—. ¿Por qué no subimos a mi despacho? Estaremos más a gusto, hasta que se me pase la molestia.

Accedió encantado el arquitecto, por ser justamente lo que estaba deseando. Pensaba que el aislamiento le permitiría conquistar a la hermosa mujer. En público, notando los comentarios de burla que hacían a su costa, se encontraba un tanto cohibido; pero, a solas, él desplegaría sus interminables cualidades de seductor...

El detalle de que la puerta del despacho se cerrase

mecánicamente sorprendió y pidió, como técnico en aquella cuestión, una serie de datos, que Telma no podía darle, por desconocimiento. Quien le podía haber explicado minuciosamente cuanto deseaba saber, era el hombre que se hallaba en una habitación contigua, observando a la pareja a través de un orificio disimulado en la pared, y junto a la máquina tomavistas, que comenzaba a rodar una película, y al magnetófono, cuyo hilo de acero empezaba a pasar, impresionado, de un carrete a otro.

La mujer se recostó en el diván del tresillo, y el arquitecto tomó asiento a su lado. Ella fingía a la perfección y supo eludir con una broma la declaración de amor apasionado que inició Merrill. Luego de afirmar que estaba disipándosele la jaqueca, se libró de un abrazo, levantándose para sacar unas botellas y unas copas del mueble bar situado en un rincón.

El arquitecto, cuya copa no dejaba nunca de contener licor —de que no le faltase se encargaba Telma—, empezó a notar que la cabeza le daba vueltas. Fue perdiendo la prudencia y la sensatez y, sin darse cuenta, se encontró hablando de política, al descubrir sobre la mesita un libro que trataba de las teorías comunistas.

Telma se mostró partidaria de esta doctrina y habló entusiasmada de lo feliz que serían en los Estados Unidos si implantasen un régimen como el soviético. Previamente, a indicación de Ruark, había leído algo de todo aquello, con el exclusivo fin de representar la comedia.

—No hables así, querida Telma, o tendré que denunciarte —dijo, sonriente, el arquitecto—. Me extraña mucho que una mujer como tú se preocupe de esas cosas tan feas. En los hombres, ya es distinto. Es raro que tú...

—Ya me imaginaba que sólo eras un pequeño burgués, sin más preocupaciones que hacer bien la digestión —aseguró, despreciativa, la mujer, simulando enfado.

—Yo estoy muy lejos de ser lo que aparento, amor mío —declaró Merrill, que empezaba a no darse cuenta de lo que decía—. ¿De veras tú sientes esas ideas? No lo creo.

—Pues no lo creas —refunfuñó Telma, apartándose unas pulgadas de él—. Y no me hables más de esto, si queremos mantenernos en paz. Por más, que tú serías capaz de denunciarme al maldito Comité investigador de...

—¿Qué tonterías estás diciendo, querida? Si tú supieras... —dijo Merrill, acortando de nuevo la separación—. Vamos a ver: ¿de verdad te gustaría colaborar activamente en pro del comunismo? ¿Serías valiente para arriesgarte?

—¡Claro que sí! ¿Acaso me has confundido con una chica boba? Daría cualquier cosa por ayudar a la causa. Tengo dinero y, lo que vale más, dispongo de un sitio donde se podría organizar perfectamente una red para conseguir prosélitos: este local. A nadie le extrañaría nada. La Policía pasaría por nuestro lado, sin sospechar siquiera. Tengo muy buenas amistades, y aquí viene gente de todas clases. Podría realizarse una labor maravillosa.

—Quizá... —Se limitó a manifestar el arquitecto—. Pero ¿qué saldrías ganando tú?

—Ya salió a relucir el hombre de negocios: siempre pensando en la ganancia por delante. ¿No hay algo más en la vida que el dinero?

—Está bien, mujer; no te excites. Oye: antes has dicho que darías cualquier cosa por ayudar a la causa. Yo tengo ciertas amistades de ese tipo, aunque no soy muy partidario de sus locuras, pero podría introducirte en su círculo. ¿Qué me darías a cambio?

Telma no respondió de palabra, pero con los ojos debió expresar mucho, porque él ronroneó como gato satisfecho.

A continuación celebraron el acuerdo con unas copas más, y, al rato, el arquitecto pasó a soñar con el amor de la fascinadora Telma. Ella, que había bebido lo menos posible, se incorporó cautelosa. Fue hasta la gran mesa de despacho y tocó el resorte que abría la puerta secreta. Se encontró con Ruark, que estaba al otro lado.

—Muy bien la actuación —la felicitó, contento—. Era como yo suponía. En la cárcel se me ocurrió que Merrill, el inocente y desgraciado Merrill, encerraba la clave de lo sucedido. No podía ser de otra manera, aun cuando pareciese imposible que un hombre de su posición estuviera al servicio de los rusos. Es más, por experiencia conjeturo que él no lo hace por idealismo, sino por dinero. El florecimiento tan rápido de sus negocios sólo obedece a ingresos económicos por distinto conducto que el de las construcciones. Juraría que fue y sigue siendo el hombre enlace.

—Es probable —admitió ella. Contemplando al que dormía, tendido en el diván, y roncando estrepitoso, preguntó—: ¿Qué

piensas hacer con él?

—Nada, por ahora. Continúa conquistándolo, vuélvelo loco y haz que los traiga aquí. Necesito pruebas contra ellos, antes de emprender el ataque; a la Policía he de echarle pasto, para que no me pidan demasiadas explicaciones si cometo algunas irregularidades, ¿comprendes?

V

EN POS DEL MISTERIO



N día, por fin, después de varias conversaciones con el apasionado Merrill, éste comunicó a Telma que le presentaría a unas personas del círculo tratado. Ella, venciendo su propia repugnancia, se dejó besar. Le dio un escalofrío sintiendo el contacto de los pulposos labios. Ella lo hacía por ayudar a Ruark, del que no conseguía una declaración de amor; sin embargo, tenía la esperanza de conquistarlo alguna vez.

Por la noche, tal como convino con Merrill, Telma aguardaba en

su despacho, con la puerta principal entreabierta. Mark, el *maître*, tenía instrucciones de acompañar hasta el despacho a las personas que preguntasen por ella, llamándola señora Clerk, el apellido de su difunto marido. El arquitecto no acudiría a la reunión. Según afirmó cínicamente, a él no le convenían los aires de las conspiraciones; prefería los ambientes bochornosos de las pistas de baile.

George Ruark esperaba impaciente en la habitación contigua al despacho, atisbando por el orificio en el tabique medianero y vigilando los preparativos de sus dos servidores, con la cámara tomavistas y el magnetófono.

Eran las diez cuando hizo acto de presencia la primera persona que preguntó a Mark por la señora Clerk. Se trataba de una famosa actriz de teatro, que saludó a Telma efusivamente, felicitándola, a la vez, por la animación que ofrecía la sala. Sobre la mesita, que hacía juego con el tresillo, la propietaria del «Monkey» había preparado unos *cock-tails*.

Poco a poco, pero en menos de media hora, acudieron cinco personas más. Desde su observatorio, Ruark contemplaba a los que tenían la desfachatez o la insania de conspirar contra un régimen como el norteamericano sólo por esnobismo y afán de paladear lo que denominaban «aventuras». Por su aspecto, ninguno de los que charlaban con Telma era persona de escasos medios económicos; sobaban joyas y pieles. No recordaba Ruark haber visto en su vida a alguno de aquéllos.

Por el pequeño altavoz, conectado también al micro oculto en el despacho, se enteraba de cuánto decían. Conversaban sobre temas distintos a la política y bebían como cosacos, sin dejar de fumar un momento. Extrañábase el expresidiario de que nadie empezase a tratar del asunto que allí los había llevado, hasta que uno, un hombre con cara de apoplético, dijo:

—Boger está retrasándose.

El anunciado Boger se presentó al rato. Nada más verlo, el subconsciente de Ruark le avisó y obligó a hacer un esfuerzo de memoria. Era un hombre corpulento, de movimientos lentos, usaba lentes, de pelo rubio que le llegaba por la nuca, hasta cubrirle parte del cuello de la camisa. Las manos, grandes y de dedos largos, que movía de manera singular, hacían pensar en un escultor, pues parecía moldear el aire conforme accionaba en el diálogo.

George sofocó el grito de júbilo que estaba a punto de escapársele: Boger no era otro que Ivan Rubachof, el espía ruso que se había burlado de él hacía cinco años.

No le cupo duda posible. El Rubachof de antaño era más delgado, tenía el pelo negro y cortado al rape, y no usaba lentes; pero Boger y Rubachof eran una misma persona, pese a aquellas diferencias. Reconoció su voz gutural, su costumbre de acariciarse la barbilla cuando escuchaba, su manía de despachurrar los cigarrillos en el cenicero apenas encendidos, su inclinación de oso cuando besaba la mano a una mujer...

¡Rubachof!... ¡Rubachof!... Este apellido martilleaba la memoria de Ruark y le hacía latir el corazón a una velocidad desenfrenada. ¡Allí estaba el hombre que tantos males le había causado!... ¡Lo tenía a su alcance, bastándole salir al pasillo y abrir la puerta secreta, para echarle la mano al cuello y aplicarle en la columna vertebral el cañón del revólver...!

El expresidiario tuvo la voluntad de contenerse, de dominar su ansia, y se calmó un tanto con el humo de un cigarrillo y la convicción de que el ruso no volvería a escapársele. ¡Pronto sabrían los del

F. B. I.

el crimen que hicieron con un compañero...!

No quiso oír más estupideces sobre política y, tras ordenar a sus servidores que continuasen impresionando hasta el final de la reunión, él se dirigió a su alcoba.

Cambió su ropa por un traje y un jersey negros y se puso zapatos del mismo color, con suela de goma. De un maletín sacó unos guantes de piel flexible, también negros; unas ganzúas, una escala de seda que cabía en un puño, y, por último, cogió el revólver. Lo descargó. Había decidido no causar muertes. No era él quién para tomarse la justicia por su mano. Pretendía conseguir la victoria de su rehabilitación por medio de la astucia y del arrojito. No quería mancharse de sangre, por la que luego le exigirían responsabilidades. Llevaría el revólver solamente para intimidar. Sí le descubrían el ardid, se sometería a los dictados del Destino.

Por el teléfono interior mandó a uno de sus empleados en la sala que le tuviera el coche preparado a la puerta del *night-club*.

Unos minutos más tarde, él salía a la calle por la puerta situada

al pie de la escalera en que terminaba el largo pasillo. Daba al portal de la casa próxima, y sobre el marco había un rótulo que decía: «GEORGE RUARK. Profesor de gimnasia». De los vecinos o visitantes de la casa, a ninguno se le había ocurrido, hasta entonces, pedir lecciones de gimnasia. De haber llamado alguien, el expresidiario le hubiese pedido, por la enseñanza, veinte veces más de lo corriente en cualquier gimnasio; el aspirante a alumno habría desistido en el acto.

El automóvil adquirido por Ruark, al poco tiempo de asociarse con Telma, era un «Pontiac» de gran potencia, pintado en negro. Estaba junto al bordillo de la acera, entre otros vehículos, a unas yardas de la entrada al «Monkey».

Sentóse ante el volante, y esperó impaciente. Trataba de reprimir su nervosismo, más la emoción sufrida continuaba influyendo. Observaba a través del parabrisas.

Entraba y salía gente del *cabaret*, recibidos o despedidos por el uniformado portero con tipo de boxeador del peso pesado. Por la calzada pasaban los automóviles en chorro interminable. Los escasos peatones andaban, presurosos, deseando, acaso, llegar pronto a sus hogares. Una mujer aplicó las narices al cristal de la ventanilla del «Pontiac» Ruark la despidió con gesto destemplado.

Por fin, luego de unos veinte minutos de espera, distinguió a uno de los hombres asistentes a la reunión. Le siguieron, separados, otros conspiradores. Salió también la actriz de teatro. El último en aparecer fue el ruso, que permaneció unos instantes detenido en el umbral, mirando a un lado y a otro, mientras encendía un cigarrillo.

Ruark lo vio acercarse a un «Vauxhall» azul oscuro y abrir con llave la portezuela.

Poco después, el «Vauxhall» despegaba de la acera y se unía al tráfico rodado. Ruark tenía ya en funcionamiento el motor de su coche y lo puso en marcha, siguiendo la trasera del ocupado por Rubachof. En aquella calle no encontraría sospechoso el ruso que otro automóvil, fuese casi empujando al suyo.

El «Vauxhall» torció a la derecha, enfilando la avenida Michigan abajo. Nada más observar este cambio de dirección, Ruark adivinó el lugar adónde se dirigía Rubachof.

En efecto, un poco antes de llegar al cruce con la calle Once Este, frente a la masa sombría y silenciosa del Grant Park, el

«Vauxhall», aminorando la marcha, describió una curva y fue a detenerse ante la puerta de una verja, por encima de la cual asomaban las copas de varios árboles del jardín cercado. Sonó por tres veces el claxon de su coche.

El expresidiario pisó el freno. No necesitaba acercarse más para saber que se trataba de la residencia del arquitecto Charles Merrill. Él la había frecuentado excesivamente y con funestas consecuencias, por desgracia.

Sin moverse del *baquet*, observó la desaparición del «Vauxhall». Sintió grandes tentaciones de acercarse corriendo, pasar al interior antes de que cerrasen la puerta y, revólver en mano, apoderarse del ruso. Desistió de su descabellada idea, pues era probable que Rubachof fuese armado y se defendiera, secundado por el criado que había salido a abrir. Además, no podría demostrar a la Policía que Charles Merrill estaba confabulado con el espía. El arquitecto aseguraría desconocer por completo a Rubachof, que éste le había pedido una entrevista y que él se la concedió creyendo que se trataba de un futuro cliente.

Tampoco eran horas propicias para asaltar la casa, dada la gente que transitaba aún por la avenida. Ruark optó por esperar.

Estuvo aguardando durante unas dos horas inútilmente; Rubachof no salió. Echando pie a tierra, George se aproximó a la puerta de entrada y miró por una rendija que dejaban entre sí las chapas unidas a los barrotes. En el jardín lucían dos o tres bombillas celadas por las hojas. Todas las ventanas de la fachada delantera del edificio estaban a oscuras. Dedujo que Rubachof vivía allí. Entonces, Ruark recordó que el informe del detective privado hablaba de un pariente que hacía de secretario particular del arquitecto; se habían preocupado de justificar la estancia del falso Borgel en la casa.

Volvió a subir en el coche y emprendió el regreso al *cabaret*.

Telma se hallaba dormida en el diván del despacho. Se despertó al entrar él.

—¿Qué has hecho, George? —interrogó, levantándose.

En pocas palabras le contó el resultado de la persecución, y, a su vez, preguntó:

—¿De qué os ha estado hablando Borgel? ¿Qué te parece?

—Pues un sinvergüenza de primera clase —afirmó, rotunda, la

mujer—. La mayor parte de lo que ha hablado era dirigido a sacarnos dinero para hacer propaganda y socorrer a los pobres camaradas perjuros que están en la cárcel por no tener quién les pague la fianza. Me considero con buen olfato, y el tal Borgel, o Rubachof, o como se llame de verdad, va con miras a embolsarse el noventa por ciento de lo que recoja de los pobres idiotas que lo escuchan como si fuese un ser de Marte. Y digo esto, porque me fijé en él cuando la actriz prometió entregarle unos pendientes de platino: le brillaron los ojos como si viese ya en su mano las joyas. Y es más: creo que no es espía ni es nada; sólo un vívidor que sabe explotar a memos y a neurasténicas.

—Es posible —admitió Ruark, pensativo—. Antes, cuando yo le conocí, sí trabajaba por conseguir informes de la producción de material bélico; pero entonces figuraba en la nómina de la Embajada suya. Ahora es probable que haya vuelto por su cuenta y riesgo, con pasaporte falso o, quizá, furtivamente, recordando lo bien que lo trataba toda esa gente sin sentido común. Su huida le supondría el descrédito ante sus superiores, que quedaron en evidencia con nuestro Gobierno. Posiblemente, como castigo, lo echarían a un lado.

—¿Qué determinación piensas tomar, George?

¿Por qué no te pones al habla con tu amigo Thompson? Deja que ellos actúen, y no te arriesgues.

—No soy de esa clase de hombres, Telma —aseguró él, sin fanfarronería—. Este asunto me concierne a mí directamente. Falté a mi deber, y estoy en la obligación de arreglarlo yo solo. Avisaré al F. B. I.

cuando haya cogido todos los hilos. Tengo un miedo espantoso a que el ruso sospeche algo y desaparezca, como la vez anterior. Actuaré esta misma noche.

—¿Qué vas a hacer?

—Una incursión a la casa de Merrill. Sé dónde tiene la caja fuerte. Si no he perdido el tacto que cogí practicando en la Academia, su caja no se me resistirá. Mi objetivo consiste en conseguir las pruebas suficientes para hundir a Merrill, porque Rubachof está, desde un principio, fuera de la ley. Lo que no llego a comprender es cómo Merrill, tan cuidadoso de no figurar en nada de esto, se ha atrevido a albergar en su propia casa al ruso.

—Ten mucho cuidado, George —le suplicó ella, apoyándole las manos en los hombros—. Si te descubren, se sentirán acorralados y no vacilarán en matarte, sabiendo, además, que no les ocurriría nada por tratarse de una violación de domicilio.

Ruark contempló el rostro, que expresaba un amor sin límites. Apartando de sí a Telma, con suavidad, dijo:

—Ya verás como no me sucede nada. Estarán durmiendo, y conozco al detalle las habitaciones. Iré derecho a su despacho de trabajo. ¡Hasta mañana!

¡Telma! ¿Tienes el coche abajo o quieres que te lleve yo?

—No. Esta noche me quedará aquí, esperándote. No podría dormir tranquila sin saber qué ha ocurrido.

George besó suavemente a Telma en la mejilla derecha y estrechó su cuerpo, pero sin pasión ninguna. Le emocionaba saber que, a lo menos, existía alguien que se preocupaba por él. Se lo agradecía de corazón; sin embargo, no podía corresponderle con la clase de amor que ella deseaba. Se había analizado sus sentimientos y había pensado mucho en la hermosa mujer, más no llegaba a descubrir la barrera invisible que se interponía. Ésta era la causa de su resistencia a dejarse arrastrar por el amor que se le brindaba.

—Adiós, Telma. En cuanto regrese entraré a verte. Duerme; no estés intranquila.

El expresidiario se entretuvo más de media hora en su habitación y, sin prisa, salió a la calle por el pasadizo secreto. Esta vez no utilizó el coche, sino que marchó a pie hacia la avenida Michigan. Se había puesto un sombrero negro y una camelia de color escarlata en el ojal de la solapa. Pensaba que la flor le daría suerte. No olvidó coger una linterna de bolsillo.

Se cruzó con muy pocos transeúntes. De tarde en tarde pasaba un automóvil por la calzada. El rumor de la ciudad estaba apagándose, para revivir con bríos al amanecer. De la parte de la Wabash llegaba, a intervalos largos, el estrépito de hierros estremecidos bajo las ruedas del tren elevado. No parecieron fijarse en él, o no lo vieron, los ocupantes de un coche de la Patrulla Móvil de la Metropolitana.

Se detuvo sólo unos instantes para echar una ojeada al jardín de Merrill: la casa seguía como dormida. Continuó adelante. Había justamente un farol allí mismo y el escalón le resultaría algo difícil.

Cuando llegó a la esquina de la calle Once, se ocultó tras el tronco de un árbol. A los pocos minutos apareció un policía uniformado, haciendo la ronda con paso cansino. No descubrió la sombra de silueta humana pegada a uno de los árboles. Después, aquel trozo de la avenida quedaba desierto.

Ruark anduvo a zancadas hasta llegar a la verja y trepó ágilmente. Comprobando, de una ojeada en derredor, que no había nadie a la vista, se descolgó por el otro lado al jardín. Sin adoptar extremadas precauciones, se dirigió a la parte posterior del edificio, donde sólo lucía una bombilla. Tal como suponía, halló abiertas las ventanas correspondientes a los dos cuartos de baño situados en la segunda planta.

Cerciorado de que no había ruido en el interior, desenrolló la escala de seda y arrojó al alféizar de la ventana de la izquierda el extremo que terminaba en un garfio de acero. Al segundo intento, la escala quedó colgando.

La subida la realizó Ruark sin apoyar los pies en las tiras transversales, para evitar que rozasen el muro las punteras de sus zapatos. Encaramado en el alféizar, volvió a prestar atención: oyó el goteo del agua escapándose de un grifo y unos ronquidos en alguna habitación de aquel piso.

Puso los pies en el cuarto de baño y, valiéndose de la linterna, salió al pasillo. Todas las puertas estaban cerradas. A su derecha oyó a la persona que roncaba. Él tomó la dirección contraria y, pisando de puntillas, llegó a la escalera, que descendía a la primera planta.

Escalón a escalón, fue bajando. El crujido de un mueble resonó como un pistoletazo en el silencio. George se estremeció involuntariamente; hacía ya muchos años que no corría aventuras. Cuando actuaba al servicio del

F. B. I., dominaba mejor sus nervios; además, era muy distinto sentirse respaldado por la organización.

Los rayos de la linterna le revelaron que el *hall* había sufrido muy pocos cambios en los últimos cinco años. Casi todo se encontraba en el mismo sitio. Vio el bello jarrón chino, tan apreciado por la desaparecida Alice. Más de una vez, bromeando, él la había amenazado con llevárselo.

Cauteloso, cruzó el *hall*, aproximándose a la puerta del despacho. Estaba cerrada. Tras apagar la linterna, hizo uso de las ganzúas y maniobró a tientas en la cerradura. Lamentó la pérdida de práctica, que le hacía malgastar unos instantes preciosos en tan peligrosa situación. Antes, por las lecciones recibidas en la Academia, una cerradura tan sencilla no lo habría entretenido más de unos minutos.

Por fin escuchó el roce característico y, al empuñar el pomo del picaporte, la puerta cedió a su empuje. Sin traspasar el umbral, se mantuvo inmóvil unos segundos, haciendo oído. Necesitaba asegurarse de que los criados —seguramente continuarían ocupando los cuartos situados en la parte opuesta de la planta— no daban señales de estar en pie. Pero más que nadie le preocupaba Rubachof, que dormiría con un ojo abierto, por temor a ser sorprendido durante el sueño. Probablemente, le habrían alojado en la habitación para huéspedes, en el piso alto; si era así, tampoco habría peligro por parte suya.

Con la linterna encendida, pasó George al despacho de sobra conocido por él. Cerró la puerta a sus espaldas, pulgada a pulgada, impidiendo que chirriase algún gozne poco engrasado. Sabía que la caja fuerte de Charles Merrill se hallaba empotrada en el muro de la izquierda, oculta bajo un gran mapa de la ciudad de Chicago. En cierta ocasión, Alice se la había mostrado con un motivo que ahora no recordaba.

Echando a un lado el mapa, tocó los discos de las combinaciones. Su contrariedad fue grande al notar que había perdido la antigua sensibilidad de las yemas de los dedos; tenía la piel endurecida por los trabajos manuales efectuados en la prisión. No le sería fácil abrirla; quizá imposible.

Colocó la linterna sobre la mesa, enfocando la superficie gris de la caja. Luego dio comienzo a la tarea, tras frotar las yemas en los pantalones y con las de los pulgares. Poco a poco iba adquiriendo sensibilidad. Los giros los hacía cada vez más lentos, apenas perceptibles a la vista.

Estaba enfrascado en la delicada labor, cuando se encendió la luz de la lámpara central, llenando todo el despacho de fuerte resplandor. El expresidiario se volvió de un brinco, al mismo tiempo que se llevaba la mano al bolsillo donde guardaba el descargado

revólver.

George Ruark no pudo contener una palabra, pronunciada ahogadamente por la sorpresa:

—¡Alice...!

Alice Merrill estaba bajo el dintel de la entrada, envuelto su cuerpo en un salto de cama, con la cabellera, de color trigueño, cayéndole suelta sobre los hombros. Miraba sin temor a Ruark y sin expresión de asombro. Dando un paso adelante, preguntó, en tono enteramente normal:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted aquí trabajando tan tarde?

Aquellas dos preguntas aumentaron la sorpresa de Ruark. ¡Era increíble...!

Él no supo qué responder. Resultaban absurdas sus interrogantes. ¿Cómo no reconocía al que fue su novio, a pesar del tiempo transcurrido? Ella volvió a hablar:

—He venido a coger un lápiz. No tenía sueño y me entretiene dibujar. Usted siga haciendo lo suyo. Lo único que le ruego es que no se lo diga a mi tío; le disgusta mucho que salga de mi habitación sin avisar a Mary. Pero no he querido hacerlo, por no despertarla. Estaba roncando a más y mejor. Ronca como un hombre; es gracioso, ¿verdad?

Si las frases carecían de sentido, la risa que siguió revelaba estupidez. Ruark no daba crédito a sus oídos ni a su vista. ¿Qué le sucedía a Alice? Lo lógico hubiera sido que gritase al ver allí a un intruso y huir gritando o pidiendo socorro. Y si lo había reconocido a la primera ojeada, ¿por qué le hablaba de manera tan extraña?

—Pasa, Alice; no voy a hacerte nada si no das la alarma —dijo él, avanzando.

—¡Oh, qué camelia más bonita lleva usted! ¡Es preciosa! ¡Con lo que a mí me gustan las flores!... ¡Una camelia escarlata!... ¿Le importaría regalármela?

Desconcertado por completo, George le entregó la camelia y, mientras Alice contemplaba extasiada la flor, él fue a cerrar la puerta. El *hall* seguía a oscuras y nadie parecía haberse levantado al oír una conversación en el despacho a tan altas horas de la noche.

—¡Son deliciosas las flores!... Me agrada pintarlas, pero nunca consigo el mismo colorido.

—Alice —la llamó Ruark—: ¿es que no te acuerdas de mí? ¿Tan

cambiado estoy que no me reconoces? ¡Deja esa flor y mírame!

La joven obedeció sin mostrarse enfadada por el mandato. Con naturalidad, contestó:

—¡Claro que no le conozco! ¡Nunca lo he visto!... Me imagino que trabajará en las oficinas de mi tío Charles. Yo no tengo por qué conocer a todos sus empleados.

—¿Tu tío Charles?... —repitió Ruark, confuso—. ¿Qué te ha pasado, Alice? ¿Cómo hablas de una manera tan... rara?

—Ya lo sé que no hablo bien del todo; Mary siempre me está corrigiendo. Y Borgel se ríe de mí cuando no está tío Charles delante. Mary dice que he estado enferma.

—¿Quién es Mary? ¿Tu doncella?

—No. ¡Qué cosas tiene usted!... Es mi hermana.

Ruark ya no dudó que Alice Merrill tenía perdida la razón o sufría la influencia de alguna droga. No se concebía tanto disparate junto. De ninguna manera podía pensarse que era simulación para escapar de la venganza que le amenazaba; no existía actriz capaz de representar tan bien un «papel» tan difícil.

—¿Te gustaría dar conmigo un paseo, Alice? Hace una noche espléndida, y en mi casa tengo muchas flores de todas las clases. Si vienes te regalaré las que quieras —le propuso él, habiendo tomado ya la determinación de sacar de allí a la joven para hacerla examinar por un especialista.

—¡Estupendo! Pero, por Dios, que no se enteren nunca ellos, porque me castigarían; me tienen prohibido salir a la calle. Se lo agradezco mucho. ¿Cómo se llama?

—George.

—Bien, George; si voy contigo. Tú pareces bueno. No olvides que hemos de regresar antes de que se levanten. Espera un poco; voy a vestirme. Ya verás como no tardo nada —le tuteó ella.

—Te acompañaré, Alice, para que no tengas que encender. Mi linterna nos servirá. Así no los despertaremos. ¡No hagas ruido!

Juntos subieron a la planta superior. Ella parecía disfrutar mucho adoptando las mismas precauciones y sigilo que Ruark. Sonreía con la graciosa picardía de un chiquillo cometiendo una travesura sin importancia.

—Ésta es mi alcoba. ¡Espérame aquí! —susurró ella, señalando la puerta que se hallaba entreabierta—. Me vestiré en un segundo.

George permaneció en el pasillo, a oscuras, escuchando y vigilando las otras puertas. Sentía tentaciones de abrirlas, localizar a Merrill y a Rubachof y reducirlos a la impotencia aprovechando el ataque por sorpresa. Mas entonces se expondría a perderlo todo, si algo fallaba. Prefería llevarse primero a Alice; por lo menos, ponerla bajo la custodia del primer policía que se tropezase en la calle.

Pensó a continuación quién sería la llamada Mary. Alice no había tenido más que un hermano —según ella le contó en aquellos tiempos—, que estaba preso en Moscú, pero también recordaba que Merrill afirmó, entonces, que su hijo había muerto anteriormente en un accidente de automóvil. Fuese quien fuese la denominada Mary, quizá pudiera explicar el misterio de lo ocurrido a Alice. Y la idea de llevársela también consigo se infiltró en el pensamiento de Ruark. Siendo mujer, Mary se asustaría y obedecería sumisa cuanto le mandase.

Y, en consecuencia, nada más aparecer Alice, le preguntó:

—¿Dónde duerme Mary?

—En esa otra habitación, que comunica con la mía.

—Pasa delante de mí, Alice; será mejor que nos acompañe ella, ¿no te parece?

—No, no —se apresuró a negar la joven—. Es muy gruñona, no querrá y nos estropeará el paseo. Yo quiero las flores que me has prometido.

—Ya verás cómo me obedece sin rechistar. ¡Anda, pasa!

Una vez dentro de la alcoba de Alice, Ruark se preocupó de echar el cerrojo. Luego, alumbrando con la linterna, entró en el dormitorio contiguo. El círculo luminoso se detuvo sobre la durmiente. Era una mujer de unos cuarenta años, de facciones enjutas, con el pelo color de zanahoria. Respiraba por la boca, sirviéndole de bien poco la larga nariz.

Ruark, en tanto que preparaba una mordaza con un pañuelo grande que encontró a mano, dijo a Alice:

—Tú no chilles ni hagas nada, ni te asustes por lo que veas. Ten en cuenta que sólo deseo evitar los gritos de Mary. ¿Entendido? No le haré daño.

Obtenido el asentimiento de la joven, George se aproximó a la cabecera del lecho y, con admirable habilidad, pasó rápidamente las manos por debajo de la nuca de la durmiente, ajustándole el

pañuelo a la boca. La llamada Mary despertó dando un bote en la cama. Con la pierna derecha la inmovilizó el exagente del

F. B. I.

mientras terminaba de anudarle la mordaza. La mujer se retorció y lanzaba gruñidos sordos. Su rebeldía terminó en cuanto Ruark le enseñó el revólver, a la vez que aconsejaba quedamente:

—No se resista o tendré que matarla. Si me obedece no le ocurrirá nada. Soy agente especial del

F. B. I.,

y usted ha de cumplir mis órdenes. Levántese y vístase pronto. Vendrá usted con Alice y conmigo. ¡Vamos!

La mujer, aun aterrorizada, no quiso vestirse delante de un hombre, y se limitó a calzarse y a ponerse un abrigo encima del pijama. No apartaba la vista del arma.

Por su parte, Alice parecía muy divertida viendo a la otra tan asustada. Cuanto más la observaba, más se convencía George de la anormalidad mental de su antigua novia. No cabía otra explicación de su extraño comportamiento.

—Bajemos al jardín —indicó Ruark, esgrimiendo la inútil arma—. Ve delante, Alice, y usted detrás de ella, Mary, y no se le ocurra huir o me veré obligado a disparar. Nada de ruidos, ¿eh?

De igual manera que habían subido los jóvenes, sigilosamente, descendieron los tres. La misma hija de Merrill se ocupó de abrir la puerta que daba al jardín y de hacerse con la llave de la puerta de la verja. No hubo contratiempo ninguno, salvo un resbalón del mismo Ruark, que estuvo a punto de caer encima de las mujeres y derribarlas escaleras abajo. El pasamanos lo libró del desastre.

Al encontrarse en la calle, Alice exclamó, entusiasmada:

—¡Es maravilloso!... Gracias a ti, George, disfruto por vez primera de una noche así.

Ruark, ocupado en quitar a Mary la mordaza, apenas si entendió la frase de la que fue su novia, pero por el tono adivinó que ella sentíase feliz. Y esto, sin saber realmente por qué, le llenó de satisfacción.

Luego de echar la llave por fuera, encaminó a las mujeres hacia el cruce con la Van Buren. Él iba en medio de las dos, sin descuidar la vigilancia sobre Mary, que ya no se resistía a obedecer. Le había impresionado saber que el hombre de negro pertenecía al famoso

Federal Bureau of Investigation.

Ruark no quiso tomar un «taxi» que pasó libre; prefería perder un poco tiempo a dejar una pista tan clara. Casi se tropezaron con el policía de ronda, que se les quedó mirando, tal vez por disminuir su aburrimiento simplemente, pues no les dijo nada. En verdad, no había nada sospechoso en el trio de personas que caminaban con prisa y sin alborotar.

La entrada al *night-club* la realizaron por la entrada de la casa contigua.

—¿Qué es esto? —preguntó, entonces, Mary, un poco amedrentada por la perspectiva del largo pasillo en tinieblas.

—No se asusten. Ahora verán.

Telma, que continuaba durmiendo en el despacho, al ser despertada creyó seguir soñando. Nunca hubiera imaginado que Ruark regresaría acompañado de dos mujeres. Dio salida a su estupor con una de sus bromas:

—Por ser la primera excursión no ha sido mala caza. A la próxima no se te ocurra traer piezas del mismo género, pues habríamos de construir un harén.

—Telma —anunció George, tomando de la mano a Alice—: es la hija de Merrill.

—¿Tu antigua novia?

Alice, sin hacer caso de lo acabado de manifestar por Telma, se fijó únicamente en el traje de ésta.

—¡Qué bonito es su vestido! ¿Dónde lo ha comprado? Tío Charles no quiere darme dinero para comprar vestidos bonitos. ¿Querría prestármelo usted para ponérmelo un rato?

La propietaria de «Monkey» miró estupefacta a su gerente. Tampoco ella comprendía la sinrazón de aquella joven aparentemente normal. Percatándose de su asombro, George la alejó de las otras dos mujeres y le contó cuánto había sucedido, el desquiciamiento mental observado en Alice y la presencia de la mujer llamada Mary.

—Ha ocurrido algo que desconocemos, Telma. Alice no era así antes, ni mucho menos. Es indudable que está enferma. Te ruego que la trates con cariño.

—¿No pensabas tomar cumplida venganza de lo que ella te hizo?

—Sí; pero cuando la he visto tan cambiada, no sé, me da pena. Voy a dejarlas contigo. Atiéndelas hasta que yo regrese. Vuelvo allá de nuevo, a enténdermelas con los dos, antes de que descubran la desaparición de Alice y de Mary. Primero voy a hacerles unas preguntas, con el fin de aclarar mis dudas.

Encarándose a la llamada Mary, que permanecía en pie, rígida como un centinela, y con el gesto agrio, le dijo:

—¿Quién es usted y qué hace en casa de los Merrill? Alice afirma que es usted hermana suya; yo sé que no lo es.

Como viese que la mujer apretaba los labios, revelando de antemano su propósito de no hablar, una vez comprobado que no las había llevado al

F. B. I.,

Ruark la empujó fuera del despacho, venciendo su inercia, y la condujo a una de las habitaciones sin ventanas del pasadizo secreto.

En el despacho quedaron Telma y Alice.

A solas con Mary, el expresidiario la interrogó con su peculiar dureza de tono, y clavando en los ojos de la mujer la mirada fría que solía emplear en los interrogatorios. Empezó afirmando:

—Sé a ciencia cierta que usted no es hermana de Alice; que Alice es hija de Merrill, y no sobrina; que Borgel no se llama así, sino Rubachof; que usted es una farsante a punto de morir a mis manos si no confiesa cuánto sepa sobre el estado de Alice.

La mujer retrocedió, amedrentada, sobrecogida por la amenaza del hombre y el ambiente lúgubre de la reducida y desnuda estancia. Tuvo miedo y comenzó a hablar atropelladamente, con acento de sinceridad:

—Yo no tengo culpa de nada... Verá usted: yo me presenté al señor Merrill por un anuncio en el periódico buscando una enfermera con experiencia. Me hizo unas preguntas y me aceptó, ofreciéndome un buen sueldo.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Cuatro años hará, dentro de un mes. Me dijo que mi obligación sería cuidar de una sobrina suya que llegaría de un instante a otro a Chicago. Era Beatrice, la que usted llama Alice. El señor Merrill ya me había puesto en antecedentes respecto a la enfermedad de Beatrice y me aconsejó que fingiera ser su hermana para intimar más con ella.

—¿Qué enfermedad padece?

—Amnesia incurable. Según me contó el señor Merrill la habían examinado ya varios especialistas y ninguno estimó oportuno operarle el cerebro por considerarlo inútil.

—¿Le dijo Merrill cómo quedó así Alice?

—Sí. Parece ser que fue de una caída cuando iba a caballo, en una finca que posee el señor Merrill por Wisconsin. De allí llegaba Beatrice cuando yo la conocí.

—¿Qué sabe usted de Merrill y de Borgel, de sus relaciones y actividades?

—Yo no sé nada. He notado algunas cosas raras, pero mi obligación no es meterme en lo que no me importa. Me paga bien y yo estoy contenta. He tomado mucho cariño a Beatrice; es como una niña. Desde la fractura del cráneo su cerebro quedó completamente en blanco. Ha habido que ir enseñándole todo. No es un caso único. Nunca sale a la calle.

El señor Merrill me lo tiene recomendado, a fin de evitar cualquier disparate de Beatrice.

—¿La ha oído nombrar alguna vez a un hombre llamado George Ruark? —preguntó con visible interés el expresidario.

La enfermera hizo memoria, respondiendo después:

—No me acuerdo. A veces, muy pocas, cae como en trance, y pronuncia palabras sin sentido y nombra a personas que yo no conozco. Ese nombre no recuerdo habérselo oído.

—Si no ha mentido, Mary, se ahorrará el mal trago de ir a la cárcel. De momento, usted quedará aquí, cuidando de Alice, y obedeciendo a la señora que ahora la acompaña. No intente fugarse; hay dos policías a la salida, con orden de disparar. Todavía no es momento de conducirlos al

F. B. I.

Y para que lo sepa y no se ande jugando, le advierto que éste es un caso de espionaje, y yo podría hacer recaer sobre usted gran parte de culpabilidad. No creo que a usted le interese pasarse quince años entre rejas.

Con estas últimas palabras, Ruark consiguió la sumisión total de la enfermera. No se atrevería a comprobar si realmente estaban apostados dos policías en la salida.

Volvió con ella al despacho y puso a Telma al corriente del

interrogatorio mantenido. Por último, aconsejó a su amiga:

—No las pierdas de vista, y que nadie entre aquí. Regresaré pronto. Si dentro de dos horas no aparezco, telefonea enseguida al inspector Thompson y le dices, de mi parte, que acuda rápido a la casa de los Merrill.

Antes de salir observó de nuevo a Alice, que no cesaba de mostrar su admiración por el elegante traje de noche de Telma. En visión rápida desfilaron por su memoria los felices días de antaño. ¡Era ella tan diferente!... ¿Qué la habría hecho cambiar tanto?... Lo de la caída no era más que un puro cuento a fin de engañar a la enfermera.

Esta vez sí utilizó su coche, y en él se desplazó veloz hasta la esquina más próxima a la residencia de Merrill. Continuó a pie el trecho que le faltaba. Abrió con la llave la puerta de la verja, dejando entornado, cuando estuvo en el jardín, por si necesitaba escapar a toda prisa.

Empezaba a amanecer. No observó señales de movimiento en la casa. Aún tardarían los sirvientes en levantarse y comenzar las tareas diarias de limpieza. Sin embargo, no debía perder tiempo. Por este motivo desechó su intención de entrar en el garaje, situado al fondo del jardín, a inutilizar los motores de los automóviles que allí hubiese.

Revólver en mano, pasó al *hall*, cuya puerta no había cerrado al salir acompañado de las dos mujeres. En la planta baja no captó ningún rumor de vida. Satisfecho, subió al piso superior, encendiendo a intervalos la linterna. Y arriba, en el pasillo, se detuvo unos instantes, dudando sobre la decisión a tomar.

No sabía por cuál de los dos empezar. Temía más a Rubachof, individuo joven y, con toda seguridad, habituado a enfrentarse con situaciones difíciles. Pero el arquitecto poseía la clave entera del misterio a descifrar, sobre todo, lo relacionado con su hija.

Al fin, acuciado por el peligro de su situación, se determinó a penetrar en la alcoba de Merrill.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernandez-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

VI

PRISIONERO



L éxito del ataque dependía de que el arquitecto no tuviera la costumbre de encerrarse con el pasador echado. Girado el pomo, la puerta cedió, entreabriéndose. Por estar cerradas las contraventanas, la alcoba se hallaba en tinieblas, y Ruark no distinguía la posición del lecho ni la del hombre acostado. Empujando un poco más, hasta introducir por la abertura la cabeza y los hombros, hizo uso de la linterna durante una fracción de segundo, lo suficiente para descubrir que la cama se encontraba a la derecha y había un bulto encima.

Entró de costado, con el revólver en la mano derecha y la linterna en la izquierda. Contenía su propia respiración a fin de

percibir la de Merrill. Los crujidos de las articulaciones resonaban en la reducida estancia.

El propósito de Ruark era reducir de un golpe certero al arquitecto, dejándolo sin sentido, y salir rápido a repetir la operación con el ruso.

La suela de goma de sus zapatos silenciaba las pisadas dirigidas hacia el lecho. Más, de pronto, tropezó con la cabeza en algo duro, y tintinearón cristales entrechocados.

—¿Quién anda ahí? —oyó preguntar con voz ronca a Merrill.

No tuvo tiempo Ruark de reaccionar debidamente, pues la luz se hizo en la lámpara que se balanceaba pendiente del techo a causa del golpe anterior. Charles Merrill, en pijama, estaba medio incorporado en la cama y sostenía en la mano diestra el interruptor acabado de emplear. Permanecieron ambos contemplándose, desconcertados. El mofletudo rostro del arquitecto revelaba aturdimiento y asombro.

—¡George Ruark!... —exclamó, tartamudeando, inmovilizados sus miembros por el terror que comenzaba a invadirle.

El expresidiario, lanzando un grito de rabia, se le abalanzó, con el revólver en alto y asido a modo de maza. Iba a descargar el golpe, cuando un pie se le enganchó en la alfombrilla y tropezó con la otra pierna. Perdiendo el equilibrio, Ruark falló la acometida, y el arma hizo un hondo en la almohada sin alcanzar su objetivo.

El arquitecto reaccionó a impulsos del propio miedo y abrazó estrechamente contra su pecho la cabeza de Ruark, mientras pedía a gritos ayuda. El asaltante se debatía por zafarse de las manos gordezuelas que lo sujetaban, y lo habría conseguido a no ser por una voz recia que sonó a espaldas suyas:

—¡Quieto o dispararé! Estoy apuntándole con una pistola. Suelte el revólver. Levántese y alce los brazos.

Intuyó el presidiario que no era ninguna bravuconada de Rubachof, al que había reconocido por el acento. El ruso había tardado menos de un minuto en acudir a las peticiones de socorro de su cómplice. Estaba en pijama, con los pies desnudos, y empuñaba una Browning.

Al incorporarse Ruark, Rubachof lo reconoció también a la primera ojeada. No fue menor su sorpresa que la del arquitecto. Este último se lo corroboró, a la vez que se echaba abajo de la

cama, con la barriga al aire, y se apoderaba del revólver:

—¡Sí, es él: Ruark! Menos mal que llegaste a tiempo, Ivan. Por muy poco no me ha machacado el cráneo.

—¡Vuélvase de frente, Ruark! —Mandó Rubachof, entrando en la alcoba y cerrando la puerta con el pie.

En la faz del encañonado se leía todo el odio reconcentrado en su corazón durante años. La ira agitaba su cuerpo, produciendo la impresión de que el pánico lo embargaba. Era cólera, no miedo, lo que sentía el expresidiario por haber fracasado estando su venganza tan cercana.

—¿Cómo es posible que esté usted aquí? —inquirió el ruso—. Si mal no recuerdo, lo condenaron a seis años de presidio. Sólo han pasado cinco, un poco más.

Ruark no respondió. El arquitecto, aún no repuesto del susto sufrido, sostenía temblón el revólver del asaltante, sin fijarse que el arma estaba descargada.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Merrill a su cómplice.

—Matarlo —fue la contestación, pronunciada fríamente.

—Es demasiado grave asesinar, Ivan. Sería mejor llamar a la Policía y entregárselo con la denuncia correspondiente. Yo conseguiría que lo enviasen de nuevo a la cárcel por otros tantos años o más.

—Tendría oportunidad para hablar excesivamente, Charles. Además, les diría quién soy yo y sobrevendrían complicaciones. No tienes por qué intervenir tú en esto; me basto yo sólo para eliminarlo —afirmó el ruso, sonriendo de manera siniestra.

—Deseche esa idea, Rubachof —le aconsejó Ruark, mintiendo a continuación—: Parten ustedes de un supuesto falso: creen que yo estuve en la cárcel por lo que pasó entonces. Se equivocan por completo. El

F. B. I.

engañó a todo el mundo, permitiendo el juicio y lo demás. Aun creyendo que yo era culpable, los del

F. B. I.

no podían consentir que uno de los suyos sufriese una condena. Ustedes saben que el

F. B. I.

tiene plenos poderes. Aconsejaron a los jueces que juzgaran como

considerasen justo, pero a los cinco días de mi estancia en la cárcel fui puesto en libertad, porque así ordenó el gobernador que se hiciera. Con objeto de evitar el escándalo, me enviaron en misión especial a Hong Kong, y allí permanecí hasta hace unas semanas. Enterado de que usted, Rubachof, se hallaba en los Estados Unidos, regresé para poner nuestro asunto en claro y poder vivir a la luz pública sin que nadie me tache de nada deshonroso. En la División saben que vine aquí, a hacer una investigación en los papeles de Merrill. Reconozco que me extralimité, dejándome arrastrar por el deseo de venganza. Pero la cuestión es que, de un momento a otro, los míos se presentarán armados hasta los dientes para rodear la casa y detener a ustedes por ser agentes de una potencia extranjera. Mucho peor lo pasarán, si me matan. En vez de la cárcel o de la deportación, se ganarán la silla eléctrica. Matar a un agente especial del

F. B. I.

es un asunto demasiado grave, como decía antes Merrill, y con razón.

Las palabras de Ruark pesaron en el ánimo de los otros. El mismo Rubachof denotó preocupación, aun cuando no creyese la historia completa del asaltante. Intentó descubrirle el juego:

—Todo eso es mentira, Ruark. Ninguno de los suyos sabe que está aquí. ¿Por qué iba a entrar así cuando podía hacerlo con toda legalidad? Usted ha obrado por su cuenta y riesgo, y le va a resultar caro.

—Imagina que miento, ¿verdad? Entonces, ¿por qué no se molestan en echar un vistazo a los dormitorios de Alice y de Mary?

Rubachof ordenó a su cómplice:

—Vete a ver qué ha pasado. Date prisa. Y usted, Ruark, no piense que va a engañarme con algún truco.

Regresó al instante Merrill, despavorido, informando:

—No están en sus habitaciones, Ivan, ninguna de las dos.

—¿Qué ha sido de ellas, Ruark? —inquirió el ruso, acusando el golpe.

El expresidiario sonrió ampliamente.

—No crean que me las he comido crudas, no. Los dos compañeros que entraron conmigo las han bajado al automóvil que tenemos estacionado en la calle, en la otra esquina. Alice y Mary

serán excelentes testigos, y no me interesaba que murieran en mi encuentro con ustedes. En cuanto Alice recobre la memoria, tendrá algo muy sabroso que contar al

F. B. I.,

¿no les parece?

El optimismo de Ruark impresionó a los otros; en mayor grado al arquitecto.

—¿No sería mejor huir, como hiciste tú la otra vez, Ivan? Ahora yo sí que no puedo quedarme al margen. Al fin has conseguido complicarme. Ya te lo decía, Ivan: «Conviene actuar por separado». Te enteraste y fui lo bastante tonto para hacerte caso.

—¿A mí o al dinero que te embolsabas? —le preguntó, irritado, el ruso—. Además, de nada sirve ahora discutir. Vístete y baja a la calle. Comprueba si es cierto que hay un coche de la Policía parado aquí cerca. Pero no se te ocurra largarte, veas lo que veas, o declararé en contra tuya, aunque yo me hunda también. Tampoco olvides que con Ruark podremos escapar, utilizándolo como rehén.

—Yo no bajaré —manifestó el arquitecto—. Hazlo tú.

—¡Cobarde! —Le insultó su cómplice—. Siempre fuiste igual: sólo se te da bien planear trampas y engañar a los bobos de nacimiento. En cuanto hay que ser hombres, te echas atrás. Bajaré yo a echar una ojeada por los alrededores. Tú quédate aquí vigilando a éste. No te descuides. Apúntale al vientre y verás como no se te escapa si pretende atacarte. En el caso de que oigas disparos, mátalos y acude en mi ayuda. Si únicamente son dos, tenemos probabilidades de barrerlos y huir a escondernos antes de que aparezcan los demás.

Salió Rubachof de la alcoba, y quedaron Merrill y Ruark frente a frente, a la distancia de unos cinco pasos. El arquitecto seguía las instrucciones del ruso y apuntaba al vientre del expresidiario. Este último disimuló su alegría por la suerte que le deparaba el Destino.

Apenas dejó de oír las pisadas de Rubachof en los escalones, miró fijamente a los ojos de Merrill y le anunció, en tono sombrío:

—Voy a destruirlo, Merrill. De usted depende salvar su pellejo. Entrégue-me el revólver o tendré que estrangularlo para quitárselo.

El barrigudo bon vivant no podía darse cuenta de que Ruark se burlaba de él, al amenazarle tan melodramáticamente, pero sí creía que la posesión del arma le confería el poder absoluto en aquella

situación. Por ello no se arredró y hasta se permitió desafiarle, como un gallo de pelea:

—Intente moverse una pulgada y lo mataré a balazos, Ruark. No sabe con quién trata.

El susto mayúsculo empezó a llevárselo el arquitecto al ver que Ruark sí intentaba moverse, y lo hacía muy tranquilo, en bastante más de una pulgada.

—Las balas no pueden herir a un agente del

F. B. I.

¿No lo sabía usted? —bromeó George, disfrutando con la expresión tan cómica de su enemigo.

El arquitecto, que veía acercarse más y más al gigantesco Ruark, apretó el gatillo del revólver varias veces; otras tantas golpeó el percutor en el vacío.

—¿Comprueba que somos inmortales los del

F. B. I.?

—preguntó, riendo, el expresidiario.

Merrill retrocedía con gesto de espanto, buscando por instinto la salida, pero sin voz para llamar a su compinche. El terror lo había trastornado. Se disponía a girar, con objeto de echar a todo correr por el pasillo, cuando la zarpa de Ruark, cogiéndolo por el cuello, lo levantó en alto como si fuese un muñeco de goma, ahogándole unos gritos inarticulados.

El expresidiario consideró que se había mofado de Merrill lo suficiente y pensó en el inmediato regreso del ruso; en consecuencia, de un puñetazo a la nuca remitió al arquitecto a la región de los sueños. Lo dejó tirado en el suelo, sin atar, convencido de que tardaría en recobrar los sentidos.

George recorrió el pasillo, con el revólver asido por el cañón, y descendió, a saltos, a la planta baja. La puerta al jardín aparecía entreabierta. Ya entraba luz del amanecer. Se asomó, con cautela, para ofrecer el menor blanco posible. Ahora le correspondió asombrarse: el astuto ruso no había salido a la calle a comprobar si los del

F. B. I.

vigilaban los alrededores, sino que había abierto de par en par las dos hojas de la puerta de la verja y huía a todo gas del «Vauxhall» azul oscuro, que desapareció, torciendo a la derecha.

¡Una vez más, el ruso lograba escapar!... Ruark reprimió su deseo de perseguir al «Vauxhall»; ni aun corriendo hasta la esquina donde se encontraba su coche, podría recuperar el tiempo perdido. Era posible que, dando la alarma al

F. B. I.,

el ruso fuese copado antes de abandonar la ciudad.

George volvió junto al inanimado Merrill y, echándoselo al hombro. Se dispuso a abandonar la casa.

En el *hall*, despertados sin duda por las explosiones del motor, estaban dos criados soñolientos y apenas vestidos. Al ver a su señor transportado igual que un saco, con los brazos y las piernas colgando como péndulos, cortaron el avance de Ruark. Éste los echó a un lado, ordenándoles autoritario:

—¡Vayan a lo suyo! El señor Merrill está malherido y necesita una cura urgente. Lo conduciré en mi coche al hospital más próximo.

—¿Quién le ha herido? —se atrevió a preguntar uno de los sirvientes.

—Borgel —contestó, tajante, el expresidiario—. Ustedes no se muevan de aquí; ya he avisado a la Policía y no tardarán en presentarse. Si viene Borgel, no le permitan la entrada y procuren agarrarlo bien.

—Pero usted, ¿quién es? —Osó preguntarle el otro, pues ninguno de los dos llevaba en la casa más de tres años.

—Del Servicio Secreto de Investigación Ostrícola —repuso el expresidiario muy seriamente, consiguiendo que los criados acatasen su «autoridad».

Los criados ignoraban lo que aquello significaba realmente, pero les «sonaba a algo de mucha importancia» y no le obstaculizaron más la salida.

Estaba ya en el jardín Ruark, cuando pensó que, con Merrill a cuestas, llamaría mucho la atención de los transeúntes madrugadores. Girando sobre sus talones, ordenó a los sirvientes:

—Será preferible que uno de ustedes saque aprisa el coche del señor Merrill. No puedo perder tiempo en ir hasta el mío.

Tardaron unos minutos en ejecutar lo mandado. George recostó en el asiento de atrás al arquitecto, empleando el máximo tiento, y él se sentó al volante. Arrancó el coche como una exhalación,

camino de «Monkey».

Nada más llegar a la avenida, Ruark, echando un brazo atrás, dio un empujón al inerte Merrill y lo derribó al piso del vehículo; así llamaría menos la atención.

A cuestras también, lo llevó por la entrada secreta a sus habitaciones particulares, encerrándolo en uno de los cuartos sin ventanas. Descendió a la calle y condujo el coche de Merrill al Grant Park, y allí lo abandonó en un paseo solitario. Tenía la seguridad de no dejar ninguna huella suya, por la protección de los guantes.

A pie volvió a la esquina donde tenía su «Pontiac». Doraba ya el sol las cúpulas de los edificios, cuando Ruark se apeaba de nuevo ante la casa contigua al *cabaret*.

Telma, Alice y Mary, la enfermera, se hallaban sentadas en los butacones del despacho, adormiladas.

—¿Qué tal ha resultado? —le preguntó, despierta súbitamente, la propietaria de «Monkey».

—A medias. Rubachof se me ha escapado. Al otro, a tu amorcito, lo tengo ahí. ¿Por qué no habéis utilizado mi alcoba?

—Era igual. Se han portado bien. Alice me causa verdadera pena. Hemos estado hablando, y razona como una chiquilla. ¡Parece increíble!... —Manifestó Telma, compadecida—. ¿Qué piensas hacer con ellas? Aquí no pueden permanecer de día; las verían las mujeres de la limpieza y luego...

—Ya no tiene importancia eso —declaró George, cuyo rostro acusaba cansancio—. He de llamar a Thompson. De momento, llévatelas a mi alcoba y, por lo menos, que duerma Alice a gusto. Puedes irte a tu casa. Te notificaré las novedades que haya.

—No, George; esto no me lo pierdo. Estoy deseando contemplar a mi amorcito. ¿Sabes que me gasté una pastilla de jabón en limpiarme los labios después de haberme besado?...

Ruark sonrió sin ganas; estaba demasiado fatigado, más por la tensión emotiva del encuentro con Alice que por el esfuerzo físico. También le habían hecho mella los minutos transcurridos frente a la pistola del ruso.

La hija de Merrill se acercó a decirle, enfadada:

—Me has engañado: aquí no tienes tantas flores como decías. Únicamente, las camelias... Son muy bonitas, pero ¿es que sólo te

gustan las camelias escarlatas?

—Me gustan todas, Alice. Sin embargo, prefiero las camelias de ese color. ¿No te recuerdan nada? Una vez me regalaste una, Alice. ¿Te acuerdas? —preguntó él, aguardando, anhelante, la respuesta.

—¿Cómo voy a haberte regalado nada si nunca te vi hasta anoche? Debes estar equivocado. Yo no me llamo Alice; mi nombre es Beatrice. Te habrás confundido, porque como terminan igual...

George Ruark contemplaba pensativo a la joven, y su gesto reflejaba el hondo pesar que lo conmovía interiormente. Telma le ahorró que se prolongase su sufrimiento, llevándose consigo a Alice, seguida de la enfermera, por el pasadizo secreto.

El gerente de «Monkey» encendió un cigarrillo, el primero después de escalar la casa de Merrill. El tabaco pareció prestarle energías. Tomó el teléfono conectado con la línea general y llamó al domicilio de James Thompson, Su mujer, en tono propio de la persona soñolienta, le dijo que el inspector había pasado la noche fuera, de servicio.

—Entonces, señora, haga el favor de comunicarle que George Ruark necesita verlo urgentemente, que venga enseguida por «Monkey».

—¡George Ruark! ¿Eres tú, hombre de Dios? ¿Cómo no has venido por aquí? Jimmy me habla a todas horas de ti y de tu manía... No seas tonto y ven a vernos. Nos darías una gran alegría a todos. ¿Me lo prometes?

Sin vacilar, impulsado por una voz interior, el expresidario prometió:

—Gracias, Magda; iré a visitaros muy pronto, tal vez hoy mismo. Al fin, creo que tus hijos no me mirarán como a un bicho raro. Justamente llamaba a Jimmy para que viniese a ayudarme a desenredar mi asunto. Tengo a los culpables en mi poder. No olvides decírselo, Magda.

—¡Cuánto me alegro, George! Se lo diré a Jimmy en cuanto venga. Es más, no te molestes en telefonar a su despacho por si estuviera allí. Yo misma lo haré, y si no está, encargará que me llame nada más llegar. ¿Quieres que te envíe a otro? Necesitarás...

—No, Magda. Me basto yo solo. Tengo interés de que Jimmy se gane el galardón, por ser un buen amigo.

Ruark estaba emocionado al cortarse la comunicación. Ahora,

cuando sólo faltaban unas horas para que el mundo conociese la verdad de su vida, le flaqueaban las fuerzas. Tuvo que sentarse, pues le temblaban las piernas. El corazón parecía amenazar con salirse del pecho. Se aproximaba al final de una injusticia de más de cinco años y, contra lo que él pensaba allá, tras las rejas, ya no sentía sed de venganza, ni siquiera de revancha. El retorno a la verdadera vida le restaba odio. Reingresaría en el

F. B. I.

y volvería a luchar con el entusiasmo de antes, sin otra ambición que sacrificarse por la patria.

VII

LA TRAGEDIA DE UNA MUJER



EDIA hora más tarde, George Ruark comenzaba a interrogar, en su despacho, a Charles Merrill. Estaban los dos a solas, pues el primero no había consentido que Telma, pese a su insistencia, asistiera al interrogatorio, por temor a que la presencia de la bella mujer entorpeciese la confesión del prisionero. Telma se hallaba en la habitación contigua, mirando por el orificio hecho en el tabique, y en el mismo aposento se encontraban los dos empleados de confianza del gerente de «Monkey», con el tomavistas y el magnetófono en funcionamiento.

El ánimo del arquitecto, ya quebrantado por los acontecimientos

de la noche pasada, se debilitó aún más al ser conducido al despacho. Comprendió que había sido víctima de la intriga tejida por el antiguo agente especial del

F. B. I.,

en la que Telma sólo hizo de «gancho».

Ignorante de la crisis espiritual por qué pasaba Ruark en aquellos instantes, y consciente del daño tan grave que le causó hacía cinco años, Merrill se daba por muerto si osaba callar o mentir. Esto y la creencia de que nadie les oía, le aconsejaban que contestase a cuantas preguntas le hiciera Ruark, pues luego, ante el Jurado, las negaría cínicamente. Lo que le convenía —así pensaba el arquitecto— era librarse de la venganza personal del antiguo novio de su hija. Después, sus amigos de categoría política intervendrían a su favor e influirían sobre el Jurado y el juez.

—¿Cómo fue conocer usted a Rubachof?

—¿Qué ha sido de él? —preguntó, inquieto, Merrill.

El expresidiario le mintió, adivinando las convenientes consecuencias que se derivarían de su mentira:

—Se resistió y tuve que matarle en la calle. Si tanto le quería usted, puedo acompañarle al depósito de cadáveres.

—Bien empleado le está —gruñó el arquitecto, reafirmado en su propósito de salvar la situación, descargando sobre el «difunto» ruso la mayor parte de la culpa.

—Responda a mi pregunta primera, Merrill: ¿cómo conoció usted a Rubachof?

—Fue hace mucho tiempo, en mi viaje a Hungría. Él era amigo de la familia de mi segunda mujer. Creo que, por entonces, ya se dedicaba al espionaje. Simpatizamos y nos tratamos un poco; lo suficiente para saber cada uno lo que podía dar de sí el otro. Al regresar a los Estados Unidos no volví a saber de él hasta que, con gran sorpresa por mi parte, vino a visitarme a mi casa, aquí, en Chicago, hará unos siete años. Estaba empleado en la Embajada de su país, me contó, y era cierto. Unos meses antes, mi hijo, el de mi segunda mujer, en una visita a sus abuelos, había sido encarcelado por los rusos. Supe que estaba en Moscú, acusado de espía o saboteador norteamericano; una acusación infundada, claro es. Yo había tocado todos los resortes para conseguir que nuestro Gobierno consiguiera su libertad; fue en vano. Al visitarme Rubachof, pensé

que él, en recuerdo de nuestra amistad, podría influir para salvar a mi hijo. Le atendí bien y...

Como el arquitecto callase, Ruark le animó a proseguir:

—Y usted se prestó a hacer lo que fuese para obtener su ayuda en tal sentido, ¿no fue eso?

—Justamente —reconoció Merrill.

—¿Qué favores le hizo usted?

Después de dudarle unos instantes, el arquitecto confesó:

—Los que me pidió, con la única condición de que yo no intervendría personalmente. Le facilité informaciones, influencias y le presenté a amigos...

—Sé que, a cambio, usted recibía dinero —acusó, duramente, el expresidiario.

—Sí; lo admito. Rubachof no se dedicaba al espionaje solamente por servir a los suyos, sino que aprovechaba la ocasión para guardarse parte de los donativos que conseguía de los estúpidos que caían en sus redes. Yo recibía una comisión.

—¿Por qué mezcló usted a su hija en este asunto? ¿Por qué no la dejó al margen? ¿Qué clase de padre es usted?

—No fue culpa mía. Las circunstancias lo exigieron así. Ella se enteró, por una imprudencia de Rubachof, de las relaciones que me unían con él. Me justifiqué argumentando que lo hacía solamente por ayudar a su hermano. Le oculté lo de la comisión. Ella, que tenía mucho cariño a mi hijo, con la mejor buena fe del mundo, quiso secundarme. Se lo prohibí, pero no me hizo caso. A Rubachof no le disgustó, pues así me tenía más en su poder todavía.

—Usted no ignoraba que Alice y yo éramos novios. ¿Por qué me traicionó ella, al enterarse de que era agente del F. B. I.?

—Alice no le traicionó, Ruark; se lo juro.

—Nadie de ustedes lo sabía; únicamente ella.

—Se equivoca por completo, Ruark —aseguró, con firmeza, el arquitecto—. Usted habló por el teléfono de mi casa con su jefe. Usted desconocía la derivación de mi línea, conectada a un aparato grabador de sonidos. Era una medida que había tomado Rubachof, sin mi conocimiento, para averiguar cuanto yo hablase por teléfono, temiendo que algún día lo traicionara. Él tenía mil ocasiones para instalar, sin mi consentimiento, el aparato. Diariamente, Rubachof

oía lo registrado en cinta magnetofónica.

—¿Cómo no iba usted a saberlo, Merrill?

—El aparato registrador lo había instalado Rubachof en unas oficinas, camuflaje de sus actividades reales, de la casa contigua a la mía. Hizo la derivación, en mi jardín, según me contó cuando lo de usted, al resistirme a creer que Benjamín Wellman era un agente del F. B. I.

Y me llevó a oír sus palabras. Le repito que Alice no le traicionó.

—¿Qué acordaron, entonces? ¿Por qué ella se prestó a la farsa de entregarme sus dólares, para luego engañarme?

—Convencidos de que usted vigilaba a Rubachof, él pensó en la huida. Su Embajada no le ayudaría en nada por haber sido un estúpido respecto a usted. Recuerdo que estaba furioso por el engaño sufrido. El fracaso le suponía perder todo el prestigio con los suyos y unos miles de dólares. Descargó en Alice su enfado, acusándola de complicidad con usted, por ser su novia. Ella, que por casualidad descubrió quién era usted realmente, no supo disimular y dijo que estaba enterada, pero que no nos había dicho nada porque le quería. La escena fue horrible...

El arquitecto enmudeció durante unos momentos, recordando. Luego continuó la declaración:

—Rubachof abofeteó a Alice, y nos amenazó con dar a Moscú la orden de fusilamiento de mi hijo. Alice, que todo lo hizo por salvar a su hermano, se encontró acorralada. Tuvo que elegir entre la vida de su hermano o el honor de usted. No sé juzgar si hizo bien o mal, el caso es que se decidió a salvar a su hermano. Rubachof, entonces, fue indicándole lo que debía hacer: enamorarlo hasta ganar su confianza plena, y darle a guardar aquellas cantidades de dólares, preparando la trampa. Firmó usted aquel papel, con el pretexto de la Grafología. El resto ya lo conoce usted de sobra, Ruark, ¿para qué contárselo?

—No lo sé todo, Merrill —manifestó el expresidiario, que, conforme escuchaba el relato, sufría una profunda transformación espiritual. El antiguo amor por Alice renacía, perdonándola por haberle sacrificado a cambio de la vida de su hermano—. Después de darme el cambiazco de los dólares falsos y de notificarme Alice, aquella mañana, que no nos veríamos al anoecer, por tener usted unos invitados a cenar, ¿qué sucedió en la noche que

desaparecieron los dos: Rubachof y Alice?

—Me duele recordarlo. El astuto plan de Rubachof para hundirlo a usted estaba a punto. Todos los detalles habían sido estudiados cuidadosamente, de manera que usted fuese expulsado del

F. B. I.,

despreciado por todos, herido en su orgullo de hombre al creer que había sido objeto de burla para Alice, y, por último, condenado a presidio. Usted salvó la vida gracias a Alice y a mí, pues la primera intención de Rubachof, como ya le he dicho, fue asesinarle en una emboscada.

—¿Qué ocurrió aquella noche? —insistió Ruark.

¿Por qué ella lo acompañó a pasar la frontera con el Canadá?

—Alice no salió de los Estados Unidos —fue la sorprendente declaración del arquitecto—. Aquella noche, mejor dicho, ocurrió a mediodía, en mi casa, una vez que usted se marchó con los dólares falsos, celebramos los tres una reunión para decidir lo que debía hacerse. Yo había dicho a la servidumbre que tenían la tarde libre, con el fin de quedarnos a solas; yo temía que la despedida no fuese muy cordial y deseaba evitar el escándalo o que se cometiese una indiscreción, peligrosísima en tales circunstancias.

Merrill hizo una pausa, ordenando sus recuerdos. Prosiguió relatando:

—Surgió lo inesperado: Rubachof propuso que Alice le acompañara en la huida al extranjero, pues estaba enamorado de ella. Nos cogió tan de sorpresa, que, al principio, lo tomamos a broma. Lo cierto era que él había tenido algunas galanterías con Alice, a las que ninguno dimos importancia. Nuestros planes eran, en cuanto Rubachof saliese de los Estados Unidos, apoyar a usted en su defensa.

—¿Seguro que pensaban hacerlo, Merrill? —preguntó George, irónico.

—Sí. Alice lo tenía decidido. Le quería, Ruark; yo sabía de sus remordimientos y de su pena. El único motivo que la obligó a traicionarle fue el de librar de la muerte a su hermano y...

—¿Es que ya estaba en libertad, gracias a la recomendación de Rubachof?

—Todo lo contrario. Aunque él nos aseguraba que vivía, me enteré, por conducto de un amigo mío, diplomático nuestro en

Moscú, que mi hijo había sido fusilado recientemente. Alice lo ignoraba; se enteró, justamente, en aquella reunión, cuando empezaron los reproches mutuos por los errores cometidos respecto a usted. Se me escapó de la boca, al discutir acaloradamente con Rubachof. Alice se negó a acompañarle y le insultó y se burló de él. Estaba como loca. Muerto su hermano, a Alice sólo le importaba usted. Dijo que iba a avisar al

F. B. I.,

por teléfono, descubriendo el plan de fuga. Y fue hacia el aparato. Entonces, Rubachof, asustado, le golpeó en la cabeza repetidamente, con un florero, antes de que yo pudiera defenderla. Alice cayó al suelo, como muerta. Yo eché mano a la pistola que guardaba en el cajón de mi mesa, dispuesto a matar allí mismo a Rubachof. Huyó.

—¿Qué hizo usted al salir Rubachof? Estoy enterado de que una mujer embarcó en Vancouver, en el mismo barco que el ruso, con un pasaporte americano extendido a nombre de Alice Merrill.

—Verá: al quedarme solo con mi hija, ella tendida en el suelo, no supe qué hacer, después de comprobar que no estaba muerta. Llamé por teléfono al apartamento de Rubachof y le amenacé con denunciarlo yo mismo, pasara lo que pasase, si no me ayudaba a salvar a Alice de la Justicia. Regresó a casa. Y entre los dos planeamos falsificar un pasaporte; en realidad, lo compramos a un perito en esos asuntos. Una amiga de Rubachof se hizo pasar por Alice. De esta manera, yo sólo tenía que preocuparme del estado de Alice. Nada más abandonar definitivamente, Rubachof, mi casa, llamé a un médico, uno desconocido. Al reconocerla, dijo que presentaba fractura de cráneo; era necesario operarla. Para que callase y la operase, tuve que darle unos miles de dólares. También compré la colaboración y el silencio de sus dos ayudantes. La operación fue hecha de mala manera, sin tranquilidad y sin los medios adecuados; el médico tampoco era cirujano de primera clase, por desgracia. Nada más pasársele la anestesia, yo mismo conduje a Alice, en una furgoneta transformada en ambulancia, a una finca que había comprado recientemente en la comarca de Wisconsin Dells, un lugar montañoso y agreste, poco poblado.

—Por eso no pude localizarle a usted, al día siguiente —comentó, pensativo, Ruark.

—La dejé allí, bajo los cuidados de un matrimonio que contraté como guardas. En realidad, yo no había comprado la finca aquella; vino a mí por un embargo que hice de los bienes de un cliente mío que no pudo pagarme en metálico. Ni siquiera me había molestado en visitarla. Por eso logré simular que la muchacha herida era sobrina mía, huérfana, que estaba bajo mi tutela. Dije que se llamaba Beatrice, y ya le quedó este nombre. Regresé enseguida a Chicago, a hacer frente a las circunstancias. Para engañarles, comencé por notificar a la Policía la desaparición de mi hija. Era mi mejor coartada y, además, establecía la confusión al declararles que, sin duda, se trataba de un secuestro encaminado a sacarme dinero. Luego, ustedes se presentaron, y logré engañarlos. Usted fue condenado.

—Entonces, ¿cuándo se enteró Alice de que yo estaba en la cárcel?

—Nunca; pues, a resultas de los golpes, quedó lesionado su cerebro. Yo creo que fue culpa del cirujano, que no la operó bien y le hizo un destrozo enorme en la cabeza. Yo la visitaba de tarde en tarde, tomando todas las precauciones imaginables, por si era vigilado. Comprobé que Alice no recordaba nada del pasado. Su cerebro había quedado completamente en limpio. Ella creyó, de verdad, que yo era su tío. Más tarde, cuando se recobró físicamente y ya estaba olvidado el caso Rubachof, me atreví a traerla conmigo. Previamente, para evitar complicaciones, había ido despidiendo a mis antiguos criados. Los nuevos creyeron que se trataba, realmente, de la hija de un hermano mío, muerto en Méjico. Fui adquiriendo documentación falsa, con objeto de legitimar la personalidad de la nueva Beatrice Merrill.

El arquitecto dio por terminado el relato. Parecía muy apenado.

—¿Cómo es que un agente nuestro nos informó de que habían visto en París a Rubachof acompañado de una mujer llamada Alice Merrill, si Alice estaba en Wisconsin?

—Al cabo de unos meses, recibí una carta suya, pidiéndome que le enviase dinero; puro chantaje, ¿sabe? No tuve otro remedio que remitírselo, y le rogué que se diese a ver por allá, con alguna muchacha que tuviera más o menos la apariencia de Alice y la presentase con el nombre de Alice Merrill. Lo hizo para sacarme más dinero a cambio del favor.

—¿No ha examinado a Alice algún buen especialista?

—No. Hubiese tenido que dar explicaciones. Además, Alice es feliz así; es como si hubiera vuelto a nacer.

George se disponía a recriminar a Merrill, cuando sonó uno de los teléfonos de la mesa.

Era el inspector James Thompson. Se apresuró Ruark a contarle sucintamente cuanto acababa de suceder. Le dio las señas físicas del fugitivo ruso, la matrícula del coche que llevaba y su nombre falso.

—Ten la seguridad de que esta vez no logrará saltar las fronteras ni huir en barco o en avión —aseguró Jimmy—. Tardaremos más o menos en localizarlo, pero lo encontraremos donde se esconda. No será difícil; lo venderá su acento extranjero.

Y a continuación, Thompson felicitó a Ruark, prometiéndole que, una vez dada por teletipo la alarma general a todos los S. A. C.

's del

F. B. I.,

acudiría rápidamente a «Monkey».

De nuevo interrogó George a su prisionero:

—¿Por qué volvió a aliarse con Rubachof, cuando regresó?

—¿Qué otra solución me quedaba, si no quería ganarme su enemistad y una denuncia en cuanto él volviera a salir del país? ¿Se olvida usted de lo que era capaz por vengarse? Rubachof no perdonaba.

—Si no lo cazan enseguida, tratará de matarme en cuanto se entere de que lo he denunciado. Buscará los medios para conseguir asesinarme aunque esté en la cárcel. Es muy vengativo; no le importará arriesgarse con tal de matarme. Lo conozco bien —afirmó Merrill al saber, por la conversación telefónica, que el ruso no había muerto, como le dijera Ruark al principio.

Merrill parecía luchar con las palabras. Hablaba cada vez peor, casi incoherentemente, conforme exponía su opinión sobre el carácter del ruso. El arquitecto estaba agotado. El miedo al futuro le robaba las escasas fuerzas que le restaban después de su captura.

Fumó ávidamente el cigarrillo que le ofreció Ruark. Tras un rato de silencio, se acordó de preguntar por su hija.

—Alice está aquí —declaró George—. Se encuentra bien. Mary le acompaña. Y esta mujer, ¿qué «papel» ha jugado? ¿Qué sabe?

—Nada. Contraté a Mary cuando traje a Alice de Chicago. Le conté una mentira que justificaba el estado mental de Alice, y le exigí que se hiciera pasar por hermana de mi sobrina Beatrice.

—¿No se negó ella a la superchería? ¿No le extrañó?

—Le aseguré que era por el bien de Beatrice, tan necesitada de cariño.

—Lo que usted buscaba era despistarnos, disimular la presencia de su hija en su casa, ¿verdad?

El arquitecto no respondió. Con la vista clavada en la alfombra, admitía la acusación. Ruark le preguntó:

—¿Por qué aceptó usted como secretario particular, dándole alojamiento en su propia casa, a Rubachof?

—Me obligó a hacerlo. Su documentación a nombre de Borgel era falsa, claro, y necesitaba justificarse con alguna clase de trabajo, emplearse en un sitio donde no pudieran descubrir su falsa identidad y donde, además, no controlaran sus idas y venidas. Yo no he sido más que un muñeco en sus manos. Él no tenía nada que perder; por eso era peligroso.

Ruark dio fin al interrogatorio, tras hacer unas cuantas preguntas complementarias más al abatido arquitecto.

—Acompáñeme, Merrill.

—¿Adónde me lleva?

—Vamos. Al mismo sitio de antes.

Vuelto a encerrar Merrill, Telma entró en el despacho. Habiendo oído la declaración del prisionero, no le extrañó la expresión de Ruark. Éste se hallaba sentado, con la barbilla apoyada en las manos, meditabundo.

—¿Qué piensas, George?

Él levantó la cabeza. Su mirada expresaba la lucha espiritual que sostenía. Empezó a decir:

—Telma: ya has escuchado lo que pasó. Alice no tuvo culpa de...

—No te esfuerces en convencerme, George —le interrumpió ella, acercándose a acariciarle suavemente el pelo—. Sé lo que has decidido o lo que estás a punto de decidir. Y yo te aconsejo que no vaciles más. La quieres, siempre la has querido, aún creyéndola culpable de tu desgracia, y ahora, más todavía, ¿verdad?

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Yo no deseo ofenderte, Telma. Te estimo, te quiero porque has

sido muy buena conmigo; me ayudaste a resurgir y has sido mi colaboradora en este asunto de Merrill. Tengo mucho que agradecerte; pero, Telma, desearía que comprendieses...

—Te comprendo perfectamente, George; no sigas —le rogó ella, sin acritud—. ¿Cómo vas a enseñarme tú la diferencia entre el cariño de amigos y el amor? Sabía que el recuerdo de ella te separaba de mí. Intenté hacértela olvidar por todos los medios. Me daba cuenta de mis fracasos, y si insistía era porque cada persona tiene derecho a batallar por la conquista de su felicidad. Es más, aunque ella hubiese sido culpable, al verla en este estado, te habrías argumentado a ti mismo que la Alice culpable no tenía ninguna relación con la Beatrice de ahora.

—¿Me perdonas, Telma?

—No tengo nada que perdonarte, George. ¡Ojalá hubiera encontrado yo un amor como el tuyo, un amor desinteresado, capaz del sacrificio!... Sé que has meditado sobre el camino a recorrer. No es camino fácil, George.

—Haré que la examinen los mejores médicos...

—¿Y si no recobrase la memoria?

—Volveré a enamorarla, como lo hice entonces. La formaré, haré que vuelva a ser la de antes.

Tendré paciencia, porque ella lo merece todo. Le perdono que prefiriera salvar la vida de su hermano en vez de mi libertad. ¡La quiero, Telma!

Disimulando el sufrimiento que la agobiaba, la propietaria de «Monkey» manifestó:

—Yo te ayudaré en la tarea, George, si me lo permites. Siendo mi rival, no sé qué siento por ella que... ¡La pobre necesita ahora más cariño que nunca! No debe enterarse de la suerte que corra Merrill. Le diremos que su tío Charles ha emprendido un largo viaje...

Fue cinco días más tarde cuando el inspector Thompson comunicó a su amigo Ruark que Rubachof había sido descubierto en una pensión de Bronzeville, el barrio negro de Chicago. El ruso pretendió resistirse al agente especial que se disponía a detenerlo. Tras un cambio de disparos, Rubachof había resultado muerto.

Charles Merrill, el cómplice del espía, fue condenado a diez años de presidio. Por su edad y el abatimiento que lo dominaba, era

probable que no llegara a ver nunca más la luz de la libertad.

Alice asistió al acto en el que George Ruark recibía de nuevo el carnet de agente especial del Federal Bureau of Investigation, con la promesa de ser ascendido a inspector, una vez hubiese asistido, en la Academia de Quantico, a un curso de aprendizaje de los últimos adelantos conseguidos en la investigación científica de los delitos.

Telma también presenció la emocionante rehabilitación oficial, pero ella no se sumó a los que felicitaban a Ruark. Desde el rincón más apartado, tras una barrera de espectadores, vio alejarse a George y a Alice, juntos, cogidos del brazo, radiantes de felicidad.



COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

NOVELISTAS DE HOY

Obras inéditas de gran altura literaria, por autores de fama internacional.

*Publicación semanal.
5 pesetas.*

**AVENTURAS DEL
F. B. I.**

Serie de cuadernos infantiles con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas actuaciones de los Agentes del F. B. I.

*Publicación quincenal.
1,25 pesetas.*

**EXTRAORDINARIA
DEL OESTE**

Colección de inigualables novelas sobre los escalofrantes hechos ocurridos en el bravío Far-West americano.

*Publicación semanal.
5 pesetas.*

PROEZAS

Un nuevo género novelístico que presenta emocionantes aventuras plenas de humanidad.

*Publicación semanal.
5 pesetas.*

PEPOTE

Magnífica y original revista de humor para mayores, impresa a todo color, con la colaboración de los mejores dibujantes.

*Publicación quincenal.
3 pesetas.*

JEQUE BLANCO

Novísima serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la azarosa vida de un agente secreto norteamericano por todo el mundo.

*Publicación quincenal.
1,25 pesetas.*

F. B. I.

¡LA COLECCION SIN RIVAL!

**COLECCION
NOVELISTAS DE HOY**

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pío Baroja.
2. AHORA, por Rafael López de Haro.
3. EL HOMBRE DEL SUBURBIO, por Francisco de Cossío.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomás Borrás.
5. EL PIANO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO EL INCOMPRENDIDO, por Camilo José Cela.
7. BODA Y JALEO DE TITIN ARACENA, por Darío Fernández-Flórez.
8. EL HOMBRE QUE CONTO SU SECRETO, por Fernando Castán Palomar.
9. EL TERCER LADRON, por Alberto Insúa.
10. NO TENGO MAS QUE MIRAR Y... VEO EL MUNDO, por María Alburquerque.
11. ELVIRA RECIBE UNA CARTA, por Luis Antonio de Vega.
12. DIOS ES CORAZON, por Lázaro Ros.
13. A CARA O CRUZ, por Juan Antonio de Zunzunegui.
14. EL DIA SIGUIENTE, por Rafael López de Haro.
15. ¡PUENTE DE PLATA!, por Augusto Martínez Olmedilla.
16. ANOCHE EN MONTECARLO, por Julio Angulo.
17. TIERRA POR MEDIO, por Francisco Serrano Anguita.
18. LA VIDA SIGUE, por José Alvarez Esteban.
19. LA BELLA Y LA MANDRAGORA, por Alvaro Retana.
20. HUMO SIN FUEGO, por José Sanz y Díaz.
21. DIA NEGRO, por Elisabeth Mulder.
22. MUERTE EN SHANGHAI, por Juan Marín.

NOTA.—Puede remitirse a su domicilio, CONTRA REEMBOLSO, la colección completa de NOVELISTAS DE HOY, o los títulos que le interesen, a CINCO pesetas ejemplar. Escríbanos a EDITORIAL ROLLAN, San Bernardo, 68.—MADRID

CORTESE POR AQUI Y REMITASENOS EN UN SOBRE POR CORREOS

PEDIDO DE SUSCRIPCION

Sr. Director de
EDITORIAL ROLLAN
San Bernardo, 68
MADRID

Muy Sr. mío:

Le agradeceré me suscriba a las novedades de su colección NOVELISTAS DE HOY, a partir del n.º, y al precio total de 25 pesetas, por CINCO números consecutivos, que abonaré CONTRA REEMBOLSO a la recepción del primer (o primeros).

..... de de 1953.
(firma)

Suscriptor D.

Domicilio núm.

Ciudad Prev.

APARECERA

PROEZAS

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL *de los* EXITOS!

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las de la soberbia

Colección F. B. I.

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio y después de una selección cuidadosa de temas y autores, lanza al mercado una NUEVA COLECCIÓN, que no tiene rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género desconocido hasta ahora:

PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionantes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO PESETAS), y buena prueba de ello es que

ALF MANZ

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha escrito el primer número, una noveia incomparable, titulada

LA JUNGLA EN ARMAS

♦ ♦

HOMBRES MUJERES Y JOVENES LEERAN

PROEZAS

¡LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!

5 Pesetas.

NOTAS

[1] Para conocer a fondo las enseñanzas técnicas que reciben los agentes especiales, recordamos a los lectores que adquieran las siguientes novelas del documentado ALF MANZ: ¡CULPABLE! TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO y YO, DIRECTOR DEL F. B. I.

(Nota del Editor). < <